

# **PERIODISMO Y DEMOCRACIA**

**Discursos y conferencias pronunciados en el Seminario  
Internacional sobre Periodismo y Estabilidad  
Democrática en América Latina, realizado en  
Quito, del 7 al 9 de noviembre de 1988.**

**CIESPAL    FES    ILDIS    UNP**

## CONTENIDO

Introducción. <i>Peter Schenkel</i> .....	5
Carta del Director General de CIESPAL doctor Luis E. Proaño al Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch .....	13
Carta del Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch al Director General de CIESPAL, doctor Luis E. Proaño .....	15
Carta de Quito .....	17
Discurso pronunciado por el doctor Rodrigo Borja Cevallos Presidente Constitucional del Ecuador en la sesión de clausura del Seminario .....	21
Discurso pronunciado por el doctor Ernest Kerbusch en la sesión inaugural .....	27
Discurso pronunciado por el Presidente de la Unión Nacional de Periodistas Lcdo. Edgar Jaramillo, en la sesión de clausura .....	32
<b>CONFERENCIAS</b>	
Gobierno y libertad de expresión. <i>Luis E. Proaño</i> .....	39
Democracia, Eficiencia Gubernamental y Crítica Periodística. <i>Luis E. Proaño</i> .....	45
La Democracia Latinoamericana: frente a nuevos retos. <i>Luis Maira</i> .....	52

<b>Los periodistas y la Democracia: Nuevos Desafíos.</b> <i>Carlos Campolongo</i> .....	73
<b>Organismos de Información Pública y Estabilidad Democrática.</b> <i>Gonzalo Ortiz Crespo</i> .....	83
<b>El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista.</b> <i>Roberto Savio</i> .....	93
<b>El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista.</b> <i>Carlos Mesa</i> .....	104
<b>Información Pública y Políticas Gubernamentales.</b> <i>Alejandro Alfonzo</i> .....	123
<b>Los Medios Privados de Comunicación frente a la Información Pública.</b> <i>Emilio Filippi</i> .....	134

## INTRODUCCION

Desde los tiempos de la antigua Grecia, la democracia, como forma de organización social, suscitó no solo la imaginación sino también la controversia de los hombres sobre sus méritos y desméritos. ¿Es la democracia, como sistema político tal como lo conocemos hoy, que respeta la soberana potestad del pueblo y los derechos humanos y que tiene por brújula buscar el bien común en base al consenso y la participación popular, lo mejor que existe? La pregunta no es capciosa. Si la respuesta a esta interrogante es positiva —y yo participo de este criterio— entonces es válido el postulado de apoyarla y defenderla donde y cuando se encuentra en peligro, y luchar por ella donde no existe.

Los medios masivos de comunicación desempeñan un papel muy especial, en relación con la democracia, la proliferación de la prensa escrita y el advenimiento de los medios audiovisuales y electrónicos han adquirido, en la segunda mitad del siglo XX, un poder de persuasión enorme: en manos de estados autoritarios y totalitarios son instrumentos dóciles, pero eficaces, para la manipulación de la opinión pública, para restringir o dosificar la información para tergiversarla, transmitiendo lo que los entroncados en el poder quieren que el ciudadano ordinario sepa y piense.

En las sociedades democráticas su poder también es grande. Como portavoces de diferentes posiciones políticas e ideológicas, los periódicos, las revistas, la radio, la televisión y el cine amoldan la opinión pública a intereses políticos y económicos particulares, crean hábitos de consumo, hacen y deshacen mitos, robustecen patrones de actitud y comportamiento, crean ídolos y demonios y promueven o rechazan ideas y valores. Actúan tanto como defensores u opositores de estructuras y relaciones existentes, de baluarte o de destructor de formas y sistemas de vida, como también de estilos de desarrollo y cultura. Desempeñan, por ende, un papel muy importante para la suerte de la democracia, para su fortalecimiento y evo-

lución de formas cada vez más eficaces, justas y participativas de gobierno por medio de una información veraz, mesurada y responsable o a su gradual debilitamiento y eventual colapso mediante una información tergiversada, demagógica y destructiva.

El Seminario Internacional sobre "El Periodismo y la Estabilidad Democrática en América Latina", organizado por CIESPAL y coauspiciado por la Fundación Friedrich Ebert de la República Federal de Alemania y la Unión Nacional de Periodistas del Ecuador, celebrado del 7 al 9 de noviembre de 1988, en Quito y cuyos valiosos documentos se presentan en este libro, recoge, por lo tanto, un tema y una problemática de gran actualidad e importancia. ¿Cómo se relacionan el periodismo latinoamericano y los grandes medios masivos con la difícil coyuntura que atraviesan los regímenes democráticos en la subregión? ¿Hasta qué grado los marcos legales e institucionales propician en estos países un periodismo libre e independiente, capaz y dispuesto a dar respaldo a la obra renovadora de éstos regímenes y de consolidarlos? ¿Actúan los sistemas comunicacionales establecidos y los propietarios de los grandes medios, como responsables críticos de la gestión estatal y promotores de los legítimos reclamos de las mayorías o solo como protagonistas de intereses comerciales particulares y de un periodismo conformista, trivial y alienante? Finalmente, ¿hasta qué punto los periodistas latinoamericanos se encuentran capacitados para impulsar, con un periodismo moderno, consciente y comprometido, la causa de la democracia?

Estas son algunas de las preguntas que se plantearon los distinguidos políticos, periodistas y científicos sociales de trece países latinoamericanos y de Alemania e Italia, que acudieron a esta importante cita.

Su celebración no pudo ser más oportuna. En los años 80 la gran mayoría de los países latinoamericanos volvió a los cauces de la democracia. Salvo en contadas naciones, la constitucionalidad e institucionalidad democrática y el pluralismo político e ideológico han desplazado a las fuerzas autoritarias y el manejo arbitrario e inhumano del poder; han devuelto a los pueblos latinoamericanos el respeto a la dignidad humana, el estado del derecho y la fe en un sistema de desarrollo pacífico, sin violencia y abuso gubernamental.

mental. Sin embargo, pese a los avances logrados, el panorama político en muchas de las jóvenes democracias latinoamericanas aún no deja de suscitar preocupaciones. Los acuciantes problemas económicos y sociales, secuela de la crisis que confronta la subregión y el Tercer Mundo en general, tienen una dimensión que rebasa la capacidad de los gobiernos: mejor intencionados para superarlos a corto y mediano plazo y que presentan una potencial fuente de frustración y tensión social. Ante esta situación, resurge el peligro que la insatisfacción de vastos sectores pudiera acrecentarse y que el difícil y a veces desafortunado manejo de la crisis pudiera afectar la credibilidad y la propia estabilidad del sistema democrático. Otras alternativas políticas, siempre al acecho en las sociedades latinoamericanas, convulsionadas por el subdesarrollo y su lenta recuperación, y que siempre encuentran apoyo entre las fuerzas ultra-conservadoras y antidemocráticas, podrían de nuevo usurpar el poder o cautivar las masas con promesas demagógicas.

En estas circunstancias, el manejo estatal de la comunicación social y el papel del periodismo en aras de la democracia adquieren una relevancia singular. Porque lo importante no es solo la situación real de una sociedad, de la economía, de un estrato social, sino lo que la gente cree y piensa, si el gobierno hace genuinos esfuerzos para salir de la crisis, si sus líderes son honestos, si hay mayor justicia social y respeto a los derechos humanos y si hay confianza de que el mañana será mejor. En otras palabras, la estabilidad democrática depende en alto grado de los vaivenes de la opinión pública, que refleja el contento o descontento de la ciudadanía con el régimen, su aceptación o rechazo de las políticas económicas y sociales adoptadas, su fe o decepción en el liderazgo político y que, en consecuencia, es un fiel barómetro de la autoridad y credibilidad de un gobierno.

Entre los requisitos que condicionan el fortalecimiento y enriquecimiento mutuo de la democracia y el periodismo cabe señalar ante todo los siguientes:

- PRIMERO, es necesario que se garantice el derecho del individuo a la información y, por lo tanto, el libre acceso y difusión de la información. En los estados no democráticos las autoridades ejercen la potestad de suprimir o tergiversar la información a su antojo. El ciudadano no tiene acceso sino a aquella información

que coincide con el interés propagandístico a la línea doctrinaria del régimen, a menos de que se entere de la verdad a través de los medios clandestinos. El sabe, en tal caso, que se le oculta información y que los medios oficiales no reflejan ni la realidad ni lo que la gente realmente piensa. En cambio, en el sistema democrático, para que el individuo pueda tener confianza en el régimen, la primera convicción que debe tener, es que el gobierno no le oculta nada, que los medios pueden obtener y divulgar toda la información, sea ésta favorable o desfavorable para el gobierno. Porque los correctivos en tal sistema solo pueden funcionar con la ayuda de la transparencia del manejo de los asuntos públicos y si a los medios se les permite realizar una labor fiscalizadora responsable.

- SEGUNDO, es preciso garantizar que en la democracia la información no puede ser uniformada como en los regímenes autoritarios. Los regímenes totalitarios raras veces permiten que sus políticas sean discutidas y menos aún criticadas en forma pública por los medios. Se anatematiza la opinión discordante y a quien osa pensar diferente, aunque tenga la verdad y la razón de su lado. En el sistema democrático, al contrario, lo que se busca es que cada ciudadano tenga acceso a la información presentada desde el más amplio abanico de posiciones políticas e ideológicas, y que sea él y solo él que escoja y haga suya la versión que más verídica y confiable le parezca. Al respecto cabe recordar que el periodismo objetivo es una meta hermosa pero difícilmente alcanzable. Cada medio, periódico, revista o televisora, tiene su línea política e ideológica básica y debe tenerla. Los periodistas también tienen preferencias subjetivas, sufren de insuficiencias de especialización y a menudo deben inclinarse ante las presiones políticas y económicas. Democracia es entonces que cada uno de estos medios presente su información y orientación de acuerdo con las posiciones e intereses del sector de la sociedad civil, empresarial, sindical o profesional, que representa, para que todos tengan a su disposición un espectro verdaderamente pluralista de información. Los sistemas autoritarios temen a la prensa y radiodifusión independiente y crítica. Los regímenes democráticos, en cambio, se benefician y fortalecen con un periodismo que opera dentro de un marco que respeta y defiende la plena libertad y diversidad de las ideas e intereses.

- TERCERO, resulta imperioso que el periodismo y la labor de los medios en general se desempeñe con un gran sentido de responsabilidad y compromiso social. No basta con la ausencia de restricciones estatales para la libre expresión. El ejercicio de una libertad de prensa mal entendida, que en la práctica desciende a niveles de libertinaje, puede resultar —como lo enseñan algunos ejemplos de la reciente historia latinoamericana— no menos peligroso para la vida y evolución democrática de un país. Asimismo una prensa y radiodifusión que prioriza lo trivial y sensacionalista por arriba de lo cultural y educativo, obedeciendo a motivaciones principalmente comerciales, no cumplen con su compromiso para el desarrollo democrático de una sociedad. Se requiere que aborden los problemas trascendentes del país, de la región y del mundo y que se hagan eco de las legítimas necesidades y aspiraciones populares, pero sabiendo sobrepasar las prioridades y posibilidades reales de un gobierno y distinguir entre los planteamientos sensatos y viables y las promesas demagógicas y utópicas. El periodismo responsable se esmera por practicar una crítica fundamentada y constructiva frente a la gestión de un gobierno democrático y rehusa entregarse a una labor destructiva, que busca el escándalo, y acude a la diatriba en lo personal y a la tergiversación gratuita de los hechos con el fin de maximizar audiencias. También es menester que los medios y los periodistas desempeñen un papel conscientizador en relación con los grandes desafíos que confrontan los países latinoamericanos y que no se limitan solo a la manera como enfrentar los graves problemas sociales y pagar o no la deuda externa. La avalancha de avances científicos y tecnológicos que revoluciona al mundo conlleva profundas implicancias para los países menos desarrollados, especialmente para sus estructuras productivas y su comercio exterior. Existe el serio peligro que los países latinoamericanos que no enfrentan los desafíos de esta revolución con políticas capaces de engendrar ritmos de desarrollo económico dinámicos y economías competitivas, acrecienten aun más sus desequilibrios y tensiones internas, descendiendo a niveles aun menos halagueños en escala mundial. Es en relación con estas tendencias y desafíos, que inciden de una manera poderosa sobre la disyuntiva de América Latina de quedarse una región deprimida o de insertarse con más dinamismo en la economía global del siglo XXI y de robustecer su democracia o de permitir el resquebrajamiento de la es-



tabilidad democrática, que al periodismo latinoamericano le incumbe una gran responsabilidad.

Todos estos problemas, tan básicos para el tema central, fueron abordados en el Seminario con gran altura e ilustrados con el rico bagaje de experiencias que los países latinoamericanos viven en la actualidad.

Las ponencias presentadas y los debates hicieron relucir que la relación entre el periodismo y la democracia es más compleja de lo que parece a primera vista. Hubo acuerdo que la estabilidad de un régimen democrático depende en primer lugar del éxito del modelo de desarrollo que instrumenta. No menos importante, se opinó, es la articulación de una opinión pública dinámica, que orienta, educa y conscientiza a la ciudadanía y que les haga comprender las problemáticas reales y las posibilidades y soluciones viables. Junto a este mensaje básico, el valioso caudal de ideas y sugerencias en torno de una amplia gama de temas, desde la mejora de los marcos institucionales y legales de trabajo hasta la formación de los periodistas, seguramente coadyuvarán a dar nuevos impulsos al ordenamiento del periodismo latinoamericano y a su compromiso con el sistema democrático.

El resultado más sobresaliente de este encuentro internacional fue quizá el elocuente apoyo a favor de la democracia en América Latina. En el documento final "La DECLARACION DE QUITO" se recoge el respectivo consenso, al expresar que la mayor convergencia "consiste en la defensa de las formas democráticas de la sociedad como punto de partida del desarrollo y la mayor justicia social".

En cuanto a la democracia per se no existe un óptimo absoluto. En ninguna parte, ni en Europa Occidental, ni en los Estados Unidos, ni en el Japón la democracia ha alcanzado niveles de máxima perfección. Como puntualizó el **Dr. Rodrigo Borja Cevallos**, Presidente Constitucional del Ecuador, en ocasión de la clausura del evento, la democracia es un sistema que se encuentra en perpetuo proceso de aproximación a un grado de perfección superior. El ideal quizá nunca se alcance. Pero lo importante es seguir avanzando y perfeccionando sus instituciones y mecanismos y haciendo así más diáfana —lo que es lo más importante— la credibilidad de la democracia.

Para que esta credibilidad exista, ésto depende en un grado considerable de los esfuerzos por crear una opinión pública no solo cada vez mejor informada, sino más consciente de los grandes retos de hoy y mañana y más caja de resonancia de la mesura y razón que de la polémica y pasión.

Sin duda, este Seminario fue una ocasión oportuna para un nutrido intercambio de ideas sobre una problemática de extraordinaria trascendencia política y periodística. Sus semillas seguramente caerán en suelo fértil.

Peter Schenkel.

**CARTA DEL DIRECTOR GENERAL DE CIESPAL**

C.DG.88/061

Noviembre 15 de 1988

Señor doctor  
Ernest Kerbusch  
DIRECTOR EJECUTIVO  
Fundación Friedrich Ebert  
Godesberger Allee 149,  
5300 Bonn 2  
Alemania

Muy estimado doctor Kerbusch:

Al concluir la primera etapa de colaboración entre CIESPAL y la Fundación Friedrich Ebert, me siento en la obligación de manifestarle en forma oficial como Director de CIESPAL, el profundo agradecimiento que guardo para esa Fundación de la que hemos recibido a lo largo de estos años, desinteresadas muestras de apoyo y generosidad, que me atrevo a pensar que ningún instituto internacional ha recibido.

Estoy convencido que todos los países de América Latina y, más en concreto los becarios, que se cuentan por miles, del Ecuador y de nuestros países hermanos son el mejor tributo a la magnífica obra que ustedes despliegan en los países del Tercer Mundo.

Mucho me apenó que en el acto de clausura por regulaciones de protocolo, sin yo saberlo, se suspendiera la intervención suya que para CIESPAL iba a constituir lo más relevante del acto. Me sirve, sin embargo, de algún consuelo el saber que usted y la Fundación conocen los sentimientos muy especiales de estima y afecto que guardo para ustedes.

Mi aprecio por la Fundación tiene una cercanía más humana aún con todos aquellos que han colaborado más directamente con nosotros. En primer lugar usted, amigo de franqueza estimulante y de rara percepción de las necesidades de América Latina; el doctor Reinhard Keune por su amistad inquebrantable y comprensión de nuestro trabajo y el doctor Peter Schenkel, coordinador de la mayor parte del proyecto. Para ustedes, mi continua amistad, mi cordial gratitud.

No sería justo de mi parte, no mencionar mi aprecio profundo por la labor del doctor Schenkel, quien a lo largo de estos años ha representado a la Fundación con extraordinaria dedicación, profundo sentido de responsabilidad y notable competencia. Al retirarse pierden ustedes un magnífico colaborador y personalmente sentiré yo la ausencia de un amigo sin cálculos ni egoísmos. En otra oportunidad CIESPAL le reconocerá debidamente todos estos méritos.

Respecto de los planes futuros y posibles colaboraciones, le comunicaré oportunamente los pasos que haya dado nuestro gobierno.

Quiero una vez más reiterarle nuestro reconocimiento y amistad. La Fundación debe tener la seguridad que CIESPAL le considera una noble Institución para la que siempre guardará lazos de estrecha amistad y estima.

Muy atentamente,

Dr. Luis E. Proaño  
DIRECTOR GENERAL

LEP/sdc  
c.c. Dr. Peter Schenkel

**CARTA DEL DIRECTOR EJECUTIVO DE LA  
FUNDACION FRIEDRICH EBERT**

Internationale Abteilung  
Bonn, 7 de abril de 1989

Señor doctor  
Luis E. Proaño  
DIRECTOR GENERAL  
Centro Internacional de Estudios  
Superiores de Comunicación para  
América Latina (CIESPAL)  
Almagro y Andrade Marín  
Apartado 584  
Quito  
Ecuador

Muy estimado doctor Proaño:

Después de haberlo ya hecho por teléfono, permítame que le agradezca mucho, también en esta forma, su carta de 15 de noviembre de 1988. Su carta refleja de un modo destacado el espíritu y los fundamentos de la cooperación entre CIESPAL y la Fundación Friedrich Ebert que tarda ya más de quince años. Nuestro largo compromiso común procurará en efecto que nuestras organizaciones (me tomo la libertad de utilizar sus palabras) "siempre se guarden lazos de estrecha amistad y estima".

Además estamos seguros de que estos lazos conducirán siempre de nuevo en ocasiones a acciones comunes, es decir a una continuación de nuestra cooperación en el campo de los medios con respecto a la política de desarrollo habida hasta ahora, lo que rendirá beneficio al Ecuador y la región entera. Es cierto que las actividades de la unidad de la FES en CIESPAL han pasado a la exclusiva responsabilidad de usted por la transmisión del proyecto a finales del año pasado. No obstante la continuidad de nuestra cooperación queda probada por el compromiso de la Fundación Friedrich Ebert de continuar apoyando a CIESPAL a través de la edición de la revista "CHASQUI" también durante los próximos tres años de tránsito.

El que, igual que la FES, se dedica a la promoción de un responsable periodismo democrático y pluralista, tal como es indispensable, sino constitutivo, para el desarrollo general de la sociedad, no podrá —por lo menos en América Latina— prescindir de la asistencia, la experiencia y competencia de CIESPAL. La obra eficaz de la Fundación Friedrich Ebert en el campo de los medios referente a la política de desarrollo en el continente sudamericano no hubiera sido posible sin la simbiosis con su casa.

Por otra parte, esperamos que nuestro esfuerzo pueda ser considerado una contribución irreversible al aumento de la reputación internacional de CIESPAL.

Una cooperación tan próspera como la han probado CIESPAL y FES durante muchos años es solamente posible si el buen entendimiento entre los individuos que representan a las organizaciones está garantizado. En nuestro caso —en esto estoy de buen grado conforme con usted— este buen entendimiento fue siempre un hecho.

Las sociedades latinoamericanas se ven confrontadas con grandes problemas —internos y externos: Las soluciones representan un gran desafío, también para los medios y para organizaciones como CIESPAL y la FES que han tomado cargo de la tarea de asistir a los medios en su tarea. Ya que los medios de América Latina como tales están muy bien desarrollados, para CIESPAL y la FES solo puede tratarse de apoyarlos identificando y coordinándolas en la región. Quisiéramos seguir de buena voluntad contribuyendo a esta obra, en cuanto sea posible y seamos invitados a eso.

Muy cordialmente,

Dr. Ernst-J. Kerbusch  
DIRECTOR ADJUNTO  
División Internacional

## DECLARACION DE QUITO

Con la participación de periodistas de todas las disciplinas y medios y de diversas tendencias, dentro del amplio campo de una comprensión esencial sobre el papel social del periodismo en nuestras sociedades, se celebró en Quito el Seminario Internacional "PERIODISMO Y ESTABILIDAD DEMOCRATICA EN AMERICA LATINA", del 7 al 9 de noviembre de 1988, convocado por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL), la Fundación Friedrich Ebert (FES), el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y la Unión Nacional de Periodistas del Ecuador (UNP).

El Seminario constituyó un foro abierto y democrático guiado por la aspiración de un periodismo que contribuya a alcanzar y estabilizar la democracia, y como la posibilidad para ejercer plenamente nuestra profesión, identificados, en el pluralismo, con las causas del máximo interés nacional y de la participación popular.

Durante tres días se vivió en el Seminario un permanente debate enriquecedor por la afluencia de ideas provenientes de diversas posiciones, en un clima de reflexión y análisis, que permitió un encuentro sobre las cuestiones esenciales y la responsabilidad de un periodismo en la diversidad.

Las ponencias y la discusión constataron que en los países de América Latina, diferenciados en el tiempo por los procesos democratizadores y de las circunstancias nacionales respectivas, se vive hoy un proceso generalizado de descomposición y sustitución de los regímenes autoritarios y dictatoriales. Pero también se subrayó que nuevas circunstancias amenazan a la estabilidad democrática, allí donde esa forma de gobierno se ha alcanzado, y a su futuro. Entre ellas se señalan el deterioro económico y la falta de soluciones que inducen a la inconformidad y hasta a la desesperación de los sectores del pueblo, cada día más afectados por la crisis.

A esas realidades objetivas que la democracia debe enfrentar para soluciones justas, se suman elementos desestabilizadores a los que

debe oponerse el sentido de responsabilidad de los medios y de los periodistas, no ajenos al conocimiento y a través del tratamiento informativo de esas realidades. Para ello se reconoce, en primer lugar, el derecho del pueblo a estar oportuna y verazmente informado y a ser considerado también, en sus problemas y aspiraciones, como una enriquecedora fuente de información. Se requiere asimismo que el periodista desarrolle su formación cultural y profesional y se afirme en el sentido ético de sus responsabilidades. Esa misión del periodista se dificulta tanto por el manejo dictatorial del poder cuanto por la concentración de la propiedad de los medios de información, que se desfasan de la progresiva democratización de la sociedad y de la información misma.

Al exponer, debatir y enfrentar esas realidades positivas y negativas del actual momento latinoamericano, en el Seminario se han expresado distintos criterios y discrepancias, pero ha sido mucho más lo que nos acerca, aquello en lo cual coincidimos, que lo que pueda separarnos en discrepancias más generales. La mayor convergencia consiste en la defensa de las formas democráticas de la sociedad como punto de partida del desarrollo y la mayor justicia social.

El Seminario considera que esta es una tarea en la que deben coincidir tanto editores como trabajadores de los medios, sin menoscabo de los respectivos intereses empresariales y gremiales. Reconoce la legítima y necesaria ganancia de los medios sin que un sentido mercantilista eluda la propia responsabilidad social.

Asimismo, el Seminario reconoce el derecho de cada pueblo a seguir su propio camino democrático conforme a sus tradiciones históricas, su identidad nacional, la defensa de su soberanía y el ensanchamiento de sus conquistas sociales. Pero también exhorta a todos los pueblos y países de nuestro subcontinente a dar nuevos pasos hacia la unidad de América Latina, para el enfrentamiento común de problemas que a todos nuestros países afectan, y en los foros internacionales donde se debaten las grandes cuestiones del mundo, en las relaciones económicas, políticas y los sistemas informativos, de la tecnología y de la comunicación.

El Seminario expresa su agradecimiento a los organizadores del mismo, que crearon esta importante oportunidad de la que hoy sus participantes salen fortalecidos en sus responsabilidades profesionales, éticas y ciudadanas.



# DISCURSOS

**DEL PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA  
REPUBLICA DEL ECUADOR  
DR. RODRIGO BORJA CEVALLOS**

El tema planteado y para cuya discusión se han reunido ustedes en estos días en la ciudad de Quito, me parece realmente importante porque en verdad el periodismo es, en las democracias contemporáneas, uno de sus elementos fundamentales en la medida en que comunica al pueblo, informa al pueblo acerca de los quehaceres del Estado, le permite formarse una opinión y luego tomar las decisiones que la democracia confía a los pueblos.

En los añorados tiempos de mi profesorado universitario, cuando me movía en los amables campos de la teoría y no en los bruscos y hostiles de la práctica política, solía enseñar a mis estudiantes que hay fundamentalmente dos formas de Estado: el Estado Democrático y el Estado Autocrático.

La diferenciación nace del criterio de participación popular, en la medida en que una sociedad determinada confiere reales, positivas y eficaces posibilidades de participación popular, así en la toma de decisiones políticas dentro del Estado como en el disfrute de los bienes y servicios que genera la vida colectiva, estamos frente a un Estado democrático o a una forma democrática de organización estatal. En cambio, si se deniega toda participación popular, si las decisiones dentro de la vida colectiva se toman por pocas personas, a espaldas de los intereses y del conocimiento popular, entonces se trata de una forma autocrática de Estado.

El criterio diferencial que nos ha servido para clasificar estas dos maneras de organización social, es el de la participación popular. Allí donde se producen posibilidades de participación popular hay democracia; donde se excluyen esas posibilidades, nos alejamos tanto más de la democracia y nos acercamos al modelo autocrático de Estado.

Por supuesto, que ni en la forma democrática ni en la forma autocrática, se puede llegar a formas puras, porque son ambas simples modelos conceptuales, y las experiencias históricas se aproximan más o menos a estos modelos: no puede hablarse de un Estado totalmente, plenamente democrático porque la democracia es un imposible físico, porque si la democracia es participación en las decisiones políticas dentro del Estado, se encontraría el modelo puro en el momento en que el pueblo, directamente, sin intermediarios, ejerciera la conducción del Estado y tomara en sus manos las riendas del mando social, pero esto es un imposible físico, lo fue siempre. Ni en la dimensión geográfica contemporánea, ni en la dimensión histórica, podemos advertir la existencia de Estados absoluta y plenamente democráticos. Ni aun lo que algunos consideran democracia pura y directa, como la ateniense, lo era en realidad; porque aun en ese sistema de organización social, era la clase esclavista la que dirigía la sociedad y el Estado, mientras que los esclavos y los metecos no tenían otros derechos que la obediencia y el acatamiento. De tal suerte que ni en la dimensión histórica, ni en la dimensión contemporánea existen modelos puros de democracia porque he llegado a la conclusión de que la democracia, así como la autocracia, son utopías, son modelos conceptuales, a los que las experiencias reales se acercan pero sin que puedan alcanzarlas.

La democracia, por tanto, es una meta, es un modelo y como tal tiene las excelencias y las miserias de las metas. Las excelencias porque nos indican el camino y las deficiencias o miserias de las metas porque de antemano sabemos que por más que luchemos no podremos alcanzarla plenamente. Pero el mérito está en acercarse más, en aproximarse todavía cada día más al modelo democrático; es decir, en abrir posibilidades eficaces y reales a los pueblos para que tomen una participación activa en la toma de decisiones políticas dentro de la colectividad, y en el disfrute de los bienes y servicios que se producen con el trabajo de todos.

Curiosamente, la autocracia es también un modelo conceptual, y a su vez es un imposible físico alcanzable; porque por aguda que sea la centralización del poder en pocas manos, por marginada que esté la colectividad en la toma de decisiones, siempre habrá algún género de división del trabajo en la cúpula autocrática. En otras palabras, aun la ingrata tarea de torturar y oprimir a los pueblos, será compar-

tida, no por una persona, como da a entender etimológicamente la palabra autocracia, sino por una camarilla reducida que hace y deshace de los destinos nacionales.

Es decir que se trata de dos polos opuestos. En el un extremo está la democracia, con un alto grado de participación popular, y en el otro la autocracia, con una negación absoluta de esa participación.

Y los Estados se mueven entre esos dos polos, acercándose más al modelo democrático o alejándose de él y acercándose a la antípoda autocrática. Pero en todo caso, lo que me interesa resaltar es que es una utopía, y casi un infantilismo pensar en el modelo de democracia pura, porque de taylor para abajo eso no se da, pero si se da en cambio la aproximación, y el mérito está en que nos acerquemos cada día más, militante, perseverantemente, al modelo democrático, abriendo muy amplias posibilidades de participación de los pueblos en el quehacer de las tareas generales del Estado.

Si la democracia es esto, si la democracia es participación popular y toma de decisiones políticas dentro de la comunidad, allí se ve ya, que para que funcione hay un requisito fundamental. Ese requisito es la información, que los pueblos estén informados de lo que existe, del quehacer público, que tengan los suficientes elementos de juicio para tomar las decisiones, porque si los pueblos ignoran esto, no estarán en capacidad de asumir su papel democrático, de decidir los puntos cardinales de la orientación estatal, y son los medios de comunicación de masas, a los que ustedes representan en este Seminario, los que se encargan, a través de la comunicación, de permitir que los pueblos ejerzan su derecho a la información, que sean objetiva, veraz e imparcialmente informados, para que puedan asumir un criterio, una manera de pensar sobre las cuestiones públicas y, por consiguiente, estén en capacidad de tomar las decisiones que la democracia les entrega.

Así va formándose la opinión pública, que no es otra cosa que el conjunto de creencias, pensamientos, juzgamientos que tienen los pueblos respecto a la acción de los gobernantes, en particular, y de la marcha del Estado, en general. Esta es la opinión pública, y esa opinión pública se va formando por la interacción de las opiniones particulares, por la interpenetración de los criterios de las personas,

que se van ampliando y van ganando terreno, y van formándose corrientes de opinión pública, cuando algún criterio ya es compartido por amplios sectores populares. Eso es lo que llamamos modernamente la opinión pública, y es un elemento fundamental de las democracias contemporáneas. Cada vez son, con mayor definición, regímenes de opinión pública, porque cada vez con más fuerza la opinión pública va orientando las acciones de un gobierno dentro de los regímenes democráticos.

La opinión pública, como uno de los factores determinantes de las democracias modernas, alimentadas por la información de los medios de comunicación de masas, fue desenvolviéndose, enriqueciéndose y desarrollándose a lo largo del tiempo. El punto de partida, como todos sabemos, fueron las revoluciones liberales norteamericana y francesa de finales del siglo XVIII, que al trasladar la sede de la soberanía de los monarcas absolutos a la colectividad toda, que al empezar a hablar de la soberanía popular, de hecho entregó al pueblo el derecho y la facultad de opinar sobre las cuestiones de interés general. Ese es el punto de partida de la evolución de la opinión pública como factor determinante, como nueva fuerza o nuevo poder dentro de las sociedades modernas.

Después, a principios de este siglo, se produjeron una serie de fenómenos de insurgencia de las multitudes y de las masas en el quehacer político de los Estados. Fueron los efectos de la primera revolución industrial, que aglomeró enormes multitudes en torno a los centros de producción industrial en las grandes metrópolis, fue la hipertrofia del urbanismo, la masificación de las sociedades, la que, entonces, dio nuevo impulso a la opinión pública, porque ya las masas se cansaron de su papel pasivo en la elaboración de la historia, asaltaron los escenarios más visibles de la actividad política, y con sus mil bocas, invisibles, reclamaron con toda fuerza y con todo vigor sus derechos. Este fenómeno de la insurgencia de las muchedumbres, de la masificación de las sociedades, de los llenos de plazas y de calles de las movilizaciones de multitudes, fue muy certeramente definido por Ortega y Gasset, como la rebelión de las masas, en un libro muy conocido; pero este fenómeno dio un nuevo impulso a la opinión pública: la convirtió en una opinión masiva, y gana mayor poder este factor que venía históricamente desenvolviéndose desde los tiempos de las revoluciones industriales norteamerica-

na y francesa. Y finalmente, el extraordinario avance de la ciencia y de la tecnología perfeccionó e impulsó los medios de comunicación de masas, y entonces un tercer factor fortificó la presencia, la dinámica, y la gravitación de la opinión pública como factor de incidencia decisoria en la conducción de los Estados. Especialmente el invento del transistor, amplió las posibilidades de comunicación de masas, liberó a los medios auditivos y audiovisuales de su esclavitud, del fluido eléctrico localizado. Les permitió liberarse de esa restricción a los radio-receptores y a los televisores, que se esparcieron por la periferie de las naciones.

Y entonces ganó un nuevo y definitivo impulso la opinión pública, hasta el extremo de que hoy, los regímenes democráticos, se definen como regímenes de opinión, porque están sustentados, están apoyados en la opinión pública, y cada vez con mayor definición los gobiernos están más atentos a lo que anhela, desea, condena, aplaude o repudia la opinión pública, es decir que cada vez los Estados contemporáneos son, con mayor definición, formas organizativas de la sociedad, fundadas sobre la opinión pública; son regímenes de opinión.

En estas circunstancias, es fácil imaginar la enorme responsabilidad que tienen los comunicadores sociales, la gigantesca tarea que está llamada a desempeñar la prensa del mundo, porque el poder de informar, el poder de modelar una opinión pública, de influir sobre ella, de suscitar ilusiones o imponer frustraciones, tiene realmente, una fuerza diabólica. Y esto demanda un alto grado de responsabilidad y de conciencia, ética y política y social, en los comunicadores. Así entiendo yo la tarea del periodismo como factor de estabilidad democrática, que ha sido el tema en torno al cual se han reunido, bajo la hospitalidad ecuatoriana, distinguidos periodistas procedentes de varios países de América Latina.

Al clausurar este Seminario, al decirles en nombre del gobierno ecuatoriano, y del pueblo del Ecuador, que han sido bien recibidos y bienvenidos a nuestro país, para alegrarme inmensamente por el éxito de los debates que aquí se han tenido, bajo el marco de la absoluta libertad que impera en el Ecuador bajo nuestro gobierno, quiero formular los votos más amistosos y fervientes por el éxito personal de todos ustedes y por el buen destino que ustedes den a los medios de comunicación que ustedes manejan o conducen.

Aprovecho la oportunidad para hacer esta exhortación, en nombre de la democracia, para que esa tarea fundamental del periodismo en el continente, sea ejercida con un alto grado de responsabilidad, porque es tal la fuerza de los comunicadores de masas, que podrían, como decía algún filósofo español, promover tempestades o imponer calmas en la sociedad; es decir, la influencia de los medios de comunicación es a los pueblos, lo mismo que los vientos sobre las aguas del mar. Pueden lo mismo promover tormentas, que imponer calmas. Y si las cosas son así, está muy claro que la sociedad reclama un alto grado de responsabilidad y de patriotismo en los comunicadores sociales.

Estos son los votos que formulo en nombre de nuestro gobierno, y la satisfacción que les expreso por haberles tenido entre nosotros durante estas pocas y gratas horas para nuestro país.

**DEL DR. ERNEST KERBUSCH, DIRECTOR ENCARGADO  
DEL DEPARTAMENTO INTERNACIONAL DE LA  
FUNDACION FRIEDRICH EBERT**

Permítaseme comenzar mis palabras expresando mi gran satisfacción por concurrir a este importante evento y transmitir a todos, en nombre de la Fundación Friedrich Ebert y su directoría las más calurosas felicitaciones y deseos de éxito.

Para la Fundación Friedrich Ebert la colaboración de este encuentro en la hospitalaria casa de CIESPAL, institución con la cual nos une una larga y muy fructífera colaboración, y en el Ecuador, país de profunda vocación democrática, tiene un alto significado, realzado por la presencia de tan distinguidas personalidades, destacados representantes de las esferas política, periodística y científica de la región.

Los méritos y desméritos de la democracia en América Latina fueron analizados exhaustivamente en muchas reuniones nacionales y regionales. En no menos ocasiones el papel del periodismo para el desarrollo fue objeto de escrutinio, entre otros aquí mismo en la sede de CIESPAL. Pero creo que es por primera vez que se plantea examinar de una manera rigurosa y franca, el rol que el periodismo latinoamericano podría y debería desempeñar para la estabilidad democrática en el sub-continente.

El momento no podría ser más oportuno. En los años 80 las fuerzas democráticas han resurgido con gran ímpetu en Latinoamérica. Gracias a su empuje ha retornado el pluralismo político e ideológico a su seno y en la gran mayoría de sus países ondean hoy las banderas de regímenes legítimamente constituidos, vía la consulta



popular y tienen vigencia las ideas e instituciones democráticas. El Ecuador, país anfitrión de este encuentro, es uno de los más ilustres ejemplos de esta gesta democrática.

Sin embargo, la democracia en América Latina aún no está a salvo. La severa crisis económica y las presiones sociales plantean a los gobiernos democráticos serios problemas y si sus esfuerzos mejor intencionados por cambiar estructuras obsoletas e implantar estilos de desarrollo dinámicos y justos no logran satisfacer las expectativas populares, la credibilidad del orden democrático podría sufrir fisuras. La propia estabilidad democrática podría verse amenazada de nuevo. Al respecto, la historia de Alemania aporta un elocuente aunque nefasto ejemplo. La joven república de Weimar, golpeada económicamente por los embates de la gran recesión mundial y atormentada por exacerbadas confrontaciones internas, sucumbió al nazismo, que escribió una de las páginas más negras de este siglo.

Frente al desafío señalado, los medios masivos y el periodismo tienen una gran responsabilidad. A la prensa y radiodifusión les compete informar y orientar a la opinión pública sobre los asuntos nacionales, regionales e internacionales de una manera documentada, la más objetiva posible y desde una óptica que refleja una amplia gama de posiciones políticas e ideológicas y libre de coacciones de cualquier índole. Porque solo allí, donde hay acceso a todas las informaciones, donde no se oculta nada, la gente tiene confianza en un sistema político y habrá comprensión, apoyo y activa participación popular en la conducción de los asuntos públicos, lo que hace al sistema democrático fuerte y duradero. Pero a la vez que se requiere de un periodismo independiente, crítico y portavoz de los legítimos reclamos populares, que pueden y deben ser atendidos por la gestión estatal, precisa que los medios y el periodismo se desempeñen de modo responsable y alerta frente a las posiciones dogmáticas y antidemocráticas y la fácil demagogia, que falsean la verdad, que confunden y agitan artificialmente la opinión pública y que debilitan y empañan la imagen y la obra de regímenes auténticamente democráticos.

En tanto que en los países totalitarios los medios y el periodismo son principalmente instrumentos propagandísticos en manos y en función de los intereses del estado, en muchos países desarrolla-

dos occidentales la gran prensa, la radio y la televisión se han constituido en el "Cuarto Poder", en algunos casos hasta capaces de minar y derrumbar gobiernos legítimamente constituidos. Los medios se han convertido, en la mayoría de los casos, a través de una larga y, como en nuestro caso, muy dolorosa trayectoria, en un eficaz contrapeso a la potencial prepotencia gubernamental y latente arbitrariedad de las burocracias y en firmes defensores de las libertades democráticas, que se practican en nuestras sociedades.

Pero si bien en nuestros países los sistemas de comunicación han avanzado mucho en su función de servir de baluarte a la democracia, en algunos aspectos su funcionamiento aún deja mucho que desear. En la República Federal hemos aprendido la lección dura del nacimiento y atesoramos la independencia de los medios y de los periodistas como un principio sacrosanto del sistema democrático que se estableció después de la última guerra. El artículo 5 de nuestra constitución consagra el principio que "todos tienen el derecho de expresar y divulgar su opinión a través de la palabra, la escritura y la imagen... La libertad de prensa y de reportar están garantizadas. No existe censura". Tampoco existen limitaciones gremiales para el ejercicio de la profesión periodística. Cada persona, que así lo desee, puede llamarse periodista y ser empleado y trabajar como tal. Dos principios adicionales rigen nuestro sistema comunicacional. La prensa es privada en Alemania. Pero los medios electrónicos deben por ley reflejar las diferentes opciones ideológicas y, sin ser estatales, deben —en lo político— manejarse en forma pluralista. El segundo exalta la más amplia libertad del periodista en su labor en relación con jefatura y propiedad de un órgano de prensa.

En realidad estos principios, que deben salvaguardar una opinión pública ecuaníme y ampliamente informada, han sufrido desvirtuaciones y no se puede aplicar con todo el rigor deseable. Ciertamente no existe censura oficial de lo escrito y difundido por los medios, pero hay otras limitaciones a la libertad periodística. Por una parte existe el peligro de un creciente partidismo que caracteriza ante todo a la radiodifusión pública, en la cual los partidos de gobierno han logrado alcanzar, en sus gremios directivos y consecuentemente también en la programación, una preponderancia peligrosa. Por otra parte no es menos cierto que en cuanto a selección de temáticas y enfoques de su trabajo, los periodistas suelen ser mucho menos inde-

pendientes de las prioridades y lineamientos impuestos por los editores y propietarios de lo que en general se admite. Además, no cabe olvidarse del alto grado de concentración de los medios en Alemania. A pesar del reciente repunte de los medios locales y el avance de la televisión privada, esta concentración limita el espectro político e ideológico de la información disponible a la población.

América Latina no está ajena a estas problemáticas; también este subcontinente está marcado de una considerable concentración de los medios masivos de comunicación, que se traduce en una oferta informativa política e ideológica limitada para las grandes mayorías. También aquí el periodista, por regla general, debe someterse a lo que suele llamarse la "censura interna", que limita su libertad de expresión y lo encasilla en moldes prefabricados por otros. Más notoria aún es la dependencia de los medios, sobre todo de la televisión, de contenidos extranjeros, que poco tienen en común con la identidad cultural de la región y menos con las aspiraciones y necesidades de sus pueblos. En el campo informativo las agencias de noticias internacionales ejercen un control casi monopólico sobre la noticia internacional, además de reducir la información sobre América —salvo en raras excepciones— a la noticia con valor mercantil, o sea con un contenido exótico o sensacionalista.

En la gran mayoría de los países latinoamericanos los días en que organismos estatales practicaban una rígida censura ya pertenecen al pasado. Pero aún persisten mecanismos sutiles y las presiones económicas a través de la publicidad, que se emplean para amoldar la línea de un medio o sofocar la información crítica. Aún el libre ejercicio periodístico puede implicar considerables riesgos en Latinoamérica, como lo atestiguan los casos de valientes periodistas, que han pagado caro su afán por servir a la verdad y a un periodismo honesto y responsable. Por otra parte, no hay que olvidar los casos de medios —hay notables excepciones— que por conveniencia de acomodación dejaron de movilizar todas las fibras de su compromiso en apoyo a la constitucionalidad y a la democracia cuando estos eran amenazados por fuerzas antidemocráticas o barriados por la violencia de los hechos.

Con todo esto quería señalar que los problemas básicos para los periodistas en los países industrializados, aunque gradualmente dife-

rentes —son parecidos a los de América Latina— con la excepción de que aquí hay que tomar en cuenta los problemas adicionales de la situación económica catastrófica, de la violencia, de las profundas diferencias sociales y por consecuencia de la pérdida de fe en la capacidad reformadora de las sociedades.

Es por esto que la presente cita, que ha convocado a personalidades tan ilustres a la meditación y a un franco diálogo sobre las insuficiencias y trabas, que aún debilitan al compromiso democrático del periodismo latinoamericano, reviste una importancia singular. Presenta la ocasión para analizar una serie de interrogantes, tanto las respecto a los marcos legales, que encuadran la labor de los medios y periodistas, como las que surgen de la misma práctica profesional, con un criterio más amplio y crítico. ¿Cómo promover a un periodismo más independiente de la ingerencia estatal y de intereses particulares? ¿Cómo convencer a los gobiernos que el conformismo de los medios prostituye a la profesión periodística y engaña a la opinión pública? ¿Conviene la estricta colegialización de esta profesión a la formación de amplias corrientes democráticas? Pero también, ¿Cómo desarrollar a un periodismo mejor documentado, más ilustrado para interpretar las complejas realidades y desafíos económicos, científico-tecnológicos y sociales? ¿Cómo hacer su discurso más responsable frente a las promesas y expectativas desmesuradas? ¿Cómo pueden ser más comprometidos con el bien común y con la tarea de fortalecer el sentir y el comportamiento democrático de los pueblos latinoamericanos? Estas serán algunas de las interrogantes, que quizá merecen reflexión.

Los resultados prácticos de esta tormenta de ideas seguramente ayudarán a avanzar en la dirección deseada. Permitirán vislumbrar con mayor nitidez la necesidad de vencer los obstáculos que frenan el desempeño de un periodismo aún más libre, más consciente y responsable y de estimular y sostener corrientes democráticas de opinión, que son las únicas capaces de mantener el barco de la democracia a salvo en tiempos de crisis y zozobra. Ojalá de vuestras deliberaciones nazca la semilla que con el tiempo crezca y de al periodismo latinoamericano una senda clara y definida para que sea baluarte y farol, a la vez, de la paz social y del desarrollo democrático en este continente.

**DEL PRESIDENTE DE LA  
UNION NACIONAL DE PERIODISTAS DEL ECUADOR  
LCDO. EDGAR JARAMILLO**

Deseo comenzar esta intervención expresando mi más sincero agradecimiento a CIESPAL y a la Fundación Ebert de la República Federal de Alemania, por haber permitido a la Unión Nacional de Periodistas cooperar en este importante evento durante el cual se analizaron los principales problemas que afectan a los regímenes democráticos, así como las restricciones y problemas que enfrentan los periodistas, en pleno ejercicio de su labor profesional.

Estos aspectos que los hemos identificado deben superarse con el compromiso de todos, para permitir que los periodistas podamos cumplir nuestra función en forma libre, responsable e independiente, para de esta manera reafirmar el compromiso con el desarrollo y el afianzamiento democrático de América Latina.

Quiero destacar que este encuentro no es el único que hemos efectuado con CIESPAL y la Fundación Ebert; este evento se inscribe en el marco de una larga, estrecha y fructífera colaboración que ha permitido a los periodistas de Ecuador y de América Latina efectuar 78 cursos de perfeccionamiento, a la vez que revisar los problemas más palpitantes que afectan a la comunicación de América Latina, por ello a nombre de la Junta Directiva y los miembros de Unión Nacional de Periodistas me es satisfactorio reiterar el más cumplido agradecimiento a CIESPAL y a la Fundación Ebert.

Y al hablar de periodismo y afianzamiento democrático en América Latina me parece oportuno citar las declaraciones del Presidente de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la

la Comunicación, el señor Maduras, quien en el prólogo del informe denominado "un sólo mundo, voces múltiples" declara: "me gustaría parafrasear a Orson Welles, y decir que la historia humana se convierte cada vez más en una carrera de velocidad entre la comunicación y la catástrofe; es indispensable, por tanto, utilizar plenamente la comunicación en sus múltiples formas, para conseguir que la humanidad sea algo más que una historia, en otras palabras, para garantizar a nuestros hijos un futuro".

La comunicación y la democracia enfrentan serios y complejos problemas, para los cuales no existe una solución mágica que permita eliminar de un plumazo los obstáculos y las dificultades que enfrentan los periodistas y las democracias. El afianzamiento democrático es un proceso y no un conjunto de condiciones y de operaciones; los aspectos de ese proceso se modificarán, en tanto que los objetivos seguirán siendo los mismos.

Una mayor justicia social, una mayor equidad, una mayor participación, una mayor reciprocidad en el intercambio, una menor dependencia, una mayor autosuficiencia e identidad cultural y, en definitiva, un mayor número de ventajas para toda la humanidad.

Habrá que ir paso a paso y armarse de tolerancia y recorrer este largo itinerario antes de poder crear adecuadas estructuras que permitan aplicar nuevos métodos para engendrar y mantener una nueva mentalidad, una mentalidad democrática.

Cito al periodista alemán Hermann Bellinghausen, quien al respecto dice: "quien quiera hacernos creer que existe en realidad alguna sociedad sin debilidades ni conflictos, no nos está informando sino que nos está ocultando la realidad; quien crea haber descubierto en la historia una sociedad ideal, sin luchas por el poder y sin intereses contrapuestos o padece de un error de tipo idealista o falsifica la historia, la meta de la sociedad perfecta pertenece al reino de la utopía. La sociedad ideal como realidad previamente dada, fue y sigue siendo mera ideología, estas reflexiones no permiten recordar que el periodista debe percibir la realidad como es y no como quisiéramos que sea, porque si la vida es así, y si las sociedades imperfectas y llenas de conflictos pueden avanzar hacia su mejoramiento, no hay otra alternativa que buscar su medida a través de la definición de objetivos per-

manentes como son los de las solidaridades, de la libertad y de la justicia social”.

Sin duda, la tarea de los periodistas es sumamente trascendente y a la vez difícil, difícil porque estamos ubicados en medio de conflictos de todo orden, sujetos no solo a las presiones de lo puramente humano, sino a las influencias de lo político, que son las más duras y serias; expuestos, como estamos a esas circunstancias, las que hacen que el periodismo se dificulte y se reduzca en sus posibilidades para un mejor servicio a la comunidad.

Debemos renovar nuestro compromiso con el cambio social que fue, es y seguirá siendo la más notable y la más importante de las funciones que debemos cumplir.

La contribución de los periodistas al afianzamiento democrático es decisiva; por eso esta reunión ha constituido un acontecimiento grato, un hecho de gran trascendencia, porque no solamente nos ha permitido específica y exclusivamente analizar los temas propuestos que, por supuesto, tienen una inmensa importancia y una actualidad indiscutible, sino porque nos ha dado también la oportunidad de participar de un rico intercambio de experiencias y por sobre todo plantear nuevos temas y problemas que deberán analizarse en un futuro inmediato.

Durante este seminario tuvimos además la ocasión de profundizar en el análisis de aquellos asuntos que parecieron como los más relevantes. Existió consenso por ejemplo, en que el quebrantamiento de los principios democráticos necesariamente tiene como sus principales antecedentes el agotamiento de los modelos de crecimiento económico y del desarrollo social, que los países latinoamericanos experimentaron en los primeros años de la década del 60; procesos que a su vez consolidaron una configuración del poder y un modelo económico social, estructural adverso, a la vigencia de los derechos políticos, a los derechos humanos y a las otras libertades públicas en su más amplia concepción.

Como consecuencia de estos problemas, en la década de los 70, en varios países latinoamericanos, especialmente en el cono Sur, se establecieron gobiernos que articularon un terrorismo de estado, si-

tuación que llevó consigo al advenimiento de concepciones económicas neoliberales con enfoques políticos autoritarios, que dieron paso a la vinculación sistemática de los derechos humanos como parte de la política central de los gobiernos para defender la democracia.

En América Latina debemos, ante todo, entenderla y tratar de perfeccionarla; con esto quiero decir que no es importante solamente entender la democracia en la dimensión en la que tradicionalmente se la concibe; la dimensión política o filosófica a través de la cual entendemos como un sistema que permite la libre expresión de la voluntad popular y el respeto a los derechos civiles y políticos de los individuos, sino además como un sistema que debe hacer posible lograr mejores resultados en la otra dimensión, la dimensión de la convivencia, la del progreso, la paz, la solidaridad y el bienestar; creo que debemos entender la democracia y mostrarla así, porque si bien tiene importancia para el común de los individuos el estar facultados para elegir y ser elegidos y no cabe duda que estos aspectos son atractivos, porque abren la posibilidad de reclamar el cumplimiento de la ley en beneficio propio, es y evidentemente innegable y sin duda mucho mejor, mucho más convincente demostrar como el sistema democrático, al permitir que todos y cada uno de los individuos se expresen y vivan como quieran, conforme anhelan, puedan también encontrar estímulos para la iniciativa y la capacidad individual, para trabajar, para que se cree un ambiente propicio para la expansión de habilidades y de las capacidades productivas y creadoras, que permita que todos o por lo menos, la gran mayoría, participe, intervenga y colabore como agente activo y deliberante en los procesos de producción, consulta y decisión.

Comprender y mostrar de esta manera la democracia me parece mucho más positivo y convincente que hacerlo únicamente en la dimensión tradicional, la que, por cierto, y hay que admitirlo, parece haber perdido su mágico y tradicional atractivo, aun para aquellos que debería valorarla en alto grado, por lo que significa libertad de pensar, de crear, de disentir y de avanzar.

Nos encontramos en el umbral del año 2000 y el mapa político de América Latina gobiernos democráticos, entre los que se advierte las más diferentes manifestaciones, puesto que todas las ideologías han encontrado una expresión política, los más diversos y heterogé-



neos modelos se han puesto en práctica; y en ese amplio espectro los gobiernos constitucionales, las nacientes y débiles democracias son vulnerables a la crisis, en particular por los problemas de carácter económico, pues los conflictos sociales y políticos que esas crisis provocan las afectan con mayor fuerza.

Los problemas generados por la deuda externa son el mayor peligro y el peor enemigo de las democracias latinoamericanas; este peligro obliga a que los periodistas reiniciemos, junto a nuestros pueblos, un nuevo esfuerzo en procura de mantener institucional e institucionalizar la libertad y el derecho a la voluntad popular. Los periodistas estamos y estaremos junto a aquellos pueblos que no aceptan la violencia, que han rechazado la agresión, que detestan las amenazas y la prepotencia y que están decididos a construir patrias nuevas, nuevas sociedades y verdaderas democracias, democracias que según el agudo criterio de Sir Winston Churchill, es el peor de todos los sistemas, excepción hecha de todos los demás.

Para finalizar, permítanme que a nombre de la Unión Nacional de Periodistas, que me honro en presidir, haga ostensible públicamente el reconocimiento por la colaboración que ha ofrecido la Fundación Ebert para el programa de formación profesional que ha mantenido la Unión Nacional de Periodistas.

# **CONFERENCIAS**

## **GOBIERNO Y LIBERTAD DE EXPRESION**

**Luis. E. Proaño**  
**Director General de CIESPAL**

Desde que John Milton se empeñó en persuadir a sus orgullosos y autosuficientes contemporáneos que aceptaran la libertad, sus palabras siguen martillando el oído de sucesivas generaciones porque la tentación de suprimirla surge intermitentemente.

Cada hombre en particular, como en los tiempos de Milton, está convencido que se le puede confiar el derecho de conocerlo todo, leerlo todo, decirlo todo, pero, lo que exige para sí, se torna turbio cuando es el otro, ideológicamente diferente, quien debe gozar de idéntico derecho.

En este momento de la historia latinoamericana, un creciente número de personas cree en la libertad para sí y en la supresión de ella para los otros. Y así el problema como en los remotos tiempos de Milton permanece el mismo: ¿Quién es el que debe decidir quién está capacitado para la libertad y, en consecuencia, a quién se le debe otorgar ese derecho?

En todos los continentes, hay hombres y mujeres que están repensando los principios por los cuales la humanidad puede vivir en armonía con los demás seres humanos. Si nosotros en América Latina tenemos la libertad que gozamos, se debe, a que en diferentes tiempos y en diferentes lugares, existieron extraordinarios seres humanos que apasionadamente se esforzaron en escribir y decir lo que pensaban. No les importó el riesgo que corrían a cambio de expresar lo que les pareció que debía ser conocido con urgencia.

Si no hubiéramos heredado la libertad, ¿pensaríamos ahora que era necesario el conquistarla o estaríamos de acuerdo en que la libertad fue un atractivo engaño, demasiado peligroso para ser instaurado en momentos de tanta inestabilidad política y social?

Los medios de comunicación en América Latina no son ni mejores ni peores que otras instituciones de nuestra democracia.

La libertad de prensa fue establecida porque la censura fue inaceptable para los ideales y principios de los hombres que iniciaron y dieron forma a nuestra historia.

Pero en una democracia, la libertad de expresión no es permitida únicamente a los buenos ciudadanos, a los sabios o a los de gusto refinado. La libertad es patrimonio de todos, de aquellos de nobles como de bajos principios o aquellos que no poseen ninguno. La libertad de expresión lleva implícito el derecho de abusar de ella y sus más agregios defensores sufrieron los golpes de quienes la usaron con villanía.

Jefferson había escrito a Edward Carrington: "Siendo la base de nuestro Gobierno la opinión del pueblo... Si se me dejara a mí decidir, si es que deberíamos tener un gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno, no dudaría un momento en preferir lo último".

Más tarde, Jefferson era acusado por James Thompson Callender y otros periodistas, de cobardía, de haberse apropiado del dinero público, de ser ateo y enemigo de la religión, de mantener ilícitas relaciones sexuales con sus esclavas negras.

Lo que tuvo que sufrir no le estimuló a admirar a esos periodistas, pero no disminuyó su fe en la necesidad de una libertad ilimitada de la prensa.

La libertad no es pertenencia exclusiva del buen ciudadano y del discreto. Cuando se convierte en la recompensa del mérito, de la virtud, de la verdad o de la benevolencia, deja de ser libertad.

Pero es también verdad, como lo prueba nuestra historia latinoamericana, que solamente aquellos países que han sido capaces de ejercer la libertad con un sentido de responsabilidad frente a las exigencias del bien común, han sido los que por más largo tiempo la han conservado.

Todos nosotros creemos en la libertad porque estamos conven-

cidos que el pueblo es soberano y el que decide el rumbo de su destino. El gobernante, es el servidor de los intereses del pueblo y como tal puede ser llamado a rendir cuentas de su gestión. La libertad de expresión, la libertad de prensa, es el medio adecuado para hacerlo y en consecuencia es inalienable.

Si nos hemos congregado para dilucidar cómo lograr la estabilidad democrática es porque estamos conscientes que la muerte de la democracia significa la suspensión de nuestra libertad. Y como no aceptamos este intolerable desenlace pero somos conscientes de un eventual peligro, queremos avizorar sus amenazas y esclarecer la relación entre el periodismo consciente de su libertad y el gobierno que a ella debe responder.

En 1936, Walter Lippmann, al comentar el juicio de Bruno Richard Hauptmann, acusado del secuestro y muerte del pequeño hijo de Lindbergh, decía que "había dos procesos de justicia, el uno oficial y el otro popular. Ambos se llevaban paralelamente; el uno en la corte y el otro en la prensa, la radio, el cine y los mítines públicos. Decía además que había dos procesos criminales, dos veredictos, el popular y el oficial y que ambos se confundían en la mente popular".

La pregunta para nosotros no es tanto si hay o no dos sistemas legales, sino si en nuestros países hay dos gobiernos.

¿Tenemos un gobierno oficial y otro gobierno que existe solo en la mente popular implantado por los medios de comunicación?

No se puede negar que el conocimiento que del gobierno tienen los ciudadanos no es adquirido por la experiencia y observación personal sino a través de los medios que establecen la agenda del interés público.

Se podría esperar que la especialidad de los medios ayudara a conformar una más realística imagen del gobierno: La radio y la televisión situando con rapidez el evento; los periódicos contextualizándolo y las revistas y libros penetrando la noticia en profundidad. Pero en cualquier caso la imagen final dependerá del concepto periodístico de lo que es noticia, de la estructura y objetivos de los diferentes medios y de las limitaciones humanas de los reporteros, cro-

nistas y columnistas y la importancia que decidan dar al presidente, a los líderes del congreso, a diferentes ministros y a funcionarios de menor rango.

Debe sin embargo notarse que la diferencia entre el gobierno real y la imagen que de él proyectan los medios se inicia con la acción deliberada de sus personeros de comunicación que insertan elementos cuidadosamente elegidos para lograr la imagen que desean crear.

La tarea no es fácil. Los periodistas, en América Latina, como reacción al manejo de la noticia de los regímenes dictatoriales, son cada vez más sospechosos de los anuncios oficiales, más agresivos en las preguntas y más especializados para hacerlas.

Debemos reconocer sin ambages que el conocimiento público del gobierno se fundamenta en información de segunda mano. La inmensa mayoría de los ciudadanos no conocen al Presidente personalmente, ni a los senadores y ni siquiera su Alcalde. No participan decisoriamente en las crisis ni en los consejos de Gabinete, en los que se establecen las políticas y se esclarecen los problemas. Lo que conocen en el área nacional o local depende de la información de los medios.

La psicología social ha demostrado hasta la saciedad que los medios de comunicación, manejados por hombres que poseen su peculiar modo de mirar al mundo, ideologías, prejuicios, valores y estereotipos propios, no captan la realidad como un espejo sino que la interpretan y descomponen como lo hace el prisma con la luz.

El primer paso para reducir la distorsión entre realidad e imagen, entre el gobierno real y el interpretado, es el estar consciente de la diferencia y establecer políticas de corrección.

Una de las acusaciones más insistentemente repetidas por los líderes políticos latinoamericanos es la de una inexplicable ambivalencia de los medios de comunicación: Proceden con insuperable cautela y prudencia cuando se encuentran bajo el dominio de las dictaduras y se revisten de implacable sentido de justicia y tesonera denuncia cuando se instauran los gobiernos democráticos.

Se ha criticado también la tendencia del periodismo actual a cargar el acento en la crítica personal y no en las políticas gubernamentales, alejándose así de las materias de tangible consecuencia para dedicarse a escarbar menudencias de moralidad personal de discutible relevancia y de magro interés colectivo.

La preocupación del periodista, dicen, debe centrarse en corregir errores más que en humillar, abochornar y castigar a los que los han cometido porque de otra manera se corre el peligro de crear una generalizada atmósfera de suspicacia y hostilidad que impide la realización de una seria labor administrativa, porque se implanta en la conciencia pública la idea que los desaciertos son siempre el fruto de premeditada malevolencia y no simples limitaciones de juicio de los gobernantes.

Los periodistas haríamos bien en reconsiderar nuestras prioridades. Quizás sea la hora de meditar en si estamos o no conduciendo nuestra profesión como autos-sacramentales de la inquisición. En una democracia debemos empeñarnos en pensar que los gobernantes no son objeto de adulación ni envilecimiento, sino servidores públicos que deben ser estimulados o censurados, relevados o ratificados de acuerdo con la competencia que manifiesten en el desempeño de su trabajo. La desilusión excesiva de nuestros líderes no es sino el otro lado de la medalla del culto servil a la personalidad. Si comenzamos por pensar en que nuestros presidentes no son semidioses, sus errores y aun sus transgresiones no nos precipitarán en la desesperanza.

Esto no significa, desde luego, que el carácter moral de los estadistas sea irrelevante sino que sus cualidades personales, en tanto deben ser tomadas en cuenta, en cuanto tienen que ver con el desempeño de sus funciones de servidores públicos.

Nuestros presidentes latinoamericanos no son ni santos ni demonios. Su puesto se encuentra en algún lugar de ese gran continuo que se extiende entre los extremos de la excelencia e incapacidad, como el puesto del resto de nosotros.

Una sociedad mantiene la libertad en tanto en cuanto sus ciudadanos saben ejercerla con cordura. Este principio se aplica tam-

bién al periodismo y con especial exigencia, porque su poder está exento de toda restricción, como no sea la que quiera imponerse a sí mismo.

Nuestra imperativa necesidad es la de la autocrítica y apertura a la crítica que recibamos. Los periodistas llevamos a cuestras la grave responsabilidad de mantener a los gobernantes honestos y eficientes pero con igual exigencia debemos esforzarnos en ser insobornables y justos.

Debemos despojarnos del complejo de Casandra. En general planteamos demasiados problemas y sugerimos escasas soluciones. Sacamos a la luz pública pequeñas maquinaciones politiqueras e ignoramos frecuentemente los enormes problemas que afligen a nuestro continente.

Al daros la bienvenida me he atrevido a insistir más en las sombras que se acumulan sobre el ejercicio de nuestra noble profesión porque estoy convencido que sí nos hemos reunido salvando inmensas distancias no es para entablar un diálogo de alabanzas mutuas sino para hundir el bisturí en lo que nos preocupa.



## **DEMOCRACIA, EFICIENCIA GUBERNAMENTAL Y CRITICA PERIODISTICA**

**Luis E. Proaño**  
**Director General de CIÉSPAL**

“El Periodismo y la Estabilidad Democrática en América Latina” fue el objeto de este seminario, honrado con la presencia de todos ustedes, distinguidos representantes de los medios de comunicación, de la política y las demás disciplinas de las ciencias sociales.

Apenas basta un fugaz momento de reflexión para percatarnos que, detrás de ese objetivo, subyace un miedo que torna vulnerable una esperanza e incierto el resultado de una opción.

La esperanza es la de lograr el afianzamiento democrático y el miedo se nutre en la derrota que ha sufrido, recurrente, este intento idealista, dejando a los latinoamericanos sin el resorte de la fe, sin la confianza en la tradición, dudosos de la sabiduría colectiva, escépticos ante la fuerza de la razón, en peligro de que se agote la conciencia humana y caiga en la apatía, no tanto por el hambre y la desnutrición cuanto por la mengua del coraje viril que convierte el valor en cualidad insólita que solo algunos poseen.

Para vencer ese miedo estamos aquí. Al miedo se lo domina enfrentándolo. Cuando el hombre le vuelve la espalda deja de pensar con la cabeza y comienza a hacerlo con los pies, iniciando veloz, la carrera de la cobardía.

Si mantener queremos el imperativo de la libertad que ha resonado en Latinoamérica por más de 150 años, debemos someter la realidad a un severo análisis que descubra el límite del sueño y nos permita no sentir la vida como un terrible azar, en el que el hombre dependa de voluntades misteriosas y latentes que operan según el ritmo de imprevisibles caprichos.

Ese análisis exige una depuración de la esencia de la democracia y un aquilatamiento de sus postulados.

Para contribuir a la estabilidad democrática, el periodista debe tener una idea clara de su significado, sus límites y alcance. Un periodista no podrá comprometer su acción a favor de un ideal democrático que se agote en el formalismo de determinado sistema de gobierno y en la renovación ritual de sus gobernantes sino en una democracia que se esfuerce en obtener la mejor vida posible para sus conciudadanos, el ámbito más amplio de la libertad individual, e igual oportunidad para que todos puedan llegar al más completo desarrollo de su personalidad conforme sus capacidades innatas lo permitan.

El propósito de la democracia debiera ser encontrar la forma de ampliar la libertad, en un mundo condenado al cambio vertiginoso e incesante, y acortar la brecha entre las instituciones y creencias heredadas y un medio ambiente en perpetuo movimiento, para moldear la historia controlando las energías desencadenadas por la ciencia y la tecnología.

La creatividad es el arte de gobernar y la oportunidad su arma. La política es esclava del reloj. El estadista es víctima de la emergencia; prisionero de la crisis y aun en épocas apacibles, siervo de los plazos que se vencen. A menudo debe asirse a ideas prematuras y usarlas sin conocer las consecuencias porque si espera demasiado para estar absolutamente seguro de los hechos, puede perder el control de los acontecimientos.

Hace falta igualmente insistir en que la esencia del proceso democrático es el gobierno por consentimiento, resultado de la discusión libre y ecuaníme, y que no debemos abandonar la fe en la racionalidad del hombre a pesar del éxito pasajero de la manipulación publicitaria.

Cuando los gobernantes tienen como meta el aumento de la autoridad personal o la protección de la voracidad y el privilegio corrompen los cimientos de la democracia. Cuando su objetivo es la abolición de la opresión social, el incremento de las oportunidades para los pobres y marginados y el respeto a la libertad de expresión alejan el peligro de las dictaduras.

El pensamiento democrático actual considera a la igualdad como un ideal y no como un hecho; como una meta alcanzable pero no por el recurso a la violencia sino por una evolución dialéctica a través de la cual el sentido innato que posee el hombre por la justicia, prevalecerá finalmente sobre sus más bajos instintos, descubriéndole las ventajas de la solidaridad social frente al goce desmedido del egocentrismo plutocrático.

El empleo de la violencia para destruir la opresión e instaurar la verdadera libertad puede ser en ocasiones el último recurso de las sociedades atrapadas en situaciones desesperadas. Pero en una rebelión, como en una novela, decía Tocqueville, la parte más difícil es inventar el final.

Sin embargo, las dificultades recientes de la democracia latinoamericanas han sembrado la duda en la posibilidad de la pacífica y ordenada adaptación de las instituciones gubernamentales, económicas y sociales y mientras el conservador permanece demasiado satisfecho e inimaginativo, el radical se inclina, cada vez más, impaciente a implantar su propia utopía aun recurriendo a la violencia.

Otro de los problemas que más de cerca atañen al periodista es el de conciliar la libertad con la autoridad. La democracia exalta la libertad y sospecha de la autoridad, rezago de la reacción contra el absolutismo monárquico y las dictaduras criollas. Preferimos así un gobierno estrictamente limitado bajo el paliativo de salvaguardar la democracia aunque en la práctica su debilidad desemboque en la anarquía y su eventual destrucción.

Para conocer las fatigas del poder dirijámonos a los que lo tienen en su mano; para conocer sus placeres, vayamos a aquellos que andan tras de él; los sinsabores del poder son reales; sus placeres, imaginarios.

Las dictaduras se producen con más frecuencia por el fracaso de los gobiernos débiles que por el éxito de los vigorosos.

En este contexto vale la pena analizar, así sea de paso, el papel de la oposición. La crítica a la política gubernamental, llevada a cabo por un partido de oposición, no se la hace para que el gobierno

corrija sus errores, enmiende su rumbo y en consecuencia tenga éxito y sea reelegido. Su estrategia está dirigida a hacer que la opinión pública sea adversa al gobierno cobrando conciencia de sus desaciertos, con la esperanza de convencer a la ciudadanía de la bondad de la ideología opositora y de sus programas de acción y asegurarse el triunfo en la próxima elección. Y aquí yace la diferencia medular entre el periodista y el político.

El periodista critica para que el gobierno cambie si se encuentra errado y lo estimula para que se afirme en su acción si responde a los intereses del pueblo.

Muchos se preguntan si la democracia puede prosperar cuando la riqueza económica se concentra en un número demasiado reducido de personas. No es difícil entender el peligro que encierran las grandes corporaciones que acumulan gigantescos capitales, controlan un sin número de empresas, crean cadenas de almacenes, se diversifican en firmas financieras, se asocian con carteles internacionales, limitan la competitividad de los pequeños empresarios y despojan a los demás de la igualdad de las oportunidades de trabajo e inversión.

El cometido de un gobierno no es hacer al pueblo rico, sino protegerlo mientras se enriquece por sí mismo.

Los grupos económicos poderosos tratan de moldear las decisiones políticas para salvaguardar sus intereses y la mayoría popular se esfuerza en ampliar su poder político para mejorar su condición económica y social. ¿Se puede hablar de soberanía popular y democrática cuando la mayoría de la nación carece de independencia económica y seguridad de trabajo justamente remunerado?

La democracia es un sistema de tendencias positivas y negativas, se agudezas y clarividencias, de torpezas y cegueras. Mientras más duro es el contraste entre el ideal y la práctica, lo primero que se advierte es la presencia de las propensiones negativas y la historia practica un extraño pudor que le impide referirse a lo positivo de la democracia ni siquiera en forma de breve alusión. Las quejas más comunes en contra de la democracia, se refieren a su incapacidad para funcionar eficiente, pronta y honestamente.

En contraste, las dictaduras reclaman para sí, como justificación inherente, la celeridad eficaz de la acción y en consecuencia se presiona a los gobiernos democráticos a actuar conforme a pautas exigentes e imposibles. No debemos olvidar que las acciones del sistema democrático que buscan solidaridad nacional, orden, libertad y oportunidad para el desarrollo autónomo de la persona, no pueden ser valoradas mediante la relación simplista de rendimiento y esfuerzo. La educación, la seguridad social, la salud y otros servicios similares no pueden ser medidos solo por su costo o por el número de personas empleadas para suministrarlos.

El mejor gobierno no es, necesariamente, el menos costoso o aquel que funcionó con el menor número de empleados, ni la rapidez con la que un gobierno actúa es por sí misma prueba de superioridad. La prontitud en la respuesta es deseable, pero también lo son la sabiduría y la justicia.

La democracia se equivoca, pero lo mismo acontece a los reyes, a los grandes industriales y a los dictadores. Hitler y Mussolini fueron modelos de eficacia y ello sirvió para precipitar a sus pueblos en el desastre y la desesperación. Por eso, me vais a permitir que termine con una palabra de cautela, que John Strachey, notable político del partido laborista inglés escribió en su libro "The Challenge of Democracy".

Los barcos de todo el mundo tienen una línea pintada en el casco, decía. Esta marca se llama la línea de Plimsoll, nombre del parlamentario británico que en el siglo pasado hizo aprobar una ley, en virtud de la cual se declaró obligatorio marcar así todos los barcos e ilegal el cargar tanto las naves que la línea quedara sumergida.

Todos los países de América Latina tienen marcada una línea de flotación invisible. Si la nave del estado navega con esa línea por encima del agua, las instituciones democráticas funcionan. Por el contrario, si la nave está tan sobrecargada de dificultades que la línea queda sumergida, la democracia sucumbe.

Y en los países que no han alcanzado cierto nivel de desarrollo general, representados por esa línea, cualquier intento de establecer instituciones democráticas será, en el mejor de los casos, difícil, y con mayor frecuencia peligroso.

Las instituciones democráticas tendrán, en cambio, un valor inapreciable para cualquier país que haya evolucionado hasta pasar la línea de Plimsoll, es decir, que ya no esté sobrecargado por el analfabetismo, la pobreza, la desnutrición, los conflictos raciales o cualquier otra de las terribles cargas que tantos pueblos tienen que soportar.

El periodista es el guardián de los intereses del pueblo. El ejercicio de su noble tarea le exige medir responsablemente el peso de su crítica para no sobrecargar la nave democrática más allá de su límite de flotación pues luego tendrá que buscar una tabla donde salvarse de naufragio.

La ardua tarea de este seminario se ha visto coronada por el éxito, más allá de nuestra esperanza, por el concurso generoso del talento y penetración de nuestros colegas periodistas del Ecuador y América Latina. Una vez más CIESPAL les reitera su agradecimiento.

Señor Presidente, nuestra institución se siente honrada con su presencia que da singular realce a nuestro esfuerzo porque es usted hombre de insobornable convicción democrática, y que ha merecido la confianza del pueblo ecuatoriano por haberle demostrado a lo largo de su carrera política que para usted la democracia no es una forma de gobierno sino una encarnación de la justicia social sin la cual la libertad pierde su lustre y atractivo.

Hoy día llega a su culminación una etapa de 18 años de colaboración de la Fundación FRIEDRICH EBERT y CIESPAL, que nos ha permitido formar a miles de periodistas y profesores de América Latina y cumplir eficientemente con las exigencias de nuestra institución.

Este apoyo extraordinario en generosidad no podía menos que ser reconocido con profunda gratitud y por eso el CONSEJO DE ADMINISTRACION, POR UNANIMIDAD concedió al doctor ERNEST KERBUSCH, noble amigo y gestor principal de esta ayuda, su máxima condecoración, que esta noche será entregada por el señor Presidente de la República.

Al doctor Peter Schenkel que ha trabajado hombro a hombro

con nosotros, con enorme dedicación, talento y responsabilidad, la UNION NACIONAL DE PERIODISTAS decidió entregarle el Botón de Oro.

Ruego a todos los aquí presentes, en especial a quienes representan al periodismo latinoamericano unirse a CIESPAL en este justo tributo, porque no solo es el Ecuador el que está en deuda, sino todos nuestros países hermanos.

## LA DEMOCRACIA LATINOAMERICANA FRENTE A NUEVOS RETOS

Luis Maira  
Chile

En poco más de diez años la situación de América Latina en materia de regímenes políticos ha variado sustancialmente.

Al promediar la década de los 70, el continente vivió una de las etapas más intensas de implantación de regímenes autoritarios. En América del Sur, por ejemplo, ocho de los diez países de origen latino —Ecuador, Perú, Brasil, Bolivia, Uruguay, Paraguay, Argentina y Chile— tuvieron en ese momento gobiernos militares, mientras permanecían prácticamente aislados los gobiernos civiles de Venezuela y Colombia. En ese mismo instante, en América Central, con excepción de Costa Rica, se conservaban en el poder gobiernos de fuerza cuyos orígenes, generalmente, se remontaban a la oleada de dictaduras surgidas en esa subregión luego de la Gran Depresión de inicios de los años 30.

El actual decenio, en cambio, ha sido testigo del colapso de la mayoría de estos gobiernos castrenses y la tendencia a la apertura política y el inicio de procesos de democratización ha sido, bajo diferentes modalidades, la variable predominante. De este modo, en la parte sur de América la tendencia política se ha invertido por completo. Y hoy día encontramos sistemas políticos dirigidos por civiles y originados en procesos electorales competitivos en ocho países del área: además de Venezuela y Colombia, también en Ecuador, Perú, Argentina, Uruguay, Brasil y Bolivia. A esto hay que agregar que, tras la reciente derrota del general Pinochet en el plebiscito chileno,



ese país parece encaminarse también en dirección a tener un gobierno democrático en un plazo corto.

En Centro América, entre tanto, la crisis iniciada en 1978, ha tenido costos terribles y ha constituido un factor de inestabilidad regional. No cabe duda que ha originado también un desplazamiento, aparentemente definitivo, de las férreas dictaduras militares que allí predominaron por largo tiempo. Y a esta tendencia de la subregión centroamericana, hay que agregar el desplome del régimen dinástico de Duvalier en Haití, en la cuenca del Caribe, y el proceso político mexicano cuyas secuelas interesaría discutir, especialmente a la luz de las tendencias que se abren con posterioridad a la elección de julio pasado.

De cualquier manera, América Latina vive hoy día un contexto sustancialmente distinto al que tenía poco más de diez años atrás.

Con todo, tenemos en conjunto probablemente la certeza y la sensación de que este nuevo cuadro político, que ha sido descrito formalmente, y pudiera resultar tan atractivo, no va acompañado de la percepción subjetiva de los pueblos, de las élites políticas, de la clase dirigente de nuestros países. Hoy día hay un clima de entusiasmo y júbilo, como los que vivimos en otros momentos del desarrollo pendular de la región. Por el contrario, recorrer América Latina, más allá de estas tendencias que marcan un cambio en la conformación de los regímenes políticos, es hacer un ejercicio que nos aproxima mucho al pesimismo y la desesperanza. De algún modo hay aquí, un dramático desencuentro entre las tendencias políticas positivas, que pudiéramos vincular a fenómenos como la revalorización del principio de soberanía popular, una mayor preocupación y respeto por los derechos humanos, el reconocimiento de nuevos espacios al pensamiento crítico y la disidencia, una mayor consideración y mejores condiciones para el desarrollo de muchas de las organizaciones sociales y populares de nuestros países. Todo esto que es cierto y que está en el platillo positivo de la balanza de la coyuntura más reciente, está más que compensado por fenómenos negativos, por tendencias regresivas provenientes, principalmente, de la esfera económica, donde encontramos incrementos de las tasas de desocupación, aumentos, a veces muy dramáticos, en los niveles de extrema pobreza, una reducción evidente de la autonomía externa de algu-

nos de los estados latinoamericanos y nuevos retrocesos relativos a nuestra inserción económica en el entorno mundial.

En la vivencia, tanto de los países como de las personas, a lo largo de América Latina, encontramos un clima de frustración y relativa desesperanza y la sensación objetiva de que hoy día países y personas tienen que trabajar más para ganar menos. Eso lleva a ensombrecer, de algún modo, la mirada proyectiva sobre el futuro inmediato de América Latina.

Con todo yo creo que, presentado este desencuentro, esta disparidad, entre las tendencias económicas y políticas, que todos sentimos tanto en la existencia cotidiana de nuestros países y de la región, conviene profundizar en algunos de los fenómenos que ordinariamente se han caracterizado en esta introducción. Y una mirada que a mí me interesaría colocar más en profundidad, es la relativa a los procesos autoritarios, especialmente a las modalidades de la dictadura de seguridad nacional, que en el continente surgiera a partir de la experiencia brasilera en 1964, su desplome y las perspectivas futuras de los procesos democráticos que se han inaugurado. ■

El tema podría ser encarado a partir de la idea del cómo terminaron las dictaduras militares, cuál fue su racionalidad inicial y cómo luego se produjo el proceso de desplome, más o menos rápido, y generalizado de la mayoría de ellas.

La teoría política nos enseña que existen tres formas de poner término a un régimen de fuerza. La primera variable es la derrota militar de una dictadura. En un cuadro de pérdida de control, de contradicciones generalizadas y ascendentes que van convulsionando a las dictaduras declinantes, se hace posible a veces, organizar un poder armado alternativo, que acabe por desarticular y vencer a las propias fuerzas armadas que apoyan a los titulares de poder. Esta es como la forma, no solo más radical sino más largamente acariciada por los oponentes de los regímenes de fuerza, casi en toda la historia latinoamericana; no obstante, sus manifestaciones concretas son menos numerosas que las tentativas que se han emprendido para lograrla, aunque en la historia contemporánea de América Latina el término de las dictaduras de Fulgencio Batista en Cuba y Anastasio Somoza en Nicaragua, corresponde claramente a ese diseño.

Una segunda salida se produce mediante una negociación intra-sistema. En este caso, los ostentadores de un poder político dictatorial advierten con mayor lucidez que se ha angostado el camino para la mantención de los militares y las fuerzas civiles que lo acompañan en el gobierno y van tomando, voluntaria y preventivamente, el camino de posibilitar mecanismos de discusión y luego de negociación formal, encaminados a lograr acuerdos directos o indirectos con el sector más moderado y próximo de sus oponentes civiles, lo que permite un repliegue ordenado de los militares y la definición previa de las reglas del juego político para la etapa posterior. Esta modalidad, presente en alguna de las experiencias recientes latinoamericanas, ha encontrado en el caso uruguayo y en la formalización de la negociación final, su ejemplo más característico.

Finalmente, la historia latinoamericana, así como el marco teórico que estudia los sistemas autoritarios, nos habla de la tercera variable, el llamado camino de la derrota política de los regímenes de fuerza. Aquí el factor clave en el desplome es una reactivación de la capacidad política de la sociedad civil por la vía de la reorganización de las instancias sociales, sindicatos, organizaciones juveniles y estudiantiles, agrupaciones poblacionales, organizaciones de pobladores y otras, así como un cierto renacimiento de los partidos políticos democráticos situados en el ámbito opositor, los que van desarrollando acciones que reducen la legitimidad y la capacidad operativa del ejercicio del poder por parte de los dictadores, hasta crear situaciones de crisis que fuerzan al retiro de éstos y posibilitan el restablecimiento de un sistema político democrático. La historia reciente de América Latina nos aproxima a muchas formas históricas específicas en que esta tercera variable ha tenido expresión, pero probablemente la más típica y característica donde se da más en profundidad el fenómeno de la descomposición a través de la derrota política, es el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, a fines de 1958.

Estas formas puras que la teoría describe, hay que decirlo, en la práctica muchas veces se presentan combinadas en forma mixta, y los casos que uno presenta, incluso, como yo lo he hecho recientemente en esta exposición como puros, examinados más de cerca no tienen ya tan nítidamente este carácter. El caso uruguayo, por ejemplo, en la descripción de sus principales actores, no había llegado a la

negociación del Club Naval sin las importantes manifestaciones de fuerza social y de protesta expresadas en la sociedad uruguaya, y quienes siguieron más de cerca la crisis del régimen de Somoza en Nicaragua, saben perfectamente que sin una masiva expresión de sectores civiles en el ámbito urbano, difícilmente se habría asistido a una culminación militar en el desplome de esa dictadura.

Con todo, pese a estas reactivizaciones, los modelos ayudan a aproximarse a las realidades concretas del término de los regímenes de fuerza en los años 80 y permiten comprobar que, prácticamente, en todos los casos de transición registrados durante el actual decenio, ha predominado el escenario de crisis políticas y negociaciones por sobre la propuesta de un término radical de los sistemas dictatoriales. Esto les ha permitido a los militares condicionar su retiro de la política activa en condiciones bastante favorables para el desempeño futuro de sus tareas profesionales. Hemos asistido a la modalidad del repliegue ordenado, y el repliegue ordenado crea sobre las nacientes democracias una cierta forma de rol tutelar que no ha dejado de estar presente en las experiencias concretas que hemos vivido, particularmente, en la parte sur de América. Los elementos más dramáticos de esta forma de retiro del poder de los militares y del espacio que han encontrado los regímenes civiles han tenido que ver, lo sabemos todos, con los problemas de la justicia, los derechos humanos, recomposición del estado y estabilidad de determinados acuerdos económicos con inversión extranjera, ofrecidos en el período de los gobiernos de fuerza a empresas nacionales o transnacionales.

En cuanto a la forma misma en que se produjo el término de estas dictaduras de seguridad nacional, habría que confirmar una tendencia que el estudio comparativo va afianzando muy claramente en el último tiempo, y que daría una mirada de conjunto sobre la perspectiva política del continente en los años 80. Conviene revisarla.

Me refiero al fenómeno siguiente: cuando las dictaduras de seguridad nacional se convirtieron en un fenómeno generalizado, especialmente en América del Sur, en la primera mitad de los años 70, el juicio universal les asignaba una enorme similitud, y esta similitud, en relación a sus modelos políticos y económicos, se ceñía la idea de que iban a seguir la misma trayectoria y que por tanto su consoli-

dación o su desenlace desfavorable se iba a dar bajo tonalidades muy semejantes. Y en la práctica las cosas ocurrieron de un modo enteramente distinto. Es cierto que en la implantación de este tipo de nuevas dictaduras militares latinoamericanas hubo, nítidamente, un pensamiento común, animador de la conducta de los círculos militares que actuaron en cada uno de estos países. En primer lugar, estas dictaduras, a diferencia de los viejos caudillismos militares, que conocimos desde la independencia misma de nuestro continente, tenían un pensamiento oficial, con pretensiones de globalidad, que era la propia doctrina de seguridad nacional, mezcla extraña de la formulación originaria del pensamiento estratégico estadounidense hecho en el Colegio Nacional de Guerra de los Estados Unidos, con adaptaciones locales de pensadores militares como Golbery do Couto e Silva en Brasil, Benjamín Rattenbach y otros en Argentina o el propio Augusto Pinochet en Chile. Y este pensamiento, en sus pretensiones de totalidad, se erigía como la cosmovisión en torno a la cual se pensaba remodelar el estado y la sociedad bajo una conducción militar en nuestro continente.

En segundo lugar, estaba presente una cierta doctrina y un conjunto de ideas para la articulación de la política económica que eran también comunes, con la excepción de Brasil, donde predominó la idea de un rol más activo y dinámico del Estado y se mantuvo el esquema de énfasis a las empresas públicas, y era un rol importante del gobierno. En el resto de países buscaron esquemas muy próximos a las concepciones neo-clásicas, a las visiones monetaristas y se popularizaron concepciones de política económica, basadas en el principio de la apertura externa, la valorización de las ventajas comparativas, y una nueva inserción internacional económica de los países latinoamericanos al sistema global.

En tercer término, los círculos dirigentes, civiles y militares, la tecnocracia civil y militar que se combinó en la dirección del plantel superior de estas experiencias dictatoriales, estuvo también muy influida por ciertas categorías del integrismo católico, y por concepciones derivadas de este pensamiento, especialmente en la versión del integrismo católico español y en la forma que se vio a partir de la implantación del General Francisco Franco en el poder, luego del fin de la guerra civil española, en 1939.

Y finalmente hubo también un cierto pensamiento común y una cierta visión común, en materia de política internacional, a partir de la adhesión a la teoría de las relaciones internacionales, propia del período de la Guerra Fría, lo cual se puede explicar porque esa fue la etapa formativa de los generales y de la cúpula militar que tomó la dirección del estado, una vez realizados los golpes que llevaron al poder a los gobiernos de seguridad nacional, y que los llevaba a ver todos los procesos de detent y de negociación internacional entre las superpotencias, como una claudicación de los Estados Unidos que debía ser cancelada para reponer de nuevo el orden natural de las cosas y el choque de civilizaciones, fundado en las incompatibilidades finales del capitalismo y socialismo sobre la faz de la tierra.

De tal manera que el pensamiento común y una cierta forma de organizar el acceso al poder y las etapas iniciales en el rodaje de estos gobiernos autoritarios, hicieron a la mayoría de analistas pensar, y este era un pensamiento muy registrado en los trabajos de los años 73 a 77, que estas dictaduras militares tenían un mismo origen, tenían una alta homogeneidad y terminarían compartiendo un mismo destino. En la práctica, sin embargo, a medida que el tiempo transcurrió se fue viendo que los experimentos caminaban por cauces muy distintos y el factor nacional fue diferenciando uno tras otro a estos distintos experimentos dictatoriales modernos, y su colapso se registró también en función de factores que tenían mucho más que ver con el perfil de la historia social doméstica de cada país, con el alineamiento interno de fuerzas, con las formas de operar históricamente del ejército y las demás ramas de las fuerzas armadas, que son factores internacionales o regionales compartidos.

Con todo, si aproximamos la lupa al tema de la crisis y descomposición de estas dictaduras militares, hay dos variables que asumen una enorme significación. La primera es el contraste entre ejercicio colectivo del poder político por parte de los cuerpos militares vs. una personalización en el ejercicio de este poder. La primera, la forma de ejercicio de poder compartido, fue una variable predominante, la hallamos en Brasil, en Argentina, en Uruguay, y una cierta manera en el período de dictadura de seguridad nacional que se registra en Brasil, durante el gobierno del General Hugo Banzar. En todos estos casos, las fuerzas armadas adoptan decisiones, producen un proceso de toma de decisiones en el Estado, en el cual la delibe-

ración colectiva y la resolución colectiva de los problemas vinculados a las políticas públicas por parte de los cuerpos de almirantes y generales de la Marina, el Ejército y la Aviación, son la nota predominante, y se busca de algún modo, y esto está nítido, desde la implantación del mariscal Castelo Branco en Brasil, después del golpe del 64, y lo está también en el modelo uruguayo y en Argentina, una cierta despersonalización en el ejercicio del poder y en la nominación de quienes desempeñarán la función de Presidente de la República y de cabeza del Poder Ejecutivo.

Entre tanto, se advierte también una voluntad de controlar la marcha, la corrección de las principales políticas públicas y los temas de la política internacional, de las políticas sociales, de las políticas de orden público y, por cierto, de las políticas económicas, son materia de la discusión directa y de la resolución de estos colectivos de generales y almirantes.

En el extremo opuesto, sin embargo, encontramos el módulo de dictadura de seguridad nacional personalizada, que encarna el General Pinochet en Chile. Aquí, sobre el principio general de la igualdad inicial, que ofrece incluso un sistema de rotación, de un año para cada uno de los cuatro miembros de la Junta Militar inicialmente instalada en el poder en septiembre del 73, se va revisando las reglas del juego inicialmente pactadas, y se asienta un proceso progresivo y gradual de personalización del poder, que culminará en 1978, con la destitución, después de una crisis severa del régimen, del único miembro de la Junta que desafiaba esta tendencia personalizadora del poder en manos de Pinochet, que era el General Gustavo Lee, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea.

En la práctica, en Chile se registra un modelo de alta concentración del poder político y de estricta personalización de su ejercicio, muy parecido al diseño de las dictaduras ibéricas, la de Franco en España y la de Oliveira Salazar en Portugal, que Pinochet refleja en una frase que formará parte, probablemente, de los textos de ciencia política, incluso dentro de unos cuantos siglos, cuando él dijo: "Aquí no se mueve ni una sola hoja, sin que yo lo sepa o sin que lo autorice" u otra vez en que él, comentando ciertos rumores de golpe de estado dijo: "Aquí el único que se puede sublevar soy yo". Es decir, un modelo inusualmente concentrado de ejercicio del po-

der político en el marco de las concepciones de seguridad nacional, empezó a diferenciar la racionalidad de la mayoría de los experimentos autoritarios de esta clase en la parte sur de América: Brasil, Argentina, Uruguay, con el caso chileno.

Un segundo corte importante, en lo que fue el destino final de estas experiencias, tiene que ver con las tentativas de institucionalizar un marco jurídico apropiado para reproducir y proyectar estos experimentos autoritarios. Aquí de nuevo, se dividen aguas entre los conductores autoritarios de estos modelos. De una parte, en Brasil y Argentina, hay el clásico uso empírico de la legalidad, aconsejado ya por los clásicos autoritarios del siglo XIX. La ley es un instrumento, conforme a esta visión, que no debe dar lugar a moldes o marcos sistemáticos, porque estos pueden constreñir la capacidad estacional del ejercicio del poder, y por tanto la ley debe ser concebida de un modo prerrogativo, como algo que se cambia o se impone en función de las circunstancias inmediatas, sin que haya un diseño de estado o la búsqueda de un marco institucional más estable.

En el extremo opuesto, de nuevo, encontramos las experiencias de Uruguay y de Chile, con un dispar destino, porque en ambos casos se buscó establecer, probablemente, por el mayor peso de la tradición legalista previamente existente en esos países, un marco de referencia bastante más completo y más total. Diseñar una nueva Constitución, un nuevo sistema político, una nueva forma de funcionamiento global de la sociedad, y ese fue parte del empeño, del quehacer, de la tentativa, de los conductores de estas experiencias. En Uruguay, lo sabemos todos, este experimento abortó en el plebiscito de noviembre de 1980, y el rechazo del cronograma y de las pautas de institucionalización fue un factor decisivo, aunque de efectos retardados, en la crisis de la experiencia autoritaria uruguaya, que acabó cuatro años después con la transferencia negociada del poder a los civiles. En Chile, en cambio, y esto creo que explica comparativamente el éxito mayor de la implantación del modelo de fuerza, el plebiscito de septiembre de 1980, permitió poner en vigor una Constitución cuidadosamente estudiada durante casi 7 años, de la cual se han publicado actas que reflejan que se realizaron sesiones de trabajo en 520 o 530 oportunidades. Hasta allí llegan las referencias de la historia fidedigna de establecimiento del texto, y que permitió moldear un sistema político extremadamente coherente para darle una



proyección indefinida a la racionalidad autoritaria y para cancelar, prácticamente, cualquier camino colateral de retorno a un sistema de democracia liberal, más próximo a la tradición anterior del país.

En todo caso, estas dos variables, fueron extremadamente importantes para diferenciar, en sus caminos concretos, a las dictaduras militares latinoamericanas. El fenómeno del ejercicio colectivo del poder, originó, como bien lo mostraron los mejores trabajos que se escribieron en ese momento, que las Fuerzas Armadas funcionaran dentro de la lógica de un partido político colectivo y sui generis. De hecho, cuando las distintas políticas públicas dependían del debate y la resolución de cuerpos de almirantes y generales, la politización era un requisito inexorable en el funcionamiento de este tipo de sistemas políticos. El episodio flota en Brasil, en 1977, y el debate sobre el quehacer posterior, en el caso argentino, a la guerra de las Malvinas, muestra hasta que punto, en situaciones límites de crisis, el riesgo mismo a la cohesión institucional aparece amenazado por estas formas de funcionamiento abierto que va politizando inevitablemente, a las Fuerzas Armadas y que va reproduciendo las contradicciones tan malditas y descalificadas de la propia sociedad civil, en el seno de los cuerpos militares, hasta un punto en el cual la supervivencia institucional empieza a aparecer como un fenómeno difícil de sostener, y aún la perspectiva estratégica de las instituciones frente al riesgo de que los desacuerdos políticos se domicilien de modo permanente y en torno a fracciones más o menos rígidas y estructuradas en el seno de las estructuras militares.

En el extremo opuesto, el modelo de la personalización toma los elementos de verticalidad y jerarquía en el funcionamiento del comportamiento del mando militar, como un factor a favor del comandante, y el comandante se convierte en el conductor político y el único intérprete válido y legítimo con aquellos asesores que el convoque y traiga al círculo de decisión respecto al quehacer nacional y a las orientaciones estratégicas del proceso iniciado. A la larga la conclusión podría ser, miradas comparativamente a la hora de su término estas diversas experiencias, que aquellas que jugaron la pauta del poder político no institucionalizado en lo legal y colectivo en la toma de decisiones, tuvieron menos capacidad de supervivencia frente a resonancias de la sociedad civil que plantearon su crisis, pero tuvieron más capacidad de repliegue ordenado del poder y

por tanto, dejaron marcada en el desarrollo del sistema político posterior, mejores condiciones de permanencia y de peso político de las instituciones armadas. Mientras que el modelo de la personalización y el marco institucional más cerrado, permitió sobrepasar y remontar, con mayor capacidad, las crisis inmediatas, le dio más durabilidad a este tipo de experimentos autoritarios, pero los colocó también ante mayores riesgos al momento de su descomposición y crisis política.

Lo que sí es cierto, ya sea que las fuerzas armadas actuaron dentro de la lógica del partido sui generis, o en un marco de personalización, ya sea que tuvieran la voluntad del uso prerrogativo del derecho, o que buscaran institucionalizaciones más cerradas es que, terminadas las dictaduras, heredaron, legaron ciertos problemas comunes a los regímenes civiles posteriores. Y estos problemas comunes marcan, dan carácter al quehacer político latinoamericano de hoy y explican las restricciones y los problemas que enfrentan los gobiernos, emanados del ejercicio de la soberanía popular, que han sucedido a las dictaduras militares cuyo colapso se registró.

Simplemente para ordenarlo, porque son de todos familiares, estas herencias y restricciones, se expresan principalmente en cuatro terrenos:

En primer lugar, encontramos restricciones económicas, a las que aludí al inicio de la exposición. En su totalidad, prácticamente, los gobiernos militares impulsaron la política de acceso indiscriminado al abundante crédito externo que existió durante los años 70 y hasta 1981, favoreciendo la tendencia al endeudamiento, tanto de los sectores públicos como privados de sus respectivos países. El peso de estas decisiones es de todos conocido: Brasil se convirtió en el mayor país deudor de todo el Tercer Mundo, mientras Chile, Argentina, Uruguay y Bolivia vieron crecer el volumen de sus deudas externas en cifras que fueron entre dos y media y seis veces durante el tiempo en que los regímenes fundados de la doctrina de seguridad nacional estuvieron en el poder. Junto a esto, en la mayoría de casos, y Brasil de nuevo es en esto una excepción, se aplicaron decisiones encaminadas a reducir sustancialmente el papel económico del Estado, se realizó una acelerada transferencia de activos de empresas públicas al sector privado, se consagraron estatutos legales de excepción para la inver-

si3n extranjera en sectores estrat3gicos en la econom3a, cambiando la anterior tendencia a la defensa y control nacional de los considerados recursos b3sicos o estrat3gicos de cada pa3s. Y junto a esto se impulsaron estrategias de modernizaci3n que, al igual que ocurri3 en los pa3ses centroamericanos en d3cadas anteriores, crearon una tendencia clara a la concentraci3n econ3mica en manos de los grupos econ3micos m3s fuertes, y acentuaron las diferencias sociales entre 3stos y las grandes mayor3as de nuestros pa3ses.

El impacto entrecruzado de estas situaciones ha afectado dram3ticamente a los reg3menes civiles que reemplazaron las dictaduras militares. Al contribuir con una parte sustancial de los 200 mil millones de d3lares que Am3rica Latina ha enviado a los pa3ses desarrollados por concepto de pago de los intereses y de parte del principal de las deudas desde 1982, la herencia dictatorial ha tornado imposible el financiamiento de nuevos programas de inversi3n o la satisfacci3n de insistentes o a veces dram3ticas aspiraciones populares, acumuladas en el per3odo previo, en lo que bien se ha dado en llamar la deuda social generada por los reg3menes de fuerza.

Las restricciones econ3micas han minado, as3, la legitimidad de los gobiernos democr3ticos y constituyen uno de los mayores obst3culos para su actual consolidaci3n. En este rubro, tambi3n hay que decirlo, la sensibilidad y solidaridad de los gobiernos del Primer Mundo no ha sido muy alto; pues han hecho predominar hasta ahora m3s bien exigencias t3cnicas en relaci3n a los problemas financieros y de pago, que consideraciones pol3ticas que exigir3an un tratamiento claramente especial de esta situaci3n.

Una segunda 3rea de conflictos derivados del proceso anterior, ha estado en el campo de la justicia y los derechos humanos. Carga tambi3n muy pesada que las dictaduras militares han hecho recaer sobre sus sucesores democr3ticos. La violaci3n grave y masiva de los derechos humanos durante los reg3menes castrenses, se explica desde luego, por el car3cter sistem3tico que en ellos asumi3 la repres3n y por la l3gica misma que acompa3aba la doctrina de seguridad nacional, el principio de la guerra permanente, del enemigo interno, y de las fronteras ideol3gicas que estos impulsaron, se tradujo usualmente en la creaci3n de cuerpos especiales de seguridad y en pol3ticas antisubversivas que tuvieron elevados costos y dejaron sobre todo, inmensas cicatrices en nuestras sociedades.

La violencia se ha convertido así en un dato cotidiano de la vida política de muchos de los países latinoamericanos que conocieron estas dictaduras aún bastante después de su término, y sus secuelas se han proyectado también de un modo bastante penoso a la etapa posterior.

No es mi intención comentar aquí los problemas concretos relativos al establecimiento de la verdad y la obtención de justicia de los problemas más agudos de derechos humanos, sino más bien registrar las dificultades que una vez que tomaron el poder tuvieron los gobiernos civiles, que muchas veces habían decidido tomar medidas drásticas en la etapa previa en su acceso al poder. En la práctica, desde el punto de vista de manejo de las situaciones, especialmente en los dos casos más impactantes, Argentina y Uruguay, se ha optado por fórmulas distintas, aunque en ninguno de los dos casos los resultados políticos han sido totalmente satisfactorios. En Argentina se buscó hacer efectivas las responsabilidades políticas y criminales sobre los máximos jefes militares, aplicando al resto de las Fuerzas Armadas una exigente responsabilidad, en función del principio de obediencia debida; resultado práctico ha sido la condena de buena parte de los miembros de las Juntas Militares que gobernaron el país entre 1976 y 83 pero con el costo de impedir el esclarecimiento de los numerosos casos de muerte y desaparición que fueron el saldo de la Guerra Sucia. En Uruguay, en cambio, se obtuvo, en principio, una temprana amnistía de todos los presos políticos, la que incluyó en la primera semana de acceso del nuevo régimen civil, una ley de amnistía para aquellos disidentes de los militares que enfrentaban, incluso, procesos por hechos de sangre; y cuando más tarde, en una ley posterior, se intentó establecer la misma situación para impedir el juzgamiento de militares acusados de violaciones a los derechos humanos, y se dictó la llamada Ley de Caducidad, que extinguió las acciones judiciales en estos asuntos. Lo que se provocó por, probablemente, el desencuentro táctico de las dos decisiones, fue un doloroso desacuerdo que contrapone hoy día aún a la sociedad uruguaya. En cualquier caso, para los efectos de este examen, las situaciones derivadas del atropello a los derechos humanos, han sido un elemento de complicación y crisis y, a veces, de desgarramiento para los gobiernos civiles y para los países que vivieron estas situaciones dramáticas y han sido un factor de complicación y debilitamiento en la marcha de las respectivas transiciones de la dictadura a la democracia.

Un tercer tipo de problemas tiene que ver con el papel y la tarea de las Fuerzas Armadas. Dificultades y polémicas se han originado también en torno al papel que las Fuerzas Armadas deben desempeñar en las democracias restablecidas. Aquí de nuevo, aunque las propuestas teóricas se dan al comienzo bastante concordantes, las dificultades prácticas de implementación han sido enormes. En casi todos los países se elaboró una agenda ambiciosa que incluyó temas como la revisión de los vínculos y compromisos internacionales de las Fuerzas Armadas al volver la democracia; la proscripción de la doctrina de seguridad nacional y su reemplazo por una concepción militar que excluyera la hipótesis de guerra interna; una racionalización y reducción de los presupuestos de defensa; una revisión de la política sobre producción y compra de armamentos, y también la tentativa de hacer un examen crítico de la estructura de mando y funcionamiento de las Fuerzas Armadas, y, especialmente, establecer su nueva relación con las autoridades civiles. En este terreno, igualmente, sin embargo, los espacios y condiciones en que han trabajado los nuevos gobiernos democráticos han acortado sensiblemente la posibilidad de cumplimiento y aplicación de estas metas, provocando a veces turbulencias y desajustes que han afectado a las fuerzas civiles.

Y, finalmente, en este terreno, dificultades han derivado también de la reestructuración del estado y de la definición de los nuevos marcos institucionales democráticos. La sostenida tendencia a reducir el ámbito del quehacer estatal, que en la mayoría de los casos fue acompañada por un achicamiento de las tareas económicas del estado, originaron en primer término la necesidad de readecuar y reorganizar en términos amplios el funcionamiento estatal; y esto incluyó aspectos tan importantes como la definición de las bases de un nuevo sistema político, la reestructuración de la administración civil, y la revisión de la administración de justicia. El enfrentamiento de cada uno de estos temas originó, más allá de los naturales desacuerdos válidos entre corrientes democráticas distintas, problemas y tensiones que también han dificultado la materialización de soluciones adecuadas. Los dirigentes políticos de las fuerzas representativas a veces, además, demostraron que no siempre fueron capaces de aprehender las lecciones de la historia, que les exigían establecer un límite a sus propias diferencias para lograr algunos grandes consensos que les permitieran encarar difíciles desafíos de la etapa post-dictatorial.

En síntesis, en líneas en general, un estudio comparativo de los diversos procesos de consolidación democrática en la parte sur de América, muestra la existencia de problemas y dificultades de difícil enfrentamiento que han hecho más lenta y traumática la recuperación de un clima de convivencia interna. Sin embargo, debe anotarse también que la derrota política sufrida por los militares parece esta vez ser mucho más profunda de lo que inicialmente los observadores apreciaron, porque afecta sus tentativas de implantación estratégica en el poder, las que hoy parecen profundamente fallidas. Esto ha hecho que los intentos de volver a un sitio de golpes militares o a la reimplantación de dictaduras, haya fracasado en todos los casos concretos, lo cual da un tiempo mayor para que los nuevos gobiernos civiles consoliden proyectos y tendencias más favorables. Obviamente, y lo sabemos todos, este tiempo no es indefinido.

Quisiera comentar, finalmente, un par de cosas conexas. Me parece que mientras en la América del Sur se registraba el ocaso de las dictaduras militares y el inicio de este tipo de proceso de transición, hay que darle importancia al proceso distinto ocurrido en América Central, donde el impulso a la democratización tomó caminos muy distintos. Las dictaduras centroamericanas provenían de una matriz diferente a las de la América del Sur; se trataba en estos casos de regímenes que no emanaban de modelos de seguridad nacional, sino de la evolución de formas autoritarias menos modernas. En general, los gobiernos que existían en Nicaragua, en El Salvador, en Guatemala y en Honduras eran resultado de la oleada autoritaria posterior a la gran crisis capitalista iniciada en 1929. Los gobiernos de Rafael Ubicu, Anastasio Somoza, Maximiliano Hernández Martínez y Tiburcio Carías, realizaron en esos años un particular ajuste de las más antiguas dictaduras caudillistas de sus propios países, favoreciendo una cierta modernización relativa de ellas, que en las décadas siguientes funcionó con bastante eficacia para acentuar un manejo elitista del poder y un desarrollo económico dependiente y concentrador pero con rasgos bastante dinámicos en muchos períodos de la historia reciente.

Aunque en estos países hubo varios momentos en que se registraron crisis bastante severas de estos regímenes de fuerza, como ocurrió en los años 44 y 45, y entre 1959 y 1961, los experimentos democráticos en América Central resultaron siempre precarios y una in-

volución autoritaria pudo imponerse sin contrapeso. Dentro de este ciclo, sin embargo, se fueron incubando las tendencias que estallaron en la actual crisis regional y que comenzaron en 1978 en Nicaragua. Y este fue el resultado de una tendencia a la urbanización que puso término a la condición de sociedades agrarias de los países centroamericanos. Allí se organizaron partidos políticos moderados y reformistas que lograron una importante convocatoria nacional; allí aparecieron y luego se establecieron organizaciones sociales en el ámbito sindical urbano y rural, y también juvenil, que tuvieron una perspectiva bastante más radical y allí hubo instituciones como la Iglesia, que fueron por largo tiempo un pilar del bloque conservador, que luego se hicieron más sensibles a la demanda de un cambio político. Y, finalmente, la presencia extranjera, basada en el control de unos pocos productos agrícolas de exportación; la famosa imagen de las repúblicas bananeras dominadas por la United Fruit, cedió su lugar a una presencia mucho más diversificada de estos intereses foráneos, que se radicaron ahora en el sector financiero y en la incipiente actividad industrial y que perdieron la capacidad de control y condicionamiento que los antiguos intereses tenían sobre los gobiernos y los países. De este modo la combinación explosiva del autoritarismo político ancestral, un desarrollo económico dinámico pero carente de toda distribución de los frutos del desarrollo para la minoría, así como la existencia de un nuevo marco externo, determinó que todo el orden social construido en América Central durante décadas saltara por los aires en un corto período. En 1979, concretamente, se registró el colapso de las dos dictaduras más sólidas del área en Nicaragua y El Salvador y esto originó una tendencia, al fin de ésta, que se propagó rápidamente a Honduras y Guatemala.

Como la tesis centroamericana, a pesar de su prolongado desarrollo, aún no concluye, es difícil hacer un balance definitivo de este proceso en sus diferentes aspectos, pero si se puede anotar con certeza, que el ciclo de dictaduras que conocimos por décadas, terminó en América Central y que estos países, por diferentes senderos, van a terminar buscando estabilizar sistemas políticos más democráticos. Allí queda mucho por hacer y la forma definitiva en que culminarán las transformaciones actuales no está determinada, pero el poder de los viejos dictadores y la forma de intervención tradicional de las Fuerzas Armadas han concluido y un nuevo modelo de organización política y social más moderno acabará consolidándose en estos paí-

ses que buscan afianzar espacios de democratización penosamente conquistados.

Una reflexión final apunta al marco internacional general en que se desenvuelve la evolución política en América Latina. Este se ha modificado también, drásticamente, en los años recientes, inaugurando, como ocurre siempre en que las tendencias cambian, una serie compleja de desafíos y oportunidades. Las nuevas tendencias tienen que ver con los problemas que nos plantea la revolución científico-tecnológica, que hoy reestructura aceleradamente los aparatos económicos de todos los países desarrollados y que desplaza el predominio de las actividades productivas a rubros como la microelectrónica, las biotecnologías y las industrias de nuevos materiales. Se vincula también con la declinación relativa de la hegemonía de Estados Unidos en el sistema internacional, y con la aparición de nuevos centros de poder en el mundo capitalista, con el nuevo peso de Japón y con el proyecto de una Europa Occidental, política y económicamente unida en 1992, así como con el poder de los países del nuevo desarrollo industrial, y a esto se agrega el enorme impacto, que recién empezamos a sentir, de las estrategias de reestructuración impulsadas por el nuevo liderazgo soviético.

La consolidación de Gorbachov, a partir de la realización del vigésimo séptimo congreso del partido comunista de la Unión Soviética, plantea un proceso de reorganización económica interna en la gigantesca y declinante capacidad productiva soviética, que cambiará por un tiempo significativo el perfil y las opciones de la política exterior de esta potencia. La tendencia a una nueva etapa de detent y la ampliación de los esfuerzos negociados que hoy están reduciendo la crisis en Afganistán, graduando el conflicto Irán-Iraq, y encauzando los problemas de África Central en una nueva dirección, son una medida importante, reflejo de lo anterior, y van unidos a los acuerdos directos de desarme entre Estados Unidos y la Unión Soviética y marcan una significativa tendencia a la reducción de los focos de conflicto internacional y de la paz en el próximo período.

A estos factores que configuran un entorno exterior y que hay que tener muy en cuenta a la hora de analizar las perspectivas futuras de la democratización en América Latina, hay que agregar un fenómeno que es propio o más propio de nuestra región, y que afecta



en forma más directa el curso mismo de los procesos políticos domésticos de cada uno de nuestros países. Nos referimos a la presencia más activa de las mayores fuerzas políticas de los países más desarrollados que han desempeñado un papel más importante en el término de las dictaduras militares y en la búsqueda de soluciones negociadas para los conflictos más agudos. Esto fue alguna vez denominado la internacionalización de la ideología y la política en América Latina. Con esta expresión, se describe uno de los cambios más relevantes registrado en el proceso de formulación de nuestros proyectos nacionales y de nuestro programa por parte de los partidos políticos latinoamericanos. Hasta los años 60, la política en nuestra región tuvo una connotación eminentemente parroquial, y esto determinaba una clara supremacía de los caudillos políticos populistas que eran quienes mejor interpretaban los sentimientos y aspiraciones populares de nuestros países. Estos líderes rara vez se vinculaban entre sí y sus propuestas tenían un alcance estrictamente doméstico. En cambio, en las dos últimas décadas, esta compartimentación ha desaparecido y se registra una presencia cada vez más activa de algunas internacionales, preferentemente europeas, que van agrupando y vinculando partidos afines y a líderes afines, en torno a programas muy semejantes, lo que a su vez origina un conocimiento más estrecho entre los dirigentes de los distintos países que toman ahora mucho más en cuenta la realidad del conjunto de la región al momento de hacer sus propuestas políticas nacionales.

De este modo, la actividad de la internacional socialista, de la internacional demócrata cristiana y, más recientemente, de la internacional liberal, han favorecido una red de vinculaciones externas que hasta hace algunos pocos años era algo privativo del Movimiento Comunista en materia de contactos internacionales, que no se encontraba en otros segmentos del espectro político.

Este conocimiento y solidaridad de organizaciones políticas que propicia modelos afines a un sistema político democrático liberal y cambios sociales graduales ha afectado también a la influencia de Estados Unidos en el área. Si algo caracterizaba a los viejos caudillos populistas era mantener una relación muy estrecha y pragmática con los gobiernos de Washington; ahora, en cambio, la vinculación con el país hegemónico del hemisferio, es mucho más sofisticada y compleja y se tiende a una diversificación de los vínculos internacionales, tanto políticos como económicos con otras regiones.

Finalmente, hay que anotar que como consecuencia de muchos de los fenómenos ya descritos, la cooperación regional y las tendencias a la complementación política, técnica y financiera, han crecido también considerablemente en los años recientes. Desde este punto de vista, los años '80, junto con ser un período difícil y crítico para los países latinoamericanos, ha sido también un tiempo de acercamiento, de recreación de solidaridades perdidas y de nuevas cooperaciones; de alguna manera, estas dificultades que enfrentamos han creado la obligación de intercambiar puntos de vista, de intercambiar experiencias, y de intentar respuestas comunes para abalear las restricciones.

Así, ante los problemas de la deuda externa, los encuentros de Quito o de Cartagena o de Mar del Plata, representaron esfuerzos que pueden ser considerados como insuficientes, pero que permitieron tomar conciencia de la impostergable necesidad de ciertos enfoques comunes.

Otro tanto ha ocurrido en relación a los desafíos que plantea el desarrollo de la crisis centroamericana. Rápidamente, lo más importante: en países vecinos de esta subregión comprendieron que la formalización de una guerra abierta en el istmo centroamericano, tendría efectos dramáticos y provocaría una dinámica de propagación mucho más amplia, como empezaba a mostrarlo los incrementos de los flujos migratorios y la instalación de retaguardias operativas y logísticas de los grupos armados, destinados a sustentar la actividad militar.

Dentro de esta perspectiva nació el Grupo de Contadora, que desde principios de 1983 coordinó los esfuerzos diplomáticos de México, Venezuela, Colombia y Panamá, constituyéndose en un singular factor decisivo para impedir que las acciones armadas llegaran a encender un conflicto abierto entre dos o más países centroamericanos.

A pesar de la abierta hostilidad de la administración Reagan y del Departamento de Estado a estos esfuerzos, ellos se vieron reforzados desde julio de 1985 con la creación del llamado Grupo de Apoyo, que sumó a la misma empresa: a Perú, Brasil, Argentina y Uruguay, que le impuso esta actividad específica; surgió en la conferencia de Río de Janeiro de 1986, y con ella la creación del Grupo de los

Ocho, concebido como una instancia de coordinación y consulta permanente entre estos influyentes países latinoamericanos.

La dinámica de esta nueva actividad ha quedado, a mi juicio, muy bien reflejada en las dos reuniones cumbres de Jefes de Estado, realizadas en Acapulco en diciembre de 1987 y en Punta del Este, recientemente, en octubre de este año.

Por primera vez, en toda la historia de este continente, un mismo grupo de Presidentes se reúne dos veces y por primera vez, también, lo hace sin mediar la convocatoria de los Estados Unidos para estudiar una agenda propuesta desde el Norte.

En estas reuniones, además, dentro de un clima positivo, y en la perspectiva de buscar entendimientos, se ha iniciado la discusión de temas que afectan profundamente a la estrategia de desarrollo de América Latina, porque la significación de estas vinculaciones actuales intra-latinoamericanas a las que pudiera sumarse el impulso de acuerdos de complementación parcial como los que intentan vincular a Brasil, Uruguay y Argentina, la propuesta de Esquipulas II para la integración económica centroamericana, las tentativas de reactivar el Pacto Andino o la propuesta de Latin Equip, el proyecto de coordinación de las industrias de los bienes de capital de México, Brasil y Argentina no acaba aquí. Probablemente el elemento más importante en la nueva situación política, es el hecho de que también por primera ocasión, en el desarrollo de esta región, se establece una comunicación directa, fundada en el conocimiento y la amistad entre un grupo muy importante de Presidentes Latinoamericanos y de miembros de sus equipos técnicos, que se conectan permanentemente, de un modo informal, y que pueden desplegar, frente a las dificultades que surgen, una nueva voluntad política que se traduzca en acciones directas.

En momentos críticos como el alzamiento militar de Semana Santa, en 1987, en Argentina, ante dificultades financieras con los bancos o países acreedores o para impulsar acciones conjuntas con los organismos financieros nacionales o ante Estados Unidos, este tipo de vínculos ha probado tener una enorme importancia; este es también un factor que ha ayudado significativamente a la consolidación democrática y que puede seguir haciéndolo en un futuro inmediato.

Esto lleva a pensar que los acontecimientos de los años recientes, en esta difícil balanza, de aspectos oscuros y de aspectos luminosos, de elementos negativos y positivos, podría llevarnos a marcar algo más que una tendencia coyuntural en el movimiento pendular de la dictadura latinoamericana, de la democracia en América Latina; podría aproximarnos al afianzamiento más estratégico de fórmulas democráticas.

La historia de algunos países, como la de Venezuela, desde 1959, prueba que el período más duro para la consolidación de la democracia está en los años iniciales. Entonces, si se logran aplastar las tentativas de golpes militares, si se afianza el funcionamiento de partidos políticos modernos, si se facilita el eficiente rodaje de las instituciones estatales y una práctica democrática en el conjunto de la sociedad, este sistema, esta forma de vida tiende a enraizarse, y va ganando una cierta legitimidad definitiva.

Puede ser una conclusión paradójica pero es una conclusión cierta: el más importante factor de consolidación para la democracia latinoamericana, parece ser el tiempo de vigencia continuada de ella. Por eso, es alentador comprobar que las tendencias indican hoy día que a despecho de las restricciones y conflictos políticos y económicos que todavía enfrentamos, que afectan a nuestros pueblos y gobiernos, este parece ser un tiempo en que la derrota de los regímenes militares, resultó más profunda de lo que los líderes civiles imaginaron, y que en medio de tensiones y carencias se está gestando una convivencia política más civilizada y estable.

## LOS PERIODISTAS Y LA DEMOCRACIA: NUEVOS DESAFIOS

**Carlos Campolongo**  
**Argentina**

Días atrás, en la reunión de Punta del Este, del Grupo de los Ocho, varios de los Presidentes se expresaron y acentuaron la debilidad en la cual se estaban desarrollando las democracias que ellos tienen la responsabilidad de conducir. Hubo explícitas alusiones tanto del Presidente Sarney, del Presidente Alfonsín, del Presidente Alan García, y, claro está, ésta necesidad de poder conjugar esta revalorización, que por estos tiempos se abre en nuestros continentes sobre las libertades, las libertades individuales, que en algunos casos, no por culpa de los pueblos, ciertamente, aunque hay diferentes cuotas de responsabilidad, hemos iniciado un camino tan regresivo, que algunas conquistas de la humanidad que aparecieron dos siglos atrás, y se consolidaron en algunos casos cien años atrás, hoy nos parecen descubrimientos maravillosos.

A veces nos hemos acostumbrado a vivir en ese escándalo del autoritarismo, y no nos hemos dado cuenta de cómo se han ido destruyendo los tejidos sociales que hoy cuesta tanto revertir, cuesta tanto revertir porque no es solamente una visión político-social sino también las limitaciones claras de una asfixiante situación económica que condena en nuestros países, a vastos sectores de nuestros pueblos, a estar en el límite de la marginación cuando no en la marginación misma, donde realmente está el inicio donde está el final, hace que tengamos esa sensación diaria de la fragilidad de este proceso, y dentro de este proceso, es donde nosotros nos insertamos y donde tratamos de buscar estas formas para contribuir a la consolidación de este sistema democrático.

En muchos países latinoamericanos, ciertos sectores de la prensa, de la llamada prensa seria, de la llamada prensa de peso, dentro de cada uno de los países, ha contribuido, en distintas instancias a generar los climas psicosociales que favorecieron, que hicieron sentir casi como naturales, el desembarque, el asalto al poder de los modelos autoritarios. Ciertamente que en esos modelos autoritarios, esas visiones militarizadas de la sociedad que se dieron, tuvieron en la mayor parte de los casos, una conducción militar, pero no es menos cierto que las llamadas oligarquías, tal como las conocían los griegos, ayudaron, alimentaron ideológicamente, quizá utilizando como brazo armado a esos sectores militares para imponer, previa supresión de las libertades individuales, conquistadas por el progreso social, para imponer proyectos económicos reaccionarios, retrógrados, regresivos, de cuyas consecuencias podemos ir liberándonos fácilmente, y creo, que nos demandará bastante tiempo salir.

Quizá en esa situación no debemos mantener una posición hiper-crítica frente a los errores, las limitaciones y aun los desbordes de los sistemas democráticos pluripartidistas. Yo quiero, de alguna manera, traer aquí esta reflexión que la vamos a generalizar para las experiencias de cada uno de los países en los cuales nosotros vivimos, pero, ciertamente, el caso que más conozco, es el caso de mi país. Ciertamente creo, insisto, en que deben establecerse algunas líneas de generalización sobre los comportamientos de la prensa en esta nueva instancia que se abre en esta oleada de democratización que se abre en latinoamérica por estos días.

Este hiper-criticismo desarrollado con respecto a los sistemas democráticos no eran escuchados, no eran leídos, no eran vistos, durante los períodos autoritarios y aparece que entonces esos medios no quieren asumir en plenitud primero lo que diríamos, debería ser una autocrítica colectiva de estas sociedades, donde, insisto, hay mayores y menores responsabilidades. Ninguno está libre de arrojar la primera piedra y muchos de ellos, muchos de esos medios han pasado de la etapa autocrática a la etapa democrática, como si no hubiese límites divisorios serios y profundos entre una forma de convivencia, entre una rutina democrática y lo que significa la supresión y la violación de los derechos humanos.

Ciertamente que la relación de la palabra, no solamente la palabra

escrita, sino la palabra crítica con respecto a la sociedad y el poder político, nunca fueron un buen matrimonio desde los albores del pensamiento humano, desde los primeros filósofos griegos. El filósofo eligió beber la cicuta para no dar marcha atrás en sus convicciones. Siglos después, el científico, pese a su convicción, prefirió decir por lo bajo *addirsi* si mouve antes que aceptar públicamente la rectificación de lo que para él era una convicción. Creo que el periodista desmitificado de la suerte de heroísmo que a veces le deposita, desmitificado de esa omnipotencia que muchas veces nosotros mismos nos alimentamos, hay un espacio de contribución para la consolidación de ese sistema y al final de la exposición vamos a encontrar que habiendo sobrevolado esas propuestas, esas orientaciones y esas ideas, va a estar en última instancia la convicción profunda de servicio a la sociedad. Ciertamente, vamos a tener que hacer la distinción de nuestro rol social como trabajadores de prensa de lo que a veces se confunde tan fácilmente en nuestros países, depositándonos responsabilidades como si fuésemos los propietarios y elaboradores de la línea editorial que cada día, cada mañana o cada tarde, a través de la radio y la televisión. El mensaje global está instalado como valor en la sociedad y decíamos que no ha sido pacífica esa relación entre el poder y el periodista. Yo vengo y no puedo olvidar, de un país donde hay 89 colegas desaparecidos, son más desaparecidos, y hablemos sin enfemismos, son muertos, en mayor número que corresponsales de guerra en la segunda guerra mundial. Esto es indicativo también de la necesidad que tienen los modelos autocráticos de asentarse fundamentalmente en una prensa mansa, en una prensa dócil, como uno de los trípodes fundamentales para ese proyecto autocrático, que luego tiene sus otros soportes en la educación y en la justicia, en la manipulación de la justicia, en la eliminación de los controles sociales, en la erradicación, en última instancia, de ese poder último que reside en el pueblo y que nadie puede usurparlo.

Yo escuchaba con atención la descripción que hacía Maira de nuestra realidad latinoamericana y pensaba que esta realidad que en cada uno de nuestros países se reduce a esa marginalidad de la cual aludíamos, a ese decaimiento del salario, a esa inflación crónica, en muchos de los casos, de muchos de los países que estamos aquí representados, a las dificultades de encontrar la fórmula económica que pueda hacer progresar a la democracia política en la democracia social.

Estaba pensando cuánto de esto es volcado pedagógicamente por los medios de comunicación, para generar esa conciencia colectiva en nuestros pueblos, porque no nos engañemos, nosotros a veces somos víctimas de nuestros propios microclimas, pero preguntémosnos, a ciencia cierta, hoy, en nuestros países, cuánta gente lee los diarios, cuánta gente los compra, pero cuánta gente los lee, cuánta gente lee el 20o/o del material de los diarios, sin entrar a analizar la utilidad de esa información que se vuelca. Ciertamente hoy hay un mayor impacto, a lo mejor en la instalación de alguna información que hacen los medios electrónicos, generalmente con una metodología bastante esquizofrénica, la llamo yo, de saturación de mensajes que creo que si se hiciese un estudio de campo, después de someter a todos los estímulos informativos a los grupos que miran los informativos por televisión y tratásemos desentrenar cuánto de residuo hay en esa información que se ha volcado, nos encontraríamos con niveles bajísimos de retención.

Y entonces yo pienso que esto de la pedagogía, que de alguna manera, deberíamos realizar los medios de comunicación social en esta instancia, tiene mucho que ver con el asumir en profundidad todas estas dificultades que nos sitúan en estas coordenadas de tiempo y espacio que nos tocan vivir, con todas estas dificultades que se reseñaban hace minutos aquí.

Yo miraba con alguna sorpresa una publicación reciente que reseñaba las actividades de un Congreso de Periodistas Latinoamericanos que se realizó en Buenos Aires, hace muy pocos días, con el auspicio de varias empresas importantes, muchas de ellas multinacionales, otras muy favorecidas durante la dictadura militar en mi país, y también con el auspicio de una Universidad Española que está en manos del Opus Dei, y había allí brillantes exposiciones teóricas y cursos de acción para los periodistas, pero parecía que nos estaban hablando de una galaxia que no conocíamos, parecía que nos estaban hablando de un mundo ideal, donde no hay desnutrición, donde no hay tasas de desocupación, donde no hace falta explicar toda esta problemática que hace a nuestras prioridades nacionales e inclusive a nuestros intereses regionales. No hubo allí una sola palabra, y era latinoamericano el encuentro, no hubo allí una sola palabra de referencia, a algún modo de buscar un equilibrio mayor de afluencia de informaciones latinoamericanas en nuestros países, no hubo una



sola referencia. Entonces yo tengo una reserva en teorizar demasiado sobre estos temas, en buscar fórmulas técnicas y me quedo probablemente, a lo mejor, con una dosis demasiado grande de utopía, me quedo con la convicción del filósofo a la del tecnócrata.

A nosotros, en la Argentina, hace muy poco tiempo, se nos planteó el debate de la contribución de los periodistas a la consolidación de la democracia, y se nos planteó casi sin quererlo, porque no nos animamos, los periodistas no nos animábamos a desnudarnos entre nosotros mismos, y a tratar de reflexionar, sin ninguna clase de anteojeras, sobre nuestra contribución al sistema democrático, y se planteó, casi les diría, en un hecho anecdótico, en medio de la crisis de semana santa, el primer embate serio y pronunciamiento militar que de alguna manera hizo tambalear a las estructuras democráticas. Apareció por allí un teniente coronel que lideraba el movimiento sedicioso y entonces había algunos que nos preguntábamos si era quebrar las reglas de la objetividad periodística el no permitir que este teniente coronel utilizarse los espacios para poder arengar, para poder trazar su línea política como algunos medios le permitieron hacerlo en la Argentina.

Añorábamos, de pronto, una declaración conjunta de todos los editores periodísticos, sobre todo de la prensa seria, de la prensa de peso; añorábamos alguna declaración manifiesta no ambigua, como ocurrió en España con el 23-F. No hubo tal cosa, no hubo tal cosa e inclusive hubo muchos medios que estaban con un pie en la democracia y con un pie en ver qué pasaba con este movimiento que en su factura no era nuevo, en su metodología no era nuevo en la Argentina, en cuanto a empezar a erosionar la institucionalidad política. Y hablando de erosión, lo que se advierte a veces en algunos, yo diría en gran parte, por lo menos de mi país, les que no se contribuye con esa pedagogía que implica la paciencia, para explicar una y otra vez que los mecanismos democráticos son mucho más difíciles para lograr consensos que el dictar autoritario donde, claro, alguien determina por el conjunto de la soberanía popular. El que se le opone es un disidente o un subversivo, hay que eliminarlo y de esa manera parecería como que el sistema funciona mucho mejor.

En la Argentina, paradójicamente, en algunos medios que favorecieron la última dictadura militar, del año 76, hubo dos editoriales que fueron víctimas: en un caso, es un desaparecido, en el otro,

estuvo privado de su libertad arbitrariamente. Fueron medios que acicatearon permanentemente la posibilidad de la irrupción militar.

Yo creo que hoy, frente a todas estas experiencias tenemos mucho material para poder trabajar en pos de buscar estos métodos para que los medios sirvan a la consolidación de la democracia. Ciertamente que nosotros estábamos, y lo decíamos hace algunos minutos, estamos insertos como trabajadores de prensa, es decir, nosotros estamos insertos en una empresa privada o pública en la cual, en la mayor parte de los casos, no tenemos una decisión en la línea editorial que define esa publicación; es decir, que haría falta en principio una democratización interna de esos medios para que a partir de allí pudiese consolidarse el espacio nuestro, jerarquizarse la expectativa social con respecto al periodista, al trabajador de prensa, una protección no solamente jurídica sino social más adecuada, una mayor apertura de los medios, un pluralismo, y, por supuesto, la elaboración por parte del Estado, no del gobierno, de políticas que permitan democratizar a los medios de comunicación. Se advierte una tendencia a la mayor concentración de los medios de comunicación. En mi país esto sucede cada vez más y la oferta informativa, por llamarla en términos mercantiles, se reduce más ideológicamente, es muy tendencial, y la empresa gráfica se ha ampliado ya a la radio y pugna por obtener la televisión. A esto se suma que el apoyo publicitario, sostén de la mayor parte de esos medios, aun de los públicos, apoyan aquellos que concuerdan con sus propios intereses económicos y no tienen realmente una apertura pluralista a distintas expresiones para que puedan confrontar y estimular el debate de la sociedad.

Seguramente que yo no tengo fórmulas aquí para esta potenciación a más del agrupamiento nuestro como trabajadores de prensa.

Sin duda, los medios mediatizan la distribución de poder político; esto es absolutamente cierto, pero, frente a la situación que les estaba señalando momentos atrás, yo no soy muy optimista en cómo se puede, realmente, instrumentar esa estrategia democratizadora. Las mismas limitaciones económicas que estábamos hablando al principio de la exposición, hacen que no exista la acumulación necesaria de recursos como para buscar esas formas alternativas de perio-

dismo. La articulación entre la empresa periodística con el razonable lucro que la empresa tiene, con la funcionalidad de servicio que debe cumplir, llenando lo que es un derecho del pueblo a estar informado, es de difícil compatibilización. En cuando se vislumbró en mi país la discusión de buscar alguna democratización a través de alguna fórmula llamada Derecho de Réplica, inmediateamente, lo más reaccionario en concepción de propiedad a esta altura del desarrollo de los tiempos, surgió con su total virulencia y abortó cualquier posibilidad de ensayo en ese sentido; sumado a que muchos dirigentes políticos que son conscientes de esta orientación informativa, por miedo a salir del circuito de los grandes diarios, se retraían a llevar adelante estas iniciativas.

Las fórmulas para ampliar y consolidar nuestros espacios tienen que ver con el mecanismo de buscar la posibilidad de la elección de temas dentro de las redacciones; es decir, que nuestra labor pueda tener una inserción más allá de lo que una agencia informativa esté determinando como central en la confección o en la factura de ese diario. Para esto, nosotros debemos potenciar nuestras posibilidades de formación profesional, de dominio de temas en un mundo cada vez más complejo y sofisticado. Pero ciertamente, esto que es un desideratum se da de bruces con el caso del decaimiento del salario. Por ejemplo, en mi país donde los colegas tienen que tener dos y hasta tres trabajos para poder reunir un sueldo mínimamente digno, ¿qué derecho de exigencia hay a un mayor dominio de los temas si tienen que ir golpeando de un trabajo a otro en una continuidad asfixiante, tratando de buscar la mayor cantidad de horas extras para poder, como decíamos, reunir un salario?

Yo quisiera también que reflexionáramos sobre 3 o 4 temas más, que hacen al ejercicio cotidiano de nuestra profesión ciertamente difícil porque salir de las rutinas autocráticas hacia las democracias, no es una cuestión mágica. Dicen los especialistas de la UNESCO que para que una maestra modifique sus hábitos pedagógicos tarda aproximadamente 17 años; cuanto más se puede tardar para que nosotros cambiemos, nosotros y en conjunto la sociedad, ciertas rutinas informativas que probablemente tengan un gran impacto pero que cumplen una función social, pero no la función social que debe cumplir seguramente la prensa que es brindar elementos para que el ciudadano pueda tener su elección con la menor

cuota de manipulación interesada que pueda darse. Creo también que en nuestros países, con alta cuota de centralismo político, como estaba señalando Maira en su descripción, donde muchas instituciones son muy opacas a la información, breguemos para que puedan transparentarse, para que puedan comprender los gobernantes y los funcionarios, que los periodistas no es que debemos estar al servicio de ellos, sino que ellos están al servicio nuestro, no por nosotros mismos, sino por nuestra función mediatizadora de brindar esa información a la sociedad.

Creo que cuando me refería a los modelos autoritarios, el miedo que las dictaduras impusieron a todos nosotros, generaron algunos mecanismos de supervivencia que son muy difíciles de sacudírselos, y claro, si vienen los procesos democratizadores que se están dando en Latinoamérica, creo que hay un respeto a los derechos individuales y creo que también se han eliminado las formas de censura, creo que los mecanismos de auto censura aún perduran, y encontrar el equilibrio entre abrir, entre romper, entre saltar ese mecanismo, pero sin caer en el exceso del hipercriticismo, que estábamos señalando al principio de la exposición, encontrar el punto de equilibrio, es una operatoria artística muy difícil pero que hay que tener en cuenta.

Más críticos del Estado, sí podemos serlo quizá. En este momento, hay una oleada, en muchos casos interesada, desde muchos centros ideológicos internacionales, que han revalorizado cierto tipo de neo-liberalismo que es for export, porque lo recomiendan para nuestros países pero ellos no los aplican fronteras adentro: de esto no cabe la menor duda. Y, algunos medios y algunos periodistas como que se tragan todo esto acriticamente y entonces se lanzan a una ofensiva despiadada de toda la funcionalidad que cumple el Estado que ciertamente no toma en cuenta las diferencias que existen entre sociedades más armónicas y más desarrolladas y la funcionalidad que cumple el Estado en los países subdesarrollados, como los nuestros.

Yo creo que hay que reformular la funcionalidad del Estado, y que hay que ser crítico contra la inoperancia y la corrupción del Estado, pero no es fácil buscar las fórmulas de articulación de la sociedad con el Estado, y seguramente las fórmulas que tratan de imponernos desde esos centros. No es ninguna conspiración obsesiva

que uno haga de la situación internacional, sino que son centros académicos, que están a diario y que se pueden leer, basta leer los informes del Banco Mundial o de Escuelas Económicas como la de Chicago. No es ninguna visión conspirativa de la historia, ni de ni delirante, establecer estos mecanismos, adecuar lo que son las propiedades nacionales y regionales abriéndose también al mundo exterior, pero buscando esos puntos de equilibrio y no siendo meros difusores de este tipo de modelo que ha mostrado el fracaso en todas estas experiencias dictatoriales que vinieron, convenciéndonos que primero era necesario un ordenamiento económico para después llegar a la organización política, y terminaron en los desastrosos que estaba señalando Maira y en las secuelas de ruptura social, de armonía social y de violación a los derechos humanos.

Quiero, por último subrayar esto de la capacitación, esto de la mejor formación en cada uno de los temas en las áreas en las que nos desenvolvemos cotidianamente. Creo que se pueden ampliar los conocimientos, se pueden perfeccionar, pero de alguna manera y, concluyendo estas breves aproximaciones, desordenadas, por supuesto, aproximaciones a este tema sobre los desafíos en esta hora histórica. Yo recuerdo algo muy importante para mí, que leí hace muchos años, quizá en la década donde todavía vivíamos con la utopía, esa utopía también prendida a una ideología a veces demasiado sectaria, ciertamente, pero que, bueno, que hoy nos quieren convencer que ese tiempo de las ideologías ha terminado, y en aquel momento, los jóvenes de mi generación leíamos las enseñanzas de Don Juan, de ese antropólogo mexicano Carlos Castané, y que mencionaba los miedos y son muchos los miedos que los trabajadores de prensa, debemos realizar, que debemos vencer; muchos los enemigos que debemos vencer. En esa escala de enemigos, ese miedo, el miedo a iniciar nuestra acción, es aquel que recordamos con nuestra primera crónica o con nuestro primer reportaje, con nuestro primer programa de radio. Una vez que vencimos ese miedo nos llegó quizá la omnipotencia de creernos que éramos dueños de la verdad, y había que vencer ese segundo enemigo de la omnipotencia, no fijándose en un punto sino teniendo visión de conjunto y esa visión de conjunto para nosotros significa esta visión de conjunto histórica a la que hacía referencia Maira, y que yo también retomé, un poco desordenadamente. Esta visión de conjunto que nos ubica en un tiempo histórico que vivimos los latinoamericanos y, claro, vencidos, vencido

ese enemigo, llega el último enemigo de cada uno de los hombres, señala en ese magnífico diálogo el antropólogo, el cacique de la comunidad indígena, y le pregunta cómo puede vencer a ese enemigo que es la muerte, y ese enemigo que es la muerte se vence solamente siguiendo la convicción de cada uno hasta el final, y creo que en cada uno de nosotros, esto debe ser carne de nuestra carne, más allá de los matices y las diferencias, más allá de la apertura y la flexibilidad, seguir nuestro destino y nuestra lucha hasta el final.

## ORGANISMOS DE INFORMACION PUBLICA Y ESTABILIDAD DEMOCRATICA

**Gonzalo Ortiz Crespo**  
**Secretario Nacional de Comunicación**  
**Social del Ecuador**

Desde el mismo momento en que empieza a pensarse en un proyecto de Patria en el Ecuador, aparece también un proyecto de un periódico, de un medio de comunicación. En efecto, hace 200 años casi exactos, Eugenio Espejo, el precursor de la Independencia ecuatoriana, fue también el precursor del periodismo en el país, ("Primicias de la Cultura de Quito" comenzó a circular en enero de 1792, pero ya meses antes había aparecido un instructivo sobre dicho periódico y desde 1789 Espejo estaba en planes de confeccionarlo).

Si empiezo por esta referencia no es solo por un afán historicista: es importante señalar que la relación esencial que se investiga en este seminario, la del periodismo y la democracia, tiene una larga historia en nuestra región, y que en el Ecuador, país sede del evento, dicha relación se ha vivido con intensidad notable.

En efecto, fue por sus ideas de libertad y democracia, por su propio planteamiento seminal del concepto de Patria, que Eugenio Espejo tuvo que ofrendar su vida (Eugenio Espejo murió en 1795 a consecuencia de los maltratos sufridos en su última prisión, a la que fue condenado por las autoridades españolas por su labor revolucionaria. Las mismas autoridades habían logrado la clausura de las "Primicias de la Cultura de Quito", que apareció quincenalmente, tras solo siete números). Desde entonces hasta hoy, centenares de comunicadores sociales en América Latina han debido sucumbir ante el autoritarismo, la violencia y las dictaduras.

Por tanto, no es un tema enteramente nuevo el que nos reúne aquí. Quizás es nuevo el énfasis en la estabilidad de la democracia

antes que en la democracia misma. Parecería que los organizadores —a quienes rindo mi homenaje por la realización de este seminario: la Unión Nacional de Periodistas, CIESPAL, ILDIS y la Fundación Friedrich Ebert— han visto que el principal problema en este final de la década de los ochenta no es ya más la reconquista de la democracia perdida, como fue a inicios de la misma, sino la consolidación de la democracia ganada con sangre, sudor y lágrimas en nuestros países.

En efecto, hoy podemos celebrar la oleada democrática que ha dado la vuelta al mapa regional, donde uno tras otro nuestros países han logrado poner el punto final a largas dictaduras. Inclusive el más reciente motivo de celebración aconteció hace pocas semanas cuando la democracia reconquistó un espacio en el propio Chile, país que tantos desvelos y sufrimientos ha causado en estos años en las fuerzas democráticas de la región, y no se diga en su propio pueblo. El reciente triunfo del NO en el plebiscito chileno muestra que el anhelo de la democracia no puede ser conculcado, que las fuerzas más conscientes de la sociedad chilena se han impuesto en una contienda que les era desfavorable y que inclusive las Fuerzas Armadas de esa nación hermana saben que un pronunciamiento como el que se produjo allí no puede ser desconocido.

El panorama era enteramente distinto a inicios de la década cuando nos reunimos en este mismo lugar, y también convocados por CIESPAL, el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y la Fundación Ebert para discutir las relaciones entre las políticas económicas y las alternativas democráticas en América Latina.

Entonces, en capacidades distintas a las de hoy pero con la misma pasión esperanzada, buscábamos sobre todo encontrar aquellas estrategias económicas que tendieran a plasmar no solo las aspiraciones de desarrollo y de justicia social, sino que también y sobre todo asegurasen, según fuese el caso, el restablecimiento o los primeros pasos de la recién renacida democracia en la región.

Eran los momentos en que el neoliberalismo se presentaba no solo como la salida predicada fervientemente por la derecha regional sino una como una fórmula tentadora para más de un sector medio,



despechado y desorientado ante el fracaso de otras propuestas de desarrollo socio-económico. Para estos sectores no estaba suficientemente claro, a pesar de la abrumadora evidencia, que los supuestos éxitos del modelo neoliberal habían conseguido a un dramático costo social, donde la libertad de mercado paradójicamente había sido impuesta sobre la pérdida de todas las demás libertades.

Aquellos seminarios de inicios de década, al igual que otras instancias, particularmente las académicas y las de la prensa, sirvieron para ampliar el debate, y para convencernos de que la crisis que estaba por iniciarse en América Latina era ni más ni menos que la prueba de fuego para las aún débiles democracias de la región.

Hoy, cerca ya de finales de la década, este nuevo seminario viene a ser una ocasión bienvenida para mirar los resultados de la desigual lucha librada por la democracia, la justicia y el desarrollo en medio de la más profunda crisis que América Latina haya soportado en su historia. Y ello no porque la crisis haya sido superada ni mucho menos, sino porque ya hay lecciones que sacar, especialmente en lo que toca al papel de la comunicación social en la región. De allí la importancia de esta cita internacional a la que todos hemos concurrido con gran interés.

Una de las lecciones que deben sacarse sin duda, es que las relaciones entre la transformación económica-social, la comunicación social y la democracia son más complejas de lo que nadie podía suponer. A pesar de las precauciones que los expertos hacían presentes sobre un excesivo optimismo sin bases en la realidad acerca de creer que lo que venía por delante era un proceso lineal, exento de retrocesos y conflictos<sup>7</sup> (lo advirtió, por ejemplo, Adolfo Gurrieri en el seminario "Las Políticas Económicas y las Perspectivas Democráticas de América Latina", organizado por el ILDIS y la FES, Quito 19 al 22 de abril de 1982), el entusiasmo que despertaba la reencuentra democracia hizo con harta frecuencia olvidar, sobre todo a los partidos políticos y a las fuerzas sociales, que la tarea era mucho más ardua precisamente por las imbricaciones interiores que unían los planos económico, político y social. En este último, el papel del periodismo era visto, con demasiada ingenuidad, como el de cronista de un avance ininterrumpido hacia la armonía, a la que se llegaría con solo dar la vuelta a la esquina de la transición, que se consideraba

breve, entre la dictadura y la democracia. Hablo siempre del periodismo más consciente y comprometido de la región, que bien sabemos hay otro periodismo vinculado a las burguesías más reaccionarias que no solo no tenían esperanzas en la democracia sino que hicieron y hacen lo posible para que ellas fracasen pues soterrada o abiertamente prefieren siempre un régimen autoritario.

Sin embargo, los procesos resultaron mucho más complicados de lo que preveían los partidos políticos y las fuerzas sociales. En efecto, uno de los principales principios legitimadores de la democracia es su fundamento económico. Pero héte aquí que, como una tromba, se hizo presente en la región la crisis económica. La herencia que recibían las jóvenes democracias era, y cada vez se lo vio más claro, una herencia de demandas crecientes de una población cuyos niveles de vida se hundían irremediabilmente ante el deterioro de la economía. Una gigantesca deuda externa, déficits fiscales y una inflación galopante, conspiraron en estos años para que esa anhelada transformación que llevaría a una supuesta armonía social estuviese realmente al alcance de la mano.

Por eso fue que, en ciertos países, la derecha pudo levantar de nuevo la cabeza. Y en vez de apoyarse en gobiernos militares, reimplantó el autoritarismo a través de gobiernos elegidos por el pueblo.

Tal fue el caso de Ecuador. En efecto, la oligarquía pudo apelar con sus ingentes recursos económicos y una utilización intensiva y extensiva de esta bruja moderna que es la comunicación de masas al pueblo ecuatoriano para que le diera sus votos a un candidato que representaba una salida distinta a la crisis: una salida que no ocultaba su sesgo oligárquico, pues proclamaba precisamente que la solución a la crisis era un manejo empresarial, de quienes realmente sabían hacer negocios, pues los habían hecho toda la historia. Añadieron a este voluntarismo una serie de ofertas de corte populista, y lograron el triunfo electoral por una mínima diferencia de votos.

Los cuatro años que transcurrieron entre 1984 y 1988 fueron entonces, un experimento en lo que podría calificar de **democracia en regresión**. Es bien sabido que las recetas neoliberales incluyen la pérdida de todas las libertades en aras de la libertad de mercado, pero lo que el Ecuador vivió en ese período no tiene precedentes en la

historia nacional. No ha habido gobierno civil y probablemente tampoco dictadura militar, incluidas las folclóricas dictaduras del siglo pasado como la de aquel tiranuelo que daba grados militares a sus caballos (El Gral. Ignacio de Veintimilla, quien gobernó al país entre 1876 y 1883, y fue llamado por Juan Montalvo "Ignacio de la Cuchilla"), que tenga un récord como el del gobierno del llamado Frente de Reconstrucción Nacional, en cuanto a atropellos a los derechos humanos, en cuanto a desaparición de las libertades ciudadanas, en cuando a supresión de la libertad de expresión y de prensa. Esto podría parecer exagerado a cualquiera que no conociese la historia ecuatoriana, cuyos regímenes aun los dictatoriales, han sabido tener un mínimo de respeto por las formas de la política.

Los atropellos no fueron solo contra los derechos individuales: el gobernante elegido por el pueblo en un marco democrático violó reiteradamente la Constitución y la Ley, y atentó contra los derechos y la autonomía de los demás poderes del Estado.

Lo curioso del caso es que este gobernante dictatorial con ropaje de civil, que había ofrecido solucionar los problemas económicos del Ecuador, dejó como herencia una crisis económica, al igual que política, social y moral, que, como lo ha señalado el Presidente de la República, Dr. Rodrigo Borja, es la peor crisis de la historia ecuatoriana.

La corrupción en las más altas esferas del gobierno, el afán de enriquecimiento ilícito llevado a los extremos de la desvergüenza, se unieron a un manejo de la economía que solo tuvo en cuenta los intereses no de una clase social siquiera sino del grupo de más allegados al régimen. La oligarquía se ferió así su oportunidad histórica de reivindicarse como clase dirigente tras 50 años en que se vio impedida de un manejo directo del poder: el desastre en que su adalid entregó el país, la degradación de las instituciones públicas y el descalabro de la economía, se reflejaron en la repulsa universal con que dejó el poder.

Es justamente este marco al que he hecho breve referencia que me permite llegar, por fin al tema de esta conferencia: **Organismos de información pública y estabilidad democrática.** Es que el caso ecuatoriano es instructivo especialmente con respecto a dicho tema.

El gobierno oligárquico no estaba contento con un marco democrático, y no solo que atentó contra las instituciones democráticas construidas trabajosamente por el Ecuador a lo largo de su historia, sino que utilizó coherentemente los organismos de información pública para realizar una labor antidemocrática y autoritaria.

No pasaron sino unos pocos días de la asunción al poder de la oligarquía hace cuatro años cuando los ecuatorianos empezamos a sorprendernos con un estilo totalmente distinto en la utilización del aparato informativo del Estado: una centralización absoluta de la información pública cerró a los periodistas del país todas las fuentes salvo una, la entonces llamada Secretaría Nacional de Información Pública, que era la única autorizada a hablar y a emitir boletines sobre toda la actividad estatal, bien fuese un pequeño proyecto campesino o una posición oficial sobre la deuda externa. Las oficinas de relaciones públicas de los diferentes ministerios, e inclusive de las entidades autónomas y semiautónomas, estaban prohibidas de emitir informaciones, ya que todas se canalizaban a través de la SENDIP. A ello se añadieron las presiones para alinear a todos los medios de comunicación en un coro de voces a favor del gobierno. Dichas presiones fueron incrementándose rápida y concertadamente: al uso discriminatorio de la publicidad oficial se añadieron los chantajes a los anunciantes privados para que no pusieran sus avisos en los medios a los que se consideraba no afectos al régimen y a los bancos privados para que no les suministrasen crédito.

La persecución individual (o familiar, como fue el caso de muchos de nosotros) a los periodistas a quienes se consideraba de oposición fue otra "estrategia", junto con la conculcación de derechos adquiridos de estaciones de televisión y radio. El caso más clamoroso fue el de ORTEL, un canal privado cuyas transmisiones fueron suspendidas durante los cuatro años del régimen autoritario que concluyó en agosto pasado.

Concordante con todo aquello fue el contenido de las informaciones oficiales: plagadas de hipérbolos y ditirambos a favor de la obra real o supuesta del gobierno, estaban así mismo llenas de invectivas e insultos contra todo aquel que criticaba al Ing. Febres Cordero. Ello se reflejó en las cadenas nacionales de radio y televisión, que el público empezó a ver asombrado a las pocas semanas

de iniciado el régimen y de las que se usó y abusó hasta el final del mandato: calumnias, amenazas, infamias brotaban sin cesar de las cadenas oficiales. Como dijo con precisión el Dr. Rodrigo Borja en su momento, "La SENDIP se convirtió en una máquina de mentiras".

Obviamente, tal política de información pública tuvo efectos tremendamente negativos para el régimen. El febreoscorderato cayó en la trampa de toda propaganda de estilo fascista: no se puede engañar a todos sobre todas las cosas al mismo tiempo. El desprestigio en que cayeron los sistemas informativos del Estado al finalizar el gobierno socialcristiano era gigantesco.

Rescatar la credibilidad del sistema informativo estatal, convertir a la información pública en una verdadera comunicación social para la democracia y el desarrollo es justamente la tarea que nos ha encomendado el Dr. Rodrigo Borja, en esta nueva etapa democrática del Ecuador. Lo que se vivió en los últimos cuatro años no fue democracia, y si se llegó a las elecciones no fue por deseo del anterior gobernante ni por el respeto a la Constitución y a las Leyes, sino por una lucha consistente del pueblo, de los partidos políticos democráticos y de la prensa independiente del país.

Rescatar la credibilidad empieza por cambiar el nombre en que se simbolizaba todo ese desprestigio: las palabras SENDIP y Secretaría Nacional de Información Pública fueron borradas y en lugar se estableció la Secretaría Nacional de Comunicación Social. Como puede deducirse del contexto anterior dicho cambio no es, sin embargo un mero cambio de nombres. Se trata de cambiar las metas, los contenidos de la labor comunicacional del Estado: es iniciar una etapa en que los medios informativos de que dispone el Estado se pongan al servicio de la sociedad antes que del gobierno, contribuyan al desarrollo social antes que al ataque a los opositores, consoliden la democracia antes que conspiren contra ella. Incluye, además, cambiar los objetivos mismos de la política que lleva el Estado frente a los medios de comunicación privada: no se trata de alinearlos por la fuerza en un coro de aplausos simultáneos a la labor del gobierno, sino de respetar su pluralismo informativo, ideológico y político, al tiempo de fomentar en sus páginas y en sus programaciones el servicio a las grandes causas del desarrollo y la democracia.

Dicho cambio se ha iniciado ya. La política informativa de este gobierno auténticamente democrático es abierta, sin reticencias, transparente. Los medios de comunicación no han recibido presión alguna, y aquellos de radio y televisión cuyas frecuencias eran escamoteadas por la mezquindad política del autoritarismo anterior, han entrado a funcionar sin problemas. El trato a los periodistas en las instituciones estatales ha cambiado: no se les considera ya como enemigos, y si queda por ahí algún rezago de trato ríspido, ello se corrige inmediatamente.

Las pocas cadenas nacionales de radio y televisión que se han hecho han sido en primer lugar cortas y de gran calidad profesional. Y se las ha hecho en aquellos casos absolutamente indispensables (las medidas económicas, la campaña nacional de alfabetización, documentales sobre las visitas del Presidente de la República a las provincias del país).

Pero, obviamente, falta mucho por hacer. Estamos avanzando en los planes de utilizar el tiempo oficial en la radio y la televisión con programas que favorezcan la educación, la alimentación, la salud, la ecología, el bienestar social, la higiene, el conocimiento de nuestras etnias, el rescate de las expresiones culturales de nuestro pueblo. Para ello, estamos en contacto con los canales privados de televisión a los que hemos propuesto producir conjuntamente una serie de "spots" sobre la alimentación y con productoras privadas para los otros temas.

Sin embargo, el objetivo de esta charla no es presentar a un foro tan distinguido un informe de labores . . . Al contrario, si es que hemos presentado el caso ecuatoriano es solo como un motivo de reflexión sobre el tema central de esta ya larga charla. Como todos sabemos, son los procesos políticos y sociales los que determinan los temas por tratar en las ciencias sociales. De allí que creo que de alguna manera, el proceso vivido recientemente por el Ecuador ha hecho que funcionarios internacionales y dirigentes gremiales locales hayan planteado a este seminario internacional un tema que tanta relevancia tiene para nuestro país en un momento como el actual.

En ese sentido, preguntarnos qué relaciones existen entre los organismos de información pública y la estabilidad democrática en

América Latina no es otra cosa que prolongar la pregunta que rige las reflexiones que nos hacemos todos los días quienes estamos a cargo de la comunicación social del gobierno del Dr. Borja. Y es que ambas preguntas tienen que ver con las posibilidades y cualidades de la democracia que queremos alcanzar en la región y en cada uno de nuestros países.

¿Cuáles son, por tanto, esas relaciones? Nuestra región gesta en este momento procesos de consolidación democrática que van todos, necesariamente, bordeando el desfiladero de la crisis económica. Ello tiene la mayor importancia, en la medida en que la crisis económica "así como vuelve más imprescindible hallar nuevos caminos de desarrollo y plasmar una mayor justicia social, dificulta grandemente los logros" (Mario R. Dos Santos, "Pactos en la crisis Una reflexión regional sobre la construcción de la democracia", en **Concertación político-social y democratización**, Buenos Aires, CLACSO, 1987). Las posibilidades y peligros de tal situación no escapan a nadie: la crisis no limita sino que amplía las demandas de la participación tanto en los frutos del desarrollo como en los frutos de la democracia. Política y economía enfrentan aquí un reto mayúsculo, y el descalabro de las soluciones neoliberales viene a ser una imagen renovada de que solo aquellas tendencias democráticas en política podrían dar respuestas de justicia social en la economía.

No quiere decir que la tarea sea fácil. Al contrario, sobreviven en nuestros países estructuras de poder antidemocráticas que acechan en la sombra . . . y a veces bien claro a la luz del día. Pero es a la política y a la política económica que le toca concebir y poner en práctica políticas económicas que integren objetivos de reactivación productiva, redistribución de la riqueza y tratamiento de la extrema pobreza.

Al periodismo en general, y a los órganos informativos de los estados, les toca empeñarse en que la acción colectiva contra la crisis económica y contra la antidemocracia para que superando el conflicto se llegue a la cooperación, para que superando la confrontación se llegue a la composición, para que superando las tendencias autoritarias se llegue a una participación más plena.

La producción de consensos mínimos y de solidaridades, la mo-

vilización y el rescate de nuestras identidades sociales y culturales, la ampliación del ámbito de lo público y de la soberanía popular solo puede hacerse a través de los medios de comunicación de masa.

Enfrentar la crisis y ampliar la democracia es pues nuestro reto. Eugenio Espejo falleció en 1795, quince años antes del primer grito de la Independencia en América Latina —que se dio exactamente según los planes que él había trazado—, a consecuencias de su acción política revolucionaria. Para él también enfrentar la crisis que entonces padecía la Audiencia de Quito, tras el colapso de sus exportaciones textiles al Perú, y ampliar la democracia, logrando la libertad política y una nueva estructura estatal, eran los retos de su tiempo. Cuando las autoridades clausuraron su periódico, él continuó en la lucha por otros medios. Ese ejemplo de periodista y de hombre de acción, de pensador y de revolucionario, sigue vigente hoy, 200 años después, cuando, en las postrimerías del siglo XX, los retos que se presentan a la América Latina, y al Ecuador en particular, son igualmente gigantescos.

De allí también que inaugurar un seminario como el que nos reúne aquí haya sido para mí un motivo de inspiración y un honor, por el que estoy muy agradecido.



## **EL PERIODISMO Y LA ESTABILIDAD DEMOCRATICA: LA VISION DEL PERIODISTA**

**Dr. Roberto Savio  
IPS**

Debo decir la verdad: tenía un texto de una conferencia que tiré al canasto luego de escuchar las intervenciones de ayer porque me di cuenta que no tiene mucho sentido ni mucha gracia que uno vaya repitiendo lo que dicen todos. Además es muy curioso porque este tema del periodismo y su responsabilidad en la democracia es un tema que se viene repitiendo en América Latina desde hace un tiempo bastante impresionante. Estuve en la conferencia de Presidentes en Punta del Este y curiosamente este fue uno de los temas de las reuniones de Presidentes, durante una comida, no durante la parte formal, donde los presidentes hacían algunas tristes consideraciones. Partamos del principio que no hay duda que si uno mira los caminos que por ejemplo Miguel de la Madrid, en México, Alan García en Perú, Alfonsín en Argentina y Sarney en Brasil, han buscado para su reimplantación respectiva de la democracia en los casos de los tres y de un gobierno difícil de Miguel de la Madrid en el caso de México no puede ser más distinto que minos; sin embargo, resulta desigual para los 4, el poder de compra de la población de los 4 países que ha bajado de un veinte a un treinta y cinco por ciento y al final en la conferencia de Punta del Este, había una especie de melancólica consideración por parte de los presidentes, —de los cuales 5 además están en salida, de 7 que estaban—, sobre cómo los mecanismos de integración regional son muy teóricos y que el verdadero problema es el problema de cómo crear una conciencia en el proceso de integración en América Latina. Y sobre esto había el mismo tema: los medios de información, el papel del periodista.

El periodista tiene una grave responsabilidad en crear en el país un clima de confianza o no; las acusaciones del periodista en contra del sistema democrático, hasta qué punto se descontrolan y se convierten en un elemento de estabilización. Como pueden imaginarse,

la tendencia de los presidentes miran a los periodistas como parte importante del proceso de crisis de estabilización, etc., etc.

Entonces, visto que este es un tema sobre el cual, creo, que existe unanimidad, pensé que al hacer una relación sobre el tema de periodismo y democracia, podía aportar muy poco.

Creo que todos ustedes han participado en un debate de este tipo y por el hecho de que yo soy en realidad una especie de realista arqueológico de un debate que hubo sobre la información, porque soy el único todavía en ejercicio de los que participaron en la conferencia de Argel de 1973, donde se abrió un debate de la información, que después llegó por el camino estatal a la UNESCO y por otros caminos políticos a los organismos regionales, etc., y por tanto, en base a esta vejez que tengo, porque es una vejez ya histórica, pensé que tal vez era mejor que yo hiciera algunas reflexiones, que puedan servir más que otra cosa para estimular el debate.

La primera reflexión que quiero hacer es que existe una enorme diferencia entre información y comunicación. En América Latina curiosamente este tema no está claro para nada; cuando se dice los medios de comunicación social, en realidad se está hablando de medios de información. La información es por definición una estructura vertical, en que algunos transmiten datos a una gran cantidad de receptores; esto era seguramente el sistema que existía hasta digamos los años de la segunda guerra mundial, en que la falta de nuevas tecnologías hacía que solo hubiera mecanismos de información. Comunicación es un proceso horizontal, participatorio, de doble vía y esto se ha hecho posible, en realidad, solamente los últimos tiempos, gracias a nuevas tecnologías electrónicas, que permiten un sistema de doble vía. Sin embargo, cuando nosotros, profesionales, hablamos, tendemos a confundir permanentemente la idea de la información con la idea de la comunicación, que son dos cosas fundamentalmente distintas. Y ya que la comunicación es posible solo ahora, porque antes no era posible en la sociedad, sino por mecanismos interpersonales, nosotros estamos frente a una realidad nueva, que en América Latina todavía no ha hecho el ingreso real; en América Latina no existe una sociedad comunicacional, existe cuando mucho una sociedad informativa.

Hecha esta primera reflexión, quiero hacer una segunda. Por primera vez, además de tener los medios para una sociedad de comunicación, nosotros vivimos en un mundo interdependiente: lo que pasa en una pequeña localidad, las Malvinas, de repente se puede transformar en un elemento de guerra mundial. Esta sociedad interdependiente no es expresada en los valores informativos actuales, porque el sistema informativo actual no genera conciencia en el lector, y no la genera además, no solo a nivel internacional, sino a nivel nacional, a nivel regional. El mecanismo de cómo el destino de los hombres está vinculado en el planeta no solo por temas ecológicos, sino porque la economía nos hace interdependientes, porque la actuación política de cualquier punto del planeta tiene repercusión sobre los demás, es un tema que en realidad no existe como valor, como ventana fundamental de mirar los acontecimientos internacionales y existe a mi modo de ver muy poco también a nivel nacional.

Esta reflexión número 3, porque la información tiene su sistema de valores, y aquí quiero abrir un punto. Todo este debate sobre los gobiernistas, si son buenos, si son malos, si son responsables, si son irresponsables, es un debate un poco donde parecería que el problema es un problema de ética y de buena voluntad. Yo creo que existe un problema de ética y de buena voluntad, obviamente, pero el problema estructural es que son promediales. La información nació en el siglo pasado y se desarrolló en un estado preciso. No existía comunicación de masas en Europa. Si ustedes leen el Times de 1810, por ejemplo, que es el periódico de América Latina que se vuelve independiente, ustedes se encuentran frente a un diario extraordinariamente bien escrito, muy analítico, que el lenguaje tiene mucha importancia, casi tiene partes de valor literario, ¿por qué?, Porque es un diario para analistas del Imperio Inglés, eran 36.000 copias que a través de este diario se alimentaba para saber lo que pasaba en el mundo.

El fenómeno de comunicación de masas nace en EE.UU., con la enorme migración de gente de distintas razas y culturas que tiene que integrarse en un gran crisol para crear la nación americana. Allí se crea el fenómeno de los medios de masa, y se crea en base a un principio muy sencillo sobre el cual yo no creo que tiene mucho sentido hacer un debate tipo ideológico-político, que es el sistema mercantil en que los diarios para vivir tienen que vender, para vender

tiene que tener ciertas técnicas y estas técnicas son las que nosotros consideramos hoy como periodismo profesional. Estas técnicas que han hecho una evolución muy precisa en la historia, hacen que la información sea dirigida a los acontecimientos y no a los procesos. La fuerza de las agencias internacionales, es en su capacidad de proveerse de pop-news, no es en su capacidad de proveer análisis. El mundo que nosotros recibimos a través de lo que existe como instrumento informativo, es un mundo de lo que acontece y lo que acontece es más impactante, es más extraordinario. Esto hace que la información se venda más y tenga más interés.

Aquí, quiero citar solo 3 casos de la lógica del sistema en este sentido. Uno es un artículo del New York Times, sobre Summit de los 7, de los países industrializados en el otoño último, donde dice "en el caso del Financial Times de Londres, uno de los diarios financieros más importantes, los seguidores llegaron a la conclusión de que ya que los mitines del Summit no son interesantes, pero hay que reportarlos de todas maneras, hemos reducido la participación de los Summit del Staff a una fórmula mínima y terminamos con una historia que dice que el encuentro no tuvo acontecimientos especiales e interesantes, y lo decimos al lector en 800 palabras". Ahora es cierto que la reunión del Summit de los 7 no suele producir noticias de tipo impactante de por sí, pero convengamos que es bastante importante que los 7 países más poderosos del mundo se reúnan para discutir una serie de temas que van desde la deuda exterior del tercer mundo al tema de las drogas.

La misma cosa viene en un despacho de World Street Journal, sobre la cobertura de la Conferencia Democrática de Atlanta, donde un periodista para ver cuánto tiempo pasaba sin noticia, se puso un arreglo de diarios en la cabeza, y en segundos, varios fotógrafos fueron al lado de él y alguna gente fue para entrevistarlo. ¿Por qué? Porque nada pasaba de particular en la Convención de Atlanta y los periodistas no sabían como cubrir.

Y aquí hay una cosa también interesante, que es el Institute of Career of World Affairs, que es un Instituto de Formación Profesional de Estados Unidos en Periodismo, en el cual hay un largo artículo de un periodista que está en Túnez y que dice que los tiempos interesantes en que Murgiba estaba llena de chismes, sobre si Murgi-

ba estaba bien o no, sobre los juegos de palacio, sobre las relaciones de la mujer de Murgiba con sus amantes, los escándalos de la corrupción, la manera en que se manejan las cuentas internacionales, los políticos que importan diez coches extranjeros a expensas del gobierno, todo eso se terminó y por tanto pide al Director del proyecto de entrenamiento que lo saque de Túnez y lo ponga en otro país donde pase algo, porque en Túnez, con la llegada de la democracia, esto no tiene más interés, desde un punto de vista de cobertura.

Son evidentemente casos extremos que yo he citado deliberadamente, pero no tanto, porque siempre ha existido un debate en el Tercer Mundo y en América Latina de considerar que hay una discriminación del norte, en que el norte no entiende al sur, porque solo habla de escándalos, golpes, revoluciones, etc. Yo creo que el problema no es norte-sur, es un problema de escala de valores. ¿Quién de ustedes ha leído últimamente una noticia sobre Noruega? Yo creo que nadie. ¿Por qué? Porque Noruega no dá escándalos, no hay golpes, no hay revoluciones, no hay catástrofes, por lo tanto Noruega no es noticia, sin embargo es un país muy interesante. Es el único país, junto con Irlanda, que tiene un gobierno solo de mujeres; es un país que dedica el 1o/o de su presupuesto a la ayuda al desarrollo y sin embargo a pesar de que el Estado ya da el 1o/o. Tengamos presente que Estados Unidos da el 0.25o/o y la media Europa da el 0.4o/o del producto bruto. Hace tres meses la televisión nacional realizó un día sobre el Tercer Mundo, en que todo el día se hizo programación sobre el Tercer Mundo; ballet, cine, lo que fuera. 400.000 estudiantes visitaron todas las casas de Noruega y consiguieron 108 millones de dólares de contribuciones voluntarias de 2 millones 600.000 ciudadanos. Yo creo que esta es una noticia, porque esta movilización social que tocó al hombre de la calle en un país de 4 millones de habitantes, para mí es un hecho impactante, es un hecho que, es una ventana sobre una nave de cera, sobre una cultura, sobre una ética, sobre una serie de valores; sin embargo este tipo de información no viene porque Noruega no hace noticia en ese sentido.

Ahora, teniendo presente que en América Latina, reflexión cuarta, el modelo de la información es más parecida al modelo americano que al modelo europeo, esto lleva a un tipo de situación en que las características americanas aquí se ven amplificadas todas. Por ejemplo, la función del periodista en América Latina, muchas veces, es el

de tomar un papel activo en el acontecer político interno, mucho más de lo que, obviamente, se hace en Europa, pero mucho más de lo que se hace también en Estados Unidos. En Estados Unidos no existe la idea de que un periodista se transforme en un protagonista de los procesos políticos. Periodista es una persona que entrevista, pregunta, busca poner en dificultad a su interlocutor, porque su función es escarbar a nombre de la opinión pública, a nombre del pueblo que no puede tener este contacto con el protagonista. En esta función de representante, por así decir, del derecho del ciudadano a ser informado, puede obviamente hacer entrevistas muy difíciles, como las que se han visto durante esta última campaña electoral americana.

Pero nunca sería aceptado en un periodista tomar una posición política, sin embargo, basta ver el sistema informativo americano, en los diarios, para constatar que el sistema no es un sistema profesional neutro, sino muy participativo. Hay varios países de América Latina donde el diario tradicional se complace en decir que él participó cerca de un gobierno. No hay una posición de información en la cual se presente esto como un tema que tenga que ver con la deontología profesional de por sí, sino como parte del debate interno. Esto puede ser un hecho positivo, pero también negativo. Claro, la neutralidad en la información no existe, la objetividad tampoco, pero quiero decir que la relación del profesional con su proceso es una relación muy participativa.

Quinta reflexión. El gran debate en América Latina, es entre Estado y sector privado. Todos hemos conocido este desastroso debate sobre noticia informativa y la manera que se vive en América Latina, entonces aquí existe una lucha abierta y a veces no abierta, entre el Estado y el sector privado. Hablo del tema de deformación, en que el sector privado considera que si el Estado se mete a la información, automáticamente va a utilizar su poder para propaganda, y que la única manera para que el Estado no haga propaganda es que no tenga nada que ver con la comunicación. Ese es un modelo.

El otro modelo es el Estado que considera que la prensa privada no es neutra, y muchas veces queda sin voz y para esto necesita tener una voz.

En todo esto nadie se fija en el verdadero problema de fondo que es el derecho del ciudadano a ser informado, que supone que exista un pluralismo informativo del país, que está hecho de varios actores informativos en que por ejemplo el Estado por deber tiene que informar de lo que hace. Ahora, ser informador público no significa hacer propaganda. Si ustedes toman los países por ejemplo, vuelvo en mi tema, de los países europeos, el hecho que el Estado tenga medios de información de ninguna manera significa que esto sea propaganda. Cuando en Suecia, el segundo diario de la ciudad que se vende menos, llega a un punto en que puede quebrar, el Estado interviene, lo financia para que exista pluralismo informativo. Cuando en Noruega los diarios del interior, siendo un país extraordinariamente laico, no pueden competir con los de la capital, el Estado interviene y financia todos los costos de diferencia de producción, de un diario de provincia con un diario de la capital. Y así puedo seguir con todos los mecanismos de financiación que existen en todos los países europeos sobre la prensa. Incidentalmente en Estados Unidos solo bastaría que el correo aumente la tarifa para que muchos diarios desaparezcan.

Así que este tema es un tema de una distinta etapa de desarrollo. No es un tema conceptual; no se puede hacer un debate tipo conceptual sobre si el Estado es bueno o si el Estado es malo; si el sector privado es bueno, si el sector privado es malo: hay que hacer un debate muy puntual de cómo crear en los países mecanismos que permitan al ciudadano estar debidamente informado. El estado debería tener un papel informativo distinto de la propaganda. La información debe tener valores distintos de los comerciales, que permitan que el ciudadano sepa lo que pasa a nivel de ciertos sectores sociales del mundo del interior, del mundo de la cultura, de una serie de factores que no necesariamente hacen plata y permiten que el diario se financie a través de ellos, pero que un ciudadano tiene derecho a conocer.

Finalmente, reflexión número 6, ¿Cuál es en verdad la política de los Estados en América Latina? Si nosotros miramos en América Latina hay un gasto total en información y comunicación que están por debajo del 0.4o/o del producto bruto. En algunos países no existe nada; lo que había era Ministerios de Información que han sido casi todos cancelados, por el debate sobre el Orden Informativo.

En América Latina, se han cerrado en la primera mitad de esta década ocho ministerios de información, y si ustedes ven la estructura de información que tiene el estado es sencillamente una cosa patética: estructura tecnológicamente inexistente, capacidad de pagar sueldos al personal, que son sueldos ínfimos que hace que nadie que tenga posibilidad de encontrar un trabajo en el sector privado se quede, a no ser que sea muy comprometido; por tanto, mientras el estado hace un gran debate sobre el valor y la importancia de la información, en realidad no hay financiación de ningún tipo, ni política presupuestaria para crear una política informativa. No hablemos de política comunicacional, porque política comunicacional significa crear a lo largo de un territorio unos mecanismos que permitan que distintos grupos se puedan comunicar entre ellos y de cierta manera no haya un sistema informativo que parta de la capital hacia el interior del país, sino un sistema de doble vía, y si ustedes miran las tanto atacadas agencias internacionales en América Latina, casi ninguna de ellas tiene realmente una estructura nada más que capitalina y que cubra el poder de la capital y este sistema aumenta el desequilibrio interno y aumenta siempre más la desproporción entre los actores; los actores que son conocidos son cada día más conocidos, los actores que son menos conocidos son cada día menos conocidos.

Reflexión número 7. Todos estamos convencidos que en América Latina tenemos que ir a la integración, al desarrollo, a la participación de la democracia. ¿En cuántas reuniones hemos estado sobre temas de desarrollo, integración, participación, democracia?. Sin embargo, es muy curioso que en ninguna de estas reuniones se habla de comunicación. Yo siempre me pregunto: ¿cómo se hace la participación sin comunicación? ¿Por telepatía, por partenogénesis, por alguna técnica que todavía no me consta que los países de América Latina hayan introducido eficientemente? ¿Cómo puede haber desarrollo por decreto, desarrollo sin participación? Y, nuevamente, ¿cómo puede haber, por lo tanto, desarrollo sin comunicación? Nosotros tenemos una situación donde todos los programas de desarrollo en América Latina son dirigidos en manera vertical, se dirigen a las poblaciones que los reciben sin ninguna interacción con las poblaciones. Las poblaciones son objetos del proceso de desarrollo, cuando tendrían que ser sujetos.



Entonces en base a eso, viene mi reflexión número 8, que es la penúltima, para que ustedes queden tranquilos. Nosotros hoy tenemos nuevas tecnologías. Nuevas tecnologías que son infinitas. Saben ustedes ¿cuánto cuesta en la actualidad el alquiler por canal satélite durante 24 horas, a 40 vatios? ¿Cuánto paga el Estado ecuatoriano, mexicano, boliviano, los 100 kits? Paga 840 dólares mensuales por un canal de 1.200 vatios. Los canales telegráficos son de 50 vatios, si ustedes dividen 1.200 por 50, tienen 24 canales de 50 vatios. El antedicho canal de 1.200 vatios cuesta 840 dólares mensuales que se pagan a Intersat; si ustedes dividen 840 por 24, el costo de un canal telegráfico, doble vía, 24 horas diarias durante un mes, es de 40 dólares. Para un país como Ecuador, el comunicarse con un país de Europa o de Africa o de Asia, significaba hasta hace pocos años pagar como mínimo 20 mil dólares mensuales del uso de un canal submarino. Hoy el costo real son 40 dólares. ¿Por qué razón las Universidades de Ecuador no organizan un intercambio entre ellas? Un intercambio, pongamos, ¿con las Univeridades de Tailandia? ¿Hay una razón técnica? No existe una razón técnica. ¿Por qué razón no se pueden utilizar las nuevas tecnologías para crear nuevas redes que permitan una serie de participación y expresión de sectores que hasta ahora han sido marginados por el tema de la comunicación? ¿Qué porcentaje de gente compra diarios en América Latina? Estamos en el 23o/o. Claro, el 75o/o recibe radio, pero sería interesante ver qué escucha la gente en la radio, y ustedes van a ver que escucha música, que escucha programas de entretenimiento, que escucha muy poco de lo que tiene que ver con su exigencia como ciudadano, para ser un ciudadano consciente de su tiempo, y ¿por qué? En buena medida, porque los programas están hechos con el mismo criterio, cuando uno escucha en un país de Los Andes, que el presidente manifiesta su descontento porque se hagan nuevas colonizaciones en Gaza, esta es una noticia que para el hombre de Los Andes es incomprensible.

Y todo el sistema informativo está basado en este mismo criterio y hace de los no informados, cada día más desinformados y se transforma, en lugar de ser un elemento de integración, en un elemento de desequilibrio. En este año por primera vez, en Estados Unidos, las newsletters han superado la circulación global de los diarios. ¿Por qué? Porque en una sociedad articulada el número de ciudadanos que tiene interés en algo específico, y quiere identi-

carse con personas que con él comparten esos intereses, han abandonado la idea que el diario pueda darles eso. El diario no tiene esa función. Se están creando nuevas redes y estas redes se crean porque la sociedad, hoy, una sociedad democrática, se va desarrollando no solo por los dos actores tradicionales: el príncipe, que ahora es el Estado y el mercante que ahora es el sector privado, sino porque el pueblo se empieza a organizar.

Todo el florecimiento de las organizaciones no gubernamentales, de los grupos de base que tienen interés en ecología, en población, en mujeres; todo este gran tejido que se va organizando a lo largo del mundo, es un tejido que no puede ser solamente informado, es un tejido que necesita organización. Pero ¿qué hay de esto a nivel latinoamericano? ¿Hay mecanismos de intercambio del hombre, digamos, del actor real, del hombre de la calle? No hay; lo que existe es a nivel estatal. ASIM, ALASEI, que son organismos que viven en la medida en que los gobiernos se sienten responsables de ellos. Uno puede discutir la eficacia o la voluntad de los organismos, pero es un hecho que ALASEI es un organismo débil. En cuatro años de vida, con un costo anual de quinientos mil dólares, tiene más de un millón ochocientos mil dólares de cuota no pagada por los ocho países que lo suscribieron. ASIM, que tiene veinte estados, y es una información mucho más neutra que ALASEI; ASIM que nunca ha tenido problemas de tipo de percepción de su función, ha recibido en sus diez años de existencia, pago integral de contribución de un Estado de los veinte. Entonces, en esta doble declaración de América Latina, del debate entre privado y público, el Estado en realidad no tiene una política coherente, no la ha tenido y dudo que la vaya a tener en un tiempo rápido, y este tipo de vacío que se deja, no puede ser solucionado por el sector privado, porque el sector privado tiene otra vocación.

Y mi tesis, para terminar, es que si nosotros en América Latina no comenzamos a tomar en cuenta la diferencia entre información y comunicación, el espacio de la comunicación como un espacio de participación y expresión, seguir hablando del tema de democracia respecto al periodismo y respecto solo al sistema informativo no soluciona el tema de fondo.

La verdad es que en América Latina nosotros vivimos una situación muy atrasada, en una situación de incomunicación regional, y la falta de comunicación nacional, la falta de un sistema de expresión y participación y el sistema informativo no puede dar mucho más de lo que es y, finalmente, creo que esto es el verdadero desafío de nosotros, profesionales de la comunicación.

## **EL PERIODISMO Y LA ESTABILIDAD DEMOCRATICA: VISION DEL PERIODISTA**

**Carlos Mesa  
Bolivia**

Para comprender el papel del periodista en mi país, es inevitable hacer un sumarisísimo recuento de la experiencia política boliviana de los últimos años, porque entre otras cosas creo que, y esto ocurre en varios países no solamente en Bolivia, es muy difícil pensar hoy y establecer hoy una percepción con la realidad, que tenga las mismas características, los mismos elementos de influencia ideológica que la que tuvimos en la década de los años 60 o 70. Y no solamente por que nos hayamos hecho mayores o porque, simple y sencillamente, estamos en un momento diferente de nuestra vida, sino porque en América Latina y en Bolivia, específicamente, han pasado muchísimas y muy graves cosas en estos veinte años.

Pensar igual sería, simple y sencillamente, la pertinencia de la miopía o el congelamiento histórico que a veces puede producirse, cuando uno ha estado mucho tiempo lejos de su país, no necesariamente, pero que lo deja en una especie de situación de ruptura con la realidad.

Bolivia, como ustedes saben, ha vivido en 1952 un proceso revolucionario de corte nacional, nacionalista, y ha entrado en la modernidad a partir de 1952. Pasa de ser un país semi-feudal a ser un país relativamente moderno en la estructura de la participación política de su sociedad. En 1964 se interrumpe el proceso nacional revolucionario por un golpe de estado, coincidente con el comienzo de lo que ustedes conocen muy bien como doctrina de seguridad nacional, en Brasil. Es el hito más significativo de ese comienzo, que coincide cronológicamente con la caída del gobierno de Paz Estensoro.

Pero yo diría que la comprensión de la realidad actual, tiene que partir, en el caso boliviano, de la década de los años 70, cuando en

1971 comienza la dictadura del general Banser, quien gobierna a Bolivia durante siete años. Y a diferencia de lo que podría pensarse, hoy en la distancia, como un gobierno fascista, creo que no era otra cosa que el reverso militar del nacionalismo revolucionario, establecido sobre la base de un autoritarismo secante, establecido sobre la base de un gobierno férreo, duro, inflexible, de exilio, de destierro, de torturas, sobre todo en los tres primeros años de ese gobierno, que además, desde el punto de vista del periodismo establece uno de los momentos más dramáticos de nuestra vida republicana, porque más del 80o/o de los periodistas en ejercicio, sobre todo en la sede de gobierno en La Paz, tiene que sufrir el exilio, en virtud de la participación y del compromiso político que había asumido el periodista en esos momentos. Participación que iba más allá del informar simplemente y que tenía vinculación directa con la militancia política, la militancia sindical, y el establecimiento de una experiencia que, como ustedes saben, es también muy particular como fue la Asamblea Popular de 1971, durante el gobierno del general Torres.

La caída de Banser, en 1978, coincidente con la reapertura democrática latinoamericana, tiene una peculiaridad fundamental de Bolivia, que es el establecimiento de una especie de etapa histórica, de delirio colectivo entre 1978 y 1982, que es cuando realmente se produce la reapertura democrática.

El proceso entre el año 78 y el año 82 es el camino sangriento, difícil, durísimo para el pueblo boliviano de reconquistar la democracia, y en el lapso de 4 años Bolivia tiene 9 gobiernos, un promedio de un gobierno cada 5 meses y medio. Ustedes dirían que no es otra cosa que la expresión del folclor boliviano de los golpes de estado como método de vida. Pero para quien conozca detalladamente la historia de mi país, nunca antes y espero que nunca en el futuro, Bolivia ha vivido un momento de inestabilidad tan grave y tan dramática como ese.

Bolivia ha sido un país inestable, ciertamente, pero insisto nuevamente, nunca había tenido un momento tan duro.

Y entre esos 9 gobiernos, tuvimos dos gobiernos democráticos. Uno que duró dos meses y otro que duró diez, del doctor Guevara y la señora Lidia Gueiles, y tuvimos el momento más terrible de nues-

tra historia después de la ya conocida como paradigmática dictadura de Melgarejo, con el proceso Natush, diez y seis días de sangre y de delirio colectivo, como digo, y el gobierno de un delincuente como Luis García Mesa, íntimamente vinculado al narcotráfico.

De modo que, cuando en 1982, el 10 de octubre, se reabre el proceso democrático, los bolivianos respiramos porque había terminado una etapa en la que el conjunto de la sociedad había sido simple y sencillamente eliminado de la consideración de los gobernantes. Uno de los rasgos de García Mesa en lo que tiene que ver con la vida del periodista fue, por ejemplo, el establecimiento obligatorio de una cadena radial, que obligaba a todas las emisoras del país a transmitir un noticioso que leía un locutor desde el Ministerio de Informaciones, con las noticias redactadas por el Ministerio de Informaciones y la prohibición absoluta de todos los periodistas de hacer en radio noticias de producción propia de cada una de las emisoras. No existía televisión privada, había solamente un canal estatal, por lo tanto la televisión estaba controlada directamente por el gobierno.

Eso implicó el silencio del periodismo en el ámbito de los medios electrónicos durante todo el gobierno de García Mesa, que fue, probablemente, el rasgo más grave de inserción, de cohesión, sobre la libertad de expresión que hemos vivido en los últimos años en el país.

Entre 1982 y 1985, el gobierno de la Unidad Democrática y Popular, presidido por el doctor Siles Zuazo, nos otorga la posibilidad de vivir con plenitud las libertades democráticas, nos otorga, digo en un sentido figurado, porque obviamente, se trata de la consecución de un proceso en el que el pueblo había sido protagonista fundamental. Lamentablemente, el ejercicio de la democracia plena coincide con un momento de falta de cohesión en la coalición gobernante, de una rápida incoherencia de sus medidas económicas, de un resquebrajamiento dentro de los tres partidos que formaban parte del poder ejecutivo, una labor de la oposición absolutamente destinada a desestabilizar ese gobierno, protagonizada fundamentalmente por Acción Democrática Nacionalista, el General Banzer y el MNR del doctor Paz Estensoro, un sindicalismo que volvía a los momentos más delirantes de la etapa que en Bolivia se llama de la Asamblea

Popular, planteando el salario mínimo vital con escala móvil y poniendo al gobierno contra las cuerdas, una central obrera boliviana presidida por Juan Lechín que no deja respiración al poder ejecutivo, y una sociedad que se ve paralogizada por las consecuencias inmediatas de la incoherencia de la oposición, del sindicalismo y del conjunto de la realidad.

En tres años el país pasa de una inflación del 120o/o anual a una perspectiva del 25000o/o en 1985, que se controla precisamente, porque hay un cambio de gobierno en ese año. Bolivia llega a fines de 1985 con una inflación próxima al 10.000o/o y, ustedes que viven en América Latina, saben lo que significa social, política y económicamente una situación como esa.

El Presidente Siles se ve obligado a reducir un año su mandato, porque está absolutamente incapacitado para seguir administrando el país, carece del más mínimo respaldo y está profundamente acosado por el movimiento sindical, y esto determina la convocatoria a elecciones que llevan al gobierno al presidente Paz Estensoro en agosto de 1985.

Paz Estensoro tuvo el segundo lugar. Constitucionalmente el Congreso tenía que elegir porque no se obtuvo mayoría absoluta de ningún candidato, y el Congreso elige al segundo, Paz, por encima del primero que había sido Banser.

Desde el punto de vista histórico, es también una paradoja que un hombre que había llegado a la política a través de la dictadura, como el general Hugo Banser, tuviera el respaldo popular mayoritario en 1985 y se perfila como uno de los candidatos con mayores posibilidades para las elecciones de 1989.

En esa turbulenta realidad, que ha entrado en un marco de estabilidad diría yo que política y económica, con todos los bemoles que pueda tener la definición de estabilidad, a partir de 1985, es que tenemos que situarnos los periodistas bolivianos.

La experiencia personal mía, que ejerzo el periodismo desde hace algo más de 10 años, está íntimamente vinculada precisamente al comienzo de ese colapso político, que se produjo en 1978 y la expe-

riencia del periodista que lleva 30 o 40 años ejerciendo en el país, es la constatación de que nunca, hasta 1982, realmente habíamos tenido la posibilidad de pluralismo absoluto y total como la que se inauguró el 10 de octubre. Ya sea porque el gobierno democrático del M.N.R. generaba una posición prácticamente excluyente en los años 50, con un sistema tan rígido que permitía la existencia de una revolución popular, apoyada por la mayoría aplastante del país, con campos de concentración para el partido opositor fundamental que era Falange Socialista Boliviana, con un parlamento prácticamente de partido único, con un periódico oficial y con una censura bastante evidente sobre los otros medios; ya sea porque en los 18 años de gobiernos militares, por razones obvias, la prensa, la radio estaban sujetas o a la presión directa o a la presión indirecta del poder y, por supuesto, se ejercía la autocensura.

En la televisión, Bolivia ha tenido una tradición estatista exclusiva entre 1969 y 83, con la existencia de un solo canal, el canal del estado.

Esos elementos determinaban que la experiencia del periodista boliviano estaba condicionada con muy pequeños intervalos democráticos como el de Siles Salinas, el 69, Guevara Ogueiler en los años 79, 80, determinara una experiencia de un ejercicio restringido y limitado de su capacidad de libre expresión.

También se debe mencionar que cuando los periodistas agremiados, sindicalizados, establecen una posibilidad democrática que se da en el gobierno de Obando en 1970, también ellos ejercen una suerte de dictadura sobre los demás. En 1970 el general Obando dicta un decreto que establece que cualquier periodista tiene el derecho de expresar sus ideas en una columna o en un espacio radiofónico o en la televisión, independientemente o contrario a las ideas del medio en el que trabaja. Ese es un decreto muy importante que lamentablemente solo se aplicó en ese período y que, aunque sigue vigente, no se ha aplicado con frecuencia en los medios que hoy día están funcionando.

Pero cuando hablo del ejercicio también excluyente de los periodistas, me refiero a ese período cuando se crea un periódico que se llamó Prensa, y que salía el día lunes, y había una prohibición expre-



sa para el resto de periódicos de salir el día lunes, de modo que el único periódico que se publicaba era el que realizaban los periodistas y los periódicos tenían que dejar de salir en esa oportunidad, de modo que tenían asegurada la lectura de ese medio.

También se ejercía en ese sentido, una censura a la inversa.

Desde 1982, contamos con la posibilidad de generar una aplicación del derecho a la libre información que tiene todo ciudadano, sin ningún tipo de restricción y es a partir de entonces que se establece una nueva experiencia para el periodismo boliviano, una experiencia de pluralismo por una parte, una experiencia de periodismo crítico, con todas las comillas que puede tener el concepto de periodismo crítico, y un comienzo de periodismo de investigación, que en Bolivia sigue siendo todavía embrionario, por razones de capacidad económica de los medios, por razones de limitación profesional de los periodistas y por un grado de mediocridad que es indudablemente significativo entre nuestros profesionales, sean de origen universitario o hechos en la calle, como se dice normalmente. El periodismo de investigación está todavía en camino, no ha tomado carta de ciudadanía, y no está ejerciendo el papel que se puede apreciar en otros países como es el caso de Colombia, Argentina o Chile, dentro de las limitaciones que puede tener en el caso chileno por razones de la censura a la que durante muchos años se ha visto sometido el periodismo de ese país.

Pero yo creo que la primera constatación que se saca de esta experiencia histórica particular es, y me gustaría responder a la pregunta que se hizo ayer en este mismo foro, que estamos hablando de una particular democracia, de esa democracia que en varios sectores siguen considerando como una democracia liberal, burguesa, de transición, y bastante ficticia en libertad o democracia formal, que es la democracia en la que se está desarrollando esta experiencia histórica latinoamericana, y que es la que particularmente debemos fortalecer los periodistas. Yo no me ruborizo cuando digo que creo que ésta es la democracia que tenemos, que ésta es la democracia que debemos fortalecer si queremos realmente gozar de libertad, de pluralismo y de amplias posibilidades.

Lejos está, por supuesto, la utopía de suponer que ésta es la me-

jor de las formas de la política posibles y no voy a repetir aquello de que éste es el mejor de los males o el peor de los buenos, etc., o que la mejor dictadura es peor que la peor democracia, creo simplemente que esta democracia nos permite hoy estar reunidos aquí y establecer un intercambio de puntos de vista, nos permite diariamente confrontarnos con la realidad, nos permite hacer críticas al poder, nos permite ser un mediador, dentro de lo que es posible, honesto, entre la opinión pública y el poder establecido, sea éste el ejecutivo o cualquiera de los medios de poder que tienen nuestros países.

Esta democracia imperfecta, esta democracia llena de vicios, esta democracia de corrupción, es la que en principio debemos formar como un punto de partida, que por comparación es indudablemente mejor que lo que tuvimos inmediatamente antes. Porque a mí me da mucho temor cuando se hacen analogías peligrosas entre el proceso democrático que vivimos y los procesos dictatoriales diciendo que no hay sino diferencias formales entre uno y otro, y que esta es una democracia del hambre, etc., etc.. Quienes viven todavía en dictadura, quienes hemos vivido bajo gobiernos de dictadura verdaderamente aterradores, sabemos exactamente que la posibilidad de decir libremente lo que queremos, de saber que no vamos a tener desaparecidos, de saber que no se tortura, y se respetan los derechos humanos fundamentales, es una diferencia cualitativamente central y no de matiz con la dictadura. Porque es cierto que hay derechos humanos que tienen que ver con los elementos sociales, que tienen que ver con el derecho al trabajo, con el derecho a un salario justo, con el derecho a una educación digna, etc. Que las democracias no pueden cubrir, no porque intrínsecamente estén endemoniadas con el deseo de limitarnos esos derechos, sino porque afrontan una crisis económica y plantean alternativas dentro de un marco internacional que tiene unas determinadas características.

Y la concepción, la certeza de que esto es así y que difícilmente puede ser de otra manera, está vinculada a la experiencia histórica que muy desordenadamente y muy sumariamente les he relatado de Bolivia. Es decir, no puedo seguir pensando yo en 1988, lo que pensaba en 1975, cuando se empezaba a vislumbrar la posibilidad de una reapertura democrática, o en 1978 cuando empezó a producirse en Bolivia. Las circunstancias han cambiado de una manera radical, y lo que era la utopía de la violencia armada que en Bolivia, tuvo

además un momento tan importante como la presencia del Che Guevara en 1967, es distinta hoy de lo que fue entonces.

No por un pragmatismo cínico sino por una posición de elemental realismo, creo que el periodista debe estar comprometido con el fortalecimiento de este sistema democrático, que permite por supuesto la existencia de un debate en torno a sus bondades y sus defectos, y que permite los planteamientos de los diferentes sectores del país para formular nuestro futuro, que en Bolivia, hoy día, forma parte también de una serie de preguntas básicas sobre el propio sistema constitucional y sobre lo que la constitución política del estado significa para todos nosotros. Que inserta a sectores que tienen un importante respaldo, como es el caso de Izquierda Unida, que lideriza Antonio Landívar que es consciente y que plantea claramente que estamos en un período simplemente de transición y que lo que se desea para Bolivia, es simplemente el socialismo. Pero es esta democracia imperfecta lo que permite que el señor Antonio Landívar sea candidato a la Presidencia de la República y que vaya a obtener un importante lugar en las elecciones, y a contar con parlamentarios que defenderán las ideas de esa propuesta.

Por otro lado, en el contexto de la discusión que ustedes conocen de memoria, entre lo que significa el derecho real del periodista en virtud de su inserción en la empresa, sea esta estatal o sea privada, es también importante saber que la experiencia, por lo menos boliviana, parece apuntar con todos sus defectos; todos sabemos que hay que diferenciar entre libertad de expresión y libertad de empresa, que muchas veces es la cohartada que utiliza la empresa privada cuando se refiere a las libertades cohartadas que sufren sus medios, todos sabemos que la empresa privada mantiene una serie de ideas, defiende una serie de intereses, establece un lugar en el contexto social, en vinculación con sus intereses económicos inmediatos, que está defendida o está sustentada por determinados grupos de poder, eso es un hecho objetivo. Los medios privados de información en América Latina están en general estructurados en base a sectores del poder.

En el caso boliviano, se podría matizar que por la inversión menor que han determinado algunos medios, porque incluso los medios electrónicos en el país son rudimentarios comparando con cualquier

país latinoamericano. Las inversiones para un canal de televisión pueden estar entre 300 a 400.000 dólares; pero en el caso boliviano, por diferentes circunstancias, ese tipo de inversión es inferior y eso determina que algunos medios electrónicos estén en manos de sectores no precisamente vinculados a lo que es clásicamente el concepto de oligarquía o lo que en Bolivia se llama la nueva rosca económica y esto ha pluralizado relativamente los medios privados. Pero indudablemente estos son mayoritariamente defensores de intereses que ustedes conocen muy bien.

Esa es una realidad. La otra realidad es la administración estatal de los medios. Bolivia ha tenido en diferentes etapas periódicos del estado, tenemos una radio estatal, y un canal de televisión del estado, y, en general, con muy pocas excepciones, una de las pocas quizás el gobierno de la Unidad Democrática y Popular, la televisión estatal ha sido lo que es en otros países y lo que otros países conocerán de memoria. La repetición oficial de la cantaleta de las inauguraciones, de los elogios, y de los ditirambos para el dictador de turno, para el gobierno de turno o para el partido de turno.

El concepto del nuevo orden informativo internacional que plantea un control y una política nacional de informaciones, no ha permeado en América Latina y creo que tampoco en Bolivia en la administración de los medios estatales. Los medios estatales y particularmente la televisión que tiene un poder extraordinario, cuando era monopólico era simple y sencillamente intragable. Y no tenía la más mínima credibilidad en su aparato informativo. Esa es la experiencia de los medios estatales en Bolivia.

Y, finalmente, en el país tenemos una experiencia extraordinariamente enriquecedora que es la vinculada a los medios alternativos, que desde la década de los años 40, se vincula al movimiento obrero, particularmente a la minería. Sobre el fin de los años 50, en Bolivia había más de una veintena de radios mineras, profundamente comprometidas con la idea de la central obrera boliviana, con la defensa de los intereses sindicales, y que tenían además su correspondencia en ciudades importantes con radios del sector ferroviario o del sector fabril, que expresaron y tuvieron un importantísimo rol que cumplir y que jugaron. Lo hicieron, por ejemplo, en el caso de la dictadura de García Mesa: el único sistema que funcionó durante más

de dos meses, desde el golpe del 17 de julio, fue el sistema de las radiodifusoras mineras, porque el resto de las emisoras urbanas y rurales había sido controlado por el gobierno.

La comunicación alternativa tiene un importante trabajo en la producción de videos en este momento, que son una forma de debate en sectores marginales de las ciudades, en sectores rurales, en sectores mineros, con un resultado importante de la comunicación con participación directa de la gente, con participación de barrios o de sectores obreros, etc., en sus propios problemas, en la discusión de sus propios problemas a través de estos medios, y esto, la existencia de los tres sistemas, me hace pensar que sobre las consideraciones teóricas ideales es mejor contar con la existencia de los 3 sistemas compartidos que con alguno que sea excluyente. O el de la libertad de prensa o de expresión en el sentido clásico, ultraliberal, tipo americano, o el de una administración estatal de los medios, ya sea a través de agencias, canales, etc.. Yo creo que la posibilidad de compartir el sistema privado, el sistema estatal y el sistema de comunicación alternativa que existe en este momento en Bolivia, es el mejor de los que podemos tener, con todas las limitaciones y defectos que eso implica, sobre todo para el periodista. Soy consciente de que no es fácil para un periodista, en un medio de la empresa privada, el establecer precisamente su posibilidad de decir su opinión libremente.

Por otro lado, no hay que olvidar que en el papel del trabajo periodístico, la primera responsabilidad es la de informar, y luego viene la otra posibilidad, que es muy importante, que puede ser periodismo crítico, periodismo de investigación, periodismo de análisis; eso que ayer se comentaba como el perro guardián de la sociedad o la conciencia de la sociedad, que indudablemente en el caso boliviano tiene una trascendencia que no se puede negar.

Hoy día no podría concebirse el proceso democrático boliviano sin el papel fundamental que están jugando los medios de comunicación. Los medios de comunicación han acercado la democracia al país, han acercado la práctica de esa democracia al país, en la posibilidad de seguir directamente por televisión los debates del parlamento para la elección del presidente, o los debates de los concejos municipales para la elección de alcaldes. Con todas las terribles defi-

ciencias que tiene el sistema político, nos han demostrado ese acercamiento y nos han demostrado también que nuestros líderes políticos, en el caso boliviano, no están a la altura de las exigencias de esos medios. ¿Por qué? Porque han sido formados en la tradición de la maniobra en capillas pequeñas y cerradas, donde la transacción, la negociación, la chicanería, el maniobrar de uno y otro lado no se conocía sino hasta el resultado final, porque tecnológicamente o por razones de censura, los medios no tenían acceso a ellos. Pero cuando la televisión sigue durante un día entero y dos y tres y cinco el procedimiento detallado de las intervenciones parlamentarias, de las intervenciones de los concejales, se hacen comentarios y análisis sobre que significa una y otra intervención, los políticos empiezan a mostrar su deficiencia y eso también tiene evidentemente un nivel de exigencia porque en el caso boliviano hay un cierto escepticismo sobre la calidad de nuestros políticos, sobre la forma moral en la que actúan en relación a la sociedad. Si se produce un debate en el parlamento que propone el aumento de las dietas parlamentarias, en un país que tiene prácticamente los salarios congelados, se abre un escándalo, y cuando los parlamentarios deciden aumentar el 100o/o de sus dietas, que iba a hacerlos ganar alrededor de 2.000 dólares mensuales, cuando nuestro salario mínimo nacional es de 35 dólares mensuales, obviamente se produce una reacción popular que los medios de comunicación canalizan y que obliga al parlamento a echarse atrás. Y dos semanas después de manifestaciones públicas, críticas en la prensa, la radio y la televisión, los parlamentarios se ven obligados a rectificar y mantener el nivel de sus dietas parlamentarias. Igual ocurre cuando el gobierno, cuando se descubre a través de una investigación periodística que los ministros de estado y altos funcionarios de gobierno, reciben sueldos paralelos al Banco Mundial, hay una reacción popular que obliga al poder ejecutivo a cancelar el pago de esos salarios extras para los altos funcionarios de gobierno. Es decir la prensa, los medios de comunicación están ejerciendo un papel, un papel de mediación porque no es exactamente, no creo que los medios puedan pretender o presumir de que pueden cambiar las cosas radicalmente pero si pueden contribuir de un modo importante a establecer una diferente percepción y una diferente acción ética del poder sea éste cual sea con la opinión pública.

Porque en el mundo contemporáneo sabemos que el concepto de opinión pública, de votante, de ciudadano, está indudablemente con-

dicionado a la existencia de medios que permitan que ese concepto se haga verdaderamente amplio en la expresión de determinadas ideas, de determinadas formas de hacer llegar su opinión, la del ciudadano común, al poder del estado; y eso es lo que de algún modo intentan hacer los medios de comunicación en nuestro país y creo que en el conjunto de las sociedades democráticas.

Aquí se plantea y se ha planteado en el caso boliviano, una reflexión sobre la responsabilidad de la administración de ese poder. Que la prensa sea el cuarto poder del estado o no lo sea, es una discusión relativamente poco relevante. Es un poder. Los medios de comunicación son un poder que puede influir de una manera decisiva determinados rumbos en, sobre todo de la opinión, los puntos de vista que defiendan unos y otros sectores. La administración de ese poder debe ser racionalmente concebida. No creo que puedan cambiarse las cosas de alguna manera, como algún periodista puede creer que la revolución puede hacerse a través de los medios de comunicación, pero si que puede influir en los comportamientos sociales, no exige una responsabilidad de la administración de la libertad.

En Bolivia se ha producido un fenómeno, que es un fenómeno que cada vez está más próximo y que comentaba el anterior expositor, el hecho de que el periodista se convierta en protagonista social y en protagonista político de la acción cotidiana. Un periodista puede fácilmente saltar a ser diputado o ser senador, o ser candidato a la Presidencia, porque controla medios que influyen y que generan una imagen. En eso los medios electrónicos y no tengo que mencionar el caso paradigmático norteamericano, demuestran hasta que punto se puede manipular la forma de un candidato y hacer que la forma sea mucho más importante que el contenido.

¿Qué es la aproximación a un pueblo a través de un medio de comunicación? ¿Cómo puede el medio acercarse a las instancias de lo popular?

En nuestro caso un canal de televisión y una radio, que se llama Radio y Televisión Popular, ha aplicado los mecanismos más inteligentes de la manipulación psicológica de la colectividad. Como ustedes saben Bolivia es un país con una alta población quechua y

aymara, con un porcentaje de analfabetismo muy significativo. La Paz particularmente es la ciudad india más importante de América, con más del 70o/o de la población de origen aymara y de migración rural a la ciudad, bilingüe en un 60o/o, castellano-aymara y en un porcentaje del 10 al 18o/o de habla exclusivamente aymara. El trabajo de este medio de comunicación, una combinación de radio y televisión, estuvo durante muchos años dirigido específicamente a ese sector de la población a través de un programa que se llamaba y que se llama aún la Tribuna Libre del Pueblo, donde un ciudadano que tiene un problema de loteamiento de un terreno, que le han quitado, va a la radio y dice Compadre, porque además el propietario de la radio se autodenomina como Compadre, que en la tradición aymara es fundamental. Este hombre durante 10 años trabajó sobre la base de aceptar las quejas, lo que nosotros llamamos el llo-riqueo cotidiano (me ha pegado mi marido, ha venido fulanito y me quiere robar mi terreno, menganito me está haciendo un problema de tal característica o de tal otra) se convertía en una posibilidad directa de expresión, entre comillas, de miles y miles de ciudadanos, que no tenían ningún tipo de acceso a otros medios de comunicación y que no habían sido considerados de una manera importante en la comunicación convencional.

Pero este ciudadano que maneja los dos medios de comunicación mencionados, también utilizaba su poder para el desprestigio, la calumnia, el insulto y la utilización de ese poder para obtener su propio beneficio, al punto tal que llegó a establecer una especie de jurado sobre las acciones del país, que nadie se atrevía a contravenir, que nadie se atrevía a discutir, con algunas excepciones, y que determinó la preocupación de la colectividad por cómo se podía juzgar esa experiencia.

Hace un par de meses, el más importante narcotraficante de Bolivia, participó en un debate —el señor Roberto Suárez—, en este medio de comunicación. Durante 20 minutos expresó sus puntos de vista indicando que el verdadero narcotraficante de Bolivia era el embajador norteamericano y los Estados Unidos, que el Presidente de la República era el empleado más directo del narcotráfico, a través de su dependencia de la Embajada Norteamericana, que los políticos eran corruptos, que él podía dar la solución para la economía boliviana y que había que cambiar la moralidad de este país porque este país era corrupto totalmente.



Esas acusaciones que fueron libremente expresadas por el señor Suárez, más su hijo, que además asistió al debate presumiblemente drogado, determinaron un verdadero escándalo nacional, como ustedes podrán comprender, porque no se podía aceptar como bueno, a título de libertad de expresión, que el tema fundamental de preocupación del país, como es el narcotráfico, tuviera tribuna libre y abierta durante dos horas y media en un programa de televisión. Esto llevó al gobierno a la clausura de ese medio de comunicación. Pero la clausura se hizo a través de un acto administrativo, una decisión administrativa, no a través del poder judicial. El gobierno actuaba en este caso con una especie de tradición dictatorial del pasado, que se resumía a las decisiones por decreto.

El propietario del medio apeló a la Corte de Distrito de La Paz, la Corte de Distrito le dio la razón y un mes después de la clausura que tenía que durar seis, este medio volvió a abrirse. El gobierno contraapeló a la Corte Suprema de Justicia y hace cuatro días la Corte Suprema de Justicia, que tiene su sede en Sucre, definió que el gobierno tenía razón y no la corte de distrito y se volvió a determinar la clausura.

En el interin de este proceso, el señor Carlos Palenque convocó a una manifestación de solidaridad con su medio en la Plaza de San Francisco, que es la plaza que tradicionalmente ha concentrado las grandes concentraciones políticas, y convocó a 50.000 personas en la ciudad de La Paz. Esas 50.000 personas no las habíamos visto desde las grandes manifestaciones de la Unidad Democrática y Popular, y ningún partido político se podría atrever, en ese mismo momento, a convocar, en ese mismo lugar, a una concentración de tal magnitud.

Y en esa concentración de solidaridad para la reapertura de su medio, se declaró candidato a la Presidencia de la República, inventó un partido político con una mezcolansa de populismo, nacionalismo, en el más viejo estilo, y hace una semana encuestas relativamente confiables le daban el primer lugar de la preferencia electoral en la ciudad de La Paz.

Esa realidad nos llama a una reflexión, ¿qué es exactamente lo que significa uso responsable de los medios? ¿Qué es exactamente

lo que significa la posibilidad de, a través de un medio, convertirse en un protagonista político? ¿Cómo administramos ese poder? y ¿Que es lo que debe hacer el estado, más que el gobierno, cuando se produce una situación como ésta?

En Bolivia se ha abierto un profundo debate sobre la libertad de expresión a partir de esta experiencia concreta. Que además es incierta, no sabemos en qué va a acabar exactamente. El gobierno ha clausurado este medio, supongo que lo ha hecho, porque tenía que producirse justo cuando nosotros vinimos aquí, el señor Palenque va a volver a convocar y ya ha convocado a una manifestación masiva en defensa de la libertad de expresión, hay intereses de los partidos políticos mayoritarios de que el señor Palenque no siga teniendo un medio de comunicación que le puede permitir quitarles muchísimos votos y modificar el espectro electoral boliviano.

Por qué un 30o/o de votos en una ciudad de un millón cien mil habitantes implica una posibilidad de siete a nueve diputados, que es un número muy importante, y que además les quita votos a A.D.N. y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, un poco por la extracción en la que basaron su votaje en la ciudad de La Paz estos partidos.

Creo que es un elemento que hoy día nos demuestra un par de cosas: primero que en Bolivia estamos ya planteando discusiones un poco distanciadas de la problemática que nos dejó la dictadura, estamos mirando hacia adelante en la problemática de los medios de comunicación y del conjunto de la sociedad. Esto no quiere decir que estemos seguros de que no se va a producir un golpe de estado; ningún país latinoamericano podría apostar a ello, pero ya no estamos vinculados al pasado en el análisis. El trabajo de los bolivianos está apuntando al fortalecimiento del proceso democrático, y en el caso concreto de los periodistas a cómo, a qué papel jugamos en el proceso democrático boliviano.

La segunda reflexión en este contexto es que los periodistas en América Latina tenemos una relación, y ya lo ha mencionado el anterior expositor, diferente a la que tiene un periodista en otros países en democracias también como la nuestra, por lo menos desde el punto de vista formal. Es difícil sustraerse del compromiso, que

no es necesariamente el compromiso político militante, partidario, es simple y sencillamente que hay una confrontación de exigencia mucho mayor; una opinión de un periodista en un país latinoamericano no tiene el mismo sentido que una opinión de un periodista en Estados Unidos. Eso implica ya una toma de posición, la confrontación política es bastante más dura que lo que se da en los países de Europa y en Estados Unidos, y por tanto, el periodista que ya no tiene los riesgos de la época de dictadura, si tiene los riesgos de verse seducido por las posibilidades del poder, de verse comprado por las posibilidades del poder o de verse integrado a las posibilidades del poder utilizando poco adecuadamente sus medios de comunicación.

Aquí tenemos que insertar dos elementos más: uno, la crisis económica; dos, el narcotráfico en el caso boliviano.

Afortunadamente hasta ahora el narcotráfico no ha generado, como en Colombia, la cantidad de víctimas, periodistas asesinados por el narcotráfico. El narcotráfico boliviano tiene sus peculiaridades, no ha entrado en un espiral de violencia, si en una espiral de corrupción; está penetrando de una manera brutal en todos los estamentos y en todas las estructuras de la sociedad boliviana. ¿Cómo saber si ya no tenemos un par o tres de los medios de comunicación comprados por el narcotráfico o propiedad de un narcotraficante? Es muy difícil. Existen indicios de que un medio de comunicación, un canal de televisión por ejemplo, pudiera ser ya propiedad de un narcotraficante. Cómo saber en qué medida los dineros para una candidatura, en un momento crítico como el que vive Bolivia, con exigencias mucho más fuertes cada año para hacer candidatura no tiene dinero del narcotráfico. Hace cuatro años la televisión era muy importante. Hoy día parece que será decisiva en una campaña electoral, y eso implica que lo que antes costaba un millón de dólares, hoy día cuesta cuatro para un partido político. Y no siempre se tienen esos cuatro millones para poder afrontar la campaña. La tentación de aceptar dineros del narcotráfico es muy grande.

El escándalo al que he hecho referencia, de este señor y el señor Suárez, surgió porque un capitán retirado de la armada presentó un par de videos al parlamento nacional, que mostraban a un diputado de Acción Democrática Nacionalista y a un general de la República,

en conversaciones con Roberto Suárez. Se veía la imagen de estos señores abrazándose con Roberto Suárez y entrando a su casa para una reunión, de la que se especuló cualquier cantidad de cosas, entre otras que era para conseguir dinero para comprar diputados que permitieran ganar la elección al general Banser en 1985.

Este es un ejemplo de la gravedad de la situación en una sociedad que tiene que afrontar el manejo de un par de miles de millones de dólares de parte del narcotráfico, contra una economía que exporta seis cientos millones de dólares.

Se estima que el narcotráfico boliviano genera entre 2.000 y 3.000 millones de dólares al año, y nuestra economía formal genera 650 millones de dólares de exportación. Competir con esa realidad económica es muy difícil.

Y el otro contexto es el de la crisis económica. La crisis económica ha establecido para el periodista un desafío conceptual, quienes creían como un dogma de fe aquel de la virginidad de la virgen, que la nacionalización, la defensa de los recursos naturales por ejemplo, el no vender nuestro gas porque era importante para el desarrollo de nuestra petroquímica, se convirtieron casi en polvo después del gobierno de la U.D.P. Cuando un país depende en un 50o/o de sus exportaciones del gas, y tiene un solo comprador que es la Argentina, que no tiene dinero para pagarle y que un retraso de 3 meses del pago del gas argentino a Bolivia implica un descalabro del presupuesto nacional, uno se da cuenta que los pocos recursos naturales a mano para mañana, tienen que ser administrados de otra manera. Si Bolivia no vende lo que tiene de gas, que parece que es importante al Brasil, en corto plazo, verá estrangulada su economía, porque en 1992 la venta del gas a Argentina se termina y no es seguro que se continúe el contrato, y si se continúa no será en los mismos volúmenes. Puede un país en esas circunstancias darse el lujo de decir no vendo mi gas porque es importante para la petroquímica en 20 años? Es decir, el concepto de la defensa de los recursos naturales con adalides tan extraordinarios como Marcelo Quiroga Santacruz, mártir de la dictadura de García Mesa, pueden no funcionar hoy día y el periodista tiene que ser capaz de asumir una realidad distinta. Yo no estoy muy seguro de que la respuesta sea vamos a privatizar todo, pero tam-

poco estoy muy seguro que los conceptos que llevaron a la Unidad Democrática y Popular al poder en 1982, sean los que tengamos que seguir hoy.

Yo escuchaba ayer al Secretario de Información de este gobierno hacer polvo al sistema neoliberal ecuatoriano, con razones sobradas, pero el caso boliviano no parece ser el mismo. Bolivia vive hoy día un sistema neoliberal desde el punto de vista económico, pero dentro de un pluralismo democrático admirable. Realmente es muy difícil decir que el gobierno de Paz Estensoro esté cohartando las libertades democráticas. Hemos podido establecer y hay medios de oposición hipercríticos y durísimos con el gobierno, que pueden decir lo que quieren. Y el sistema neoliberal está tratando de resolver la catástrofe que tenía el país en 1985, con un gobierno no sé si definirlo como populista, pero que intentaba cambios dentro de un concepto progresista, y que tuvo un fin dramático.

Defender el neoliberalismo de Paz Estensoro sería absurdo si sabemos que tiene un 21o/o de desocupación nacional, la más alta de América Latina, que tenemos un salario mínimo de 30 dólares, y que tenemos un estancamiento económico verdaderamente grave, es decir, no hay reactivación económica. Pero podríamos apostar que el Perú, que la Argentina, que el Brasil, que han intentado experiencias intermedias están mejor? Podríamos, por lo tanto, pulverizar al neoliberalismo sin cargo de conciencia alguna. Yo creo que la realidad histórica obliga al periodista latinoamericano a plantearse con un mínimo de responsabilidad y seriedad su papel crítico a la sociedad en que le toca vivir.

Las circunstancias históricas son diferentes en los diferentes países, pero establecen una percepción diferente también en relación a lo que eran nuestras ideas básicas y nuestras ideas matrices. El concepto de revolución, de liberación, de confrontación con el imperialismo, tiene hoy otro color y otro cariz. ¿Por qué? Porque hay deuda externa, porque hay narcotráfico, porque hay una crisis irresoluble que no es patrimonio de la ineptitud de nuestras democracias, sino de la insuficiencia estructural de nuestras economías, que es muy difícil combatir con frases bonitas, y eso lo sabemos muy bien, sobre todo en la experiencia peruana del doctor Alan García, que en la reunión de los Ocho hace algunos días, dio

un discurso que parecía absolutamente el discurso de una persona que venía de la luna. El señor Alan García planteaba las mismas cosas que planteó hace dos años, y que han llevado al gobierno del Perú a una situación tan crítica, y sigue planteando exactamente lo mismo, cuando todos sabemos que él está afrontando un momento verdaderamente crucial que puede llevar al Perú a una situación de catástrofe.

Ese tipo de realidades nos han determinado una responsabilidad diferente, una exigencia que nos aleja de las utopías en las que creímos en los años 60, pero que no nos deben hacer prescindir de la utopía. Todos sabemos que la utopía es un motor esencial de la sociedad, del ser humano en general, pero todos sabemos también que hoy día estamos con la exigencia de una posesión realista que no tiene que ser sinónimo de cinismo y tiene que ser sinónimo de expectionismo, tiene que ser sinónimo simple y sencillamente de que es mucho más difícil pero mucho más honesto ser capaz de aceptar esa realidad y confrontarse con esa realidad y confrontarse críticamente que seguir jugando a la pirrotécnia verbal.

Y el periodista, en ese contexto, tiene algunos de los desafíos que yo he planteado en el caso boliviano, que me imagino que son análogos en otros casos de América Latina.

Probablemente lo que les he planteado aquí son muchas más preguntas que respuestas; muchas más preocupaciones que constataciones sobre lo que debe hacerse; pero creo que la honestidad nos obliga a saber que las respuestas bien planteadas son un mejor camino que las respuestas inventadas.

## INFORMACION PUBLICA Y POLITICAS GUBERNAMENTALES

**Alejandro Alfonzo  
Venezuela**

El chileno Jacobo Shantán se preguntaba en 1870, a propósito de los problemas agrarios, ¿por qué si se disponía de una masa de conocimientos técnicos, éstos no se usan en la forma adecuada y con la intensidad requerida? La respuesta que el mismo autor se daba, era: primero por insuficiencias de los mecanismos de transmisión y segundo por dificultades de absorción y aplicación por parte de los agricultores.

La UNESCO, en una de sus publicaciones, Ideas para la Acción, de 1977, observaba: "en los países en desarrollo más jóvenes, la tarea principal consiste en lograr una mayor participación de la población en los asuntos económicos nacionales, en mejorar sus conocimientos teóricos y prácticos, en aglutinarlos en una conciencia nacional y en ayudarles a encontrar su identidad cultural y personal; sin una plena utilización de los modernos medios de comunicación social, conjuntamente con los sistemas más tradicionales, no cabe esperar que pueda llegarse a alcanzar unas metas urgentes en breve plazo, especialmente cuando esta labor entrañe la participación de muchos millones de personas". Finalmente, terminaba la UNESCO, "con harta frecuencia, los programas de desarrollo han fracasado porque habían sido concebidos sin tomar debidamente en consideración los factores sociales, políticos, culturales y de comunicación".

Estas dos posturas, la primera frente a una situación particular de desarrollo sectorial, el rural, y la segunda proveniente global, proveniente de una institución internacional, son un ejemplo de cómo la comunicación es una constante en la preocupación por el desarrollo en las regiones deprimidas y en conflicto de progreso. Numerosos estudios e investigadores de la comunicación y el desarrollo, han encontrado sobradas evidencias de cómo aquella insidie sobre éste, principalmente en lo que a motivación, enseñanza e información se refiere, factores sin los cuales no puede haber tal desarrollo.

No debe subestimarse, dice Luis Ramiro Beltrán, las capacidades de la comunicación para ayudar a conquistar el desarrollo del país, pues, los cambios de mentalidad y conducta individuales y colectivas, son el eje del desarrollo económico, físico y cultural. Naturalmente, advierte Luis Ramiro Beltrán, no debe exagerarse el mérito y alcance de los elementos comunicacionales frente a los procesos de cambio. No son los medios ni otros factores de la comunicación una suerte de magos, todopoderosos: la comunicación es un agente coadyuvante y no una fuerza autónoma u omnímoda.

Dando a las cosas su justo valor, tomando en cuenta lo expresado por el consejero regional de la UNESCO, Beltrán, sin lugar a dudas la comunicación puede tenerse como uno de los puntos sobre los que habla Celso Furtado, al destacar que la importancia de los factores no-económicos en el funcionamiento y en la transformación de los sistemas económicos así como la del grado de información de los agentes responsables, por las decisiones económicas, cada vez se hacen más evidentes. Al ampliar el punto, el autor brasileño señala que en la medida en que lo no económico revela la capacidad del hombre para crear la historia e innovar en el sentido más fundamental, la provisión económica tiene que limitarse necesariamente a establecer un campo de posibilidades.

En este terreno, precisamente, de lo posible, de la creatividad, del dominio de las circunstancias y del proceso para el desarrollo, dónde la comunicación en general y los medios en particular, juegan un papel clave. Papel que ahora se acentúa por el impacto que en ellos han causado las nuevas tecnologías. Particularmente la radiodifusión se está transformando a un ritmo inusitado. En el área de la televisión, por ejemplo, tenemos que su actividad natural está siendo segmentada por el cable, las video-grabadoras y el satélite; la fibra óptica introducirá cambios que en mucho podrán superar los ya establecidos por el propio satélite, todo ello potenciado por la información y su variante como diría Peter Shenkel, la comunicación.

La memoria de un encuentro internacional de comunicadores, acota lo siguiente: la introducción de las tecnologías, viejas o nuevas, beneficia no solo al sector educación sino también al área de la salud y de la agricultura, donde ya hay problemas que proveen información de una forma nueva y más rápida. El mismo documento



da cuenta de algunos programas de investigación sobre el efecto de las nuevas tecnologías en la identidad nacional o sobre las regulaciones de telecomunicaciones o sobre las consecuencias culturales de la revolución de información que están realizando varias instituciones universitarias de América Latina y de los Estados Unidos.

Así tenemos que hoy en día la información ha potenciado su valor como recurso básico, dada la complejidad creciente de nuestras sociedades, cada día más ávidas de información, pero también por la presencia de las nuevas tecnologías, que tanto insiden en el desarrollo de las comunicaciones.

Sobre esto Morton Melsner, anota: “los individuos, las organizaciones y las naciones deben considerar la información como un recurso básico, un recurso que tiene el mismo grado de importancia que otras formas de materia y energía. La información no es gratis, pero en un sentido positivo tiene un valor inestimable”.

La información adquiere una marcada importancia económica, política, jurídica, cultural y militar. Tal relevancia podría resumirse, en opinión de Raquel Salinas, en tres puntos:

- Primero: la recolección, manejo y distribución de información consume hoy una parte significativa de los recursos humanos y financieros de los gobiernos, y de las empresas, y todo indica que esta tendencia seguirá aumentando a pasos agigantados.
- Segundo: la información es un producto y una mercancía. Se le empaqueta y se le comercializa, tiene un valor, se le pone precio y puede ser comprada y vendida en el mercado nacional e internacional.
- Y, tercero: la información constituye un recurso nacional importante al cual se le puede aplicar políticas regulatorias, en relación con impuestos, seguridad, soberanía y defensa de las culturas nacionales.

Las consideraciones y evaluaciones que hoy día se hacen en torno al proceso de comunicación, con justa razón, van más allá de los llamados medios de comunicación social: radio, cine, prensa,

televisión, libros, discos, disketes, etc., la información ha explotado en varias formas de difusión, llegando a incluir sobre diversos públicos en simultaneidad de espacio y tiempo.

Sobre este impacto económico, sobre esta determinación económica de la comunicación ligado a las nuevas tecnologías de la comunicación, creo oportuno acotar unas pocas cifras que nos ayuden a ilustrar el punto que hemos esbozado. Veamos:

Primero: el total de los gastos a nivel mundial en equipos de telecomunicaciones, durante 1986, 1987 y 1988 se estimó en 330.420 millones de dólares. Para 1995, el estimado es de 249 millones de dólares y para el año 2000, la cifra pudiera alcanzar los 361 millones de dólares, de los cuales el 57o/o será generado por los países en vías de desarrollo.

Segundo: los 50 mayores mercados mundiales gastarán en el rubro equipos de telecomunicaciones, para 1995, 128 mil millones de dólares. El mundo en desarrollo gastará en equipos de telecomunicaciones 114.838 millones de dólares para 1995 y 207.800 millones para el año 2000.

Los Estados Unidos y Canadá, en 1986 representaron más del 25o/o del total mundial en gastos para adquirir equipos de telecomunicaciones. Ambas naciones invirtieron 25.894 millones de dólares en equipos para telecomunicaciones. Los doce países de la Comunidad Económica Europea gastaron en equipos 20 mil millones de dólares, y se espera que la cifra aumente a 28 mil millones de dólares en 1990.

Los ocho países de Europa Oriental gastaron el rubro de 9.763 millones de dólares en 1976, la inversión en 1995 se estima en 26.536 millones de dólares, México en 1995 gastará aproximadamente 1.500 millones de dólares y Brasil 1.100 millones de dólares.

En un estudio realizado recientemente para la UNESCO sobre industrias culturales, realizado por quien les habla y el profesor José Antonio Mayobre, arroja las siguientes cifras: los cinco países del Grupo Andino, invirtieron entre 1982 y 1986, es decir, un lapso de

5 años, solo en la importación de 29 bienes culturales: papel para impresión de periódicos y libros, tinta, aparatos de televisión, películas, máquinas de impresión, cintas de video, video-grabadoras, etc., casi 2.000 millones de dólares. Sobre ese particular, me gustaría ahondar en algunos rubros en particular; por ejemplo, el Pacto Andino, en la compra es decir, en la importación de receptores a colores, invirtió un total de 333 millones de dólares; en grabadoras y reproductoras, los cinco países andinos, invirtieron en estos 5 años a los cuales hemos hecho referencia, 150 millones de dólares y en video tapes, en cintas de video tapes, vírgenes, sin utilizar, sin grabar, 43 millones de dólares; en papel periódico, tanto el que tiene menos del 70o/o de pasta, como el resto de papel, para la impresión de diarios, revistas y otros periódicos, los 5 países invirtieron el 50o/o de la cifra total señalada, es decir 931 mil dólares en esos cinco años.

Veamos algunas otras cifras de estas industrias económicas de la comunicación. La International Advertisement Association, I.A.A., publicó en sus anuarios de 1981 y 1985 lo siguiente: para los años 1981 y 1985 los gastos publicitarios mundiales en prensa, radio y televisión en 84 países del mundo, sumaron para 1983, 134 mil millones de dólares; el 91o/o de ese monto fueron en 14 países desarrollados, con Estados Unidos a la cabeza, 56o/o del total. Brasil único en la región en esa lista de 14 países, ocupó el octavo lugar, detrás de Italia, con 2.462 millones de dólares. Los datos de la IAA para 1985 solo cubren en cambio 46 países de la lista de los 84 previamente establecidos. En estos 46 países el gasto publicitario pasó de 129.700 millones en 1983 a 105 mil millones de dólares en 1985. Según esta misma autorizada fuente, América Latina y el Caribe exhiben comparativamente la menor inversión publicitaria del mundo en medios impresos 26o/o de sus gastos publicitarios en total, con un promedio mundial de 39o/o. Pero veamos qué pasa con radio y televisión. Dice la IAA: América Latina presenta la mayor inversión del mundo en radio, 13o/o de sus gastos publicitarios en total, contra un promedio mundial del 7.5o/o, y presenta también América Latina y el Caribe la mayor inversión publicitaria en el mundo en televisión, 42o/o de su gasto publicitario en total, contra un promedio mundial de 25.5o/o. A escala mundial, de los 12 países que invirtieron entre 1983 y 1985 en el más alto porcentaje de gasto publicitario en televisión, 9 son latinoamericanos, destacándose los casos extraor-

dinarios de Perú, Venezuela, México, Brasil, Ecuador, Guatemala y Colombia. De los 11 países que más invirtieron en publicidad por radio, 7 son latinoamericanos, destacándose el caso extraordinario de Colombia, México, Paraguay, Trinidad y Tobago, Guatemala, Venezuela.

Esta impactante presencia de la comunicación en el mundo económico, en el mundo moderno, de la inversión financiera ha sido también motivado por la evolución tecnológica y presenta las siguientes características: a los fines de producción hay una reducción de costos, un aumento de la capacidad de producción de computación para procesar información y un aumento de la velocidad para la transmisión de información por el soporte que las telecomunicaciones brindan o por el soporte que brindan el satélite y las fibras ópticas.

Todo este proceso no deja de suscitar duda y críticas de parte de estudiosos y dirigentes, principalmente aquellos ubicados en países desarrollados que han lanzado fundamental alerta sobre lo que esta revolución de la información implica para los países dependientes o periféricos, por cuanto los centros son los que manejan y controlan con eficiencia la información y la tecnología, el acceso efectivo a la información y su control es un importante factor de poder. De esta consideración nace en los años 70 la tesis y su posterior debate por un nuevo orden mundial de la información NOMIC que logró movilizar estados y voluntades individuales e institucionales para procurar un mayor equilibrio en las relaciones de información entre los pueblos como un aspecto más de la justicia social internacional. No obstante, que los logros en favor del tercer mundo en tal planteamiento no son significativos en términos cuantitativos, si lo constituyen en sus alcances cualitativos.

A estas alturas surge la pregunta: ¿Frente a esta revolución tecnológica, frente a estos cambios profundos en la comunicación, frente a esta generación inusitada de dineros y de fuerzas de financiamientos, cuál debe ser el papel que le toca jugar al estado, cómo debe asumir el estado su función vital de garante del bien común, cómo afecta la labor informativa del estado hacia la población? Tendríamos una primera afirmación a estas interrogantes: primero el estado debe ser reivindicado en el actual clima de neoliberalismo que a ratos

pareciera afectar nuestra región, es decir frente a esta realidad contundente de la comunicación vale plantearse una reivindicación del estado, debe permanecer el estado pasivo, debe el estado con políticas y acciones definidas dentro de este proceso económico global de las comunicaciones sobre todo en el área de la economía.

Cuando hablábamos de las cifras de la publicidad no hay que perder de vista que se está desarrollando a nivel mundial la llamada publicidad global, vale entonces reflexionar que frente a todos los ataques que nuestras figuras del estado, figuras jurídicas de estado han tenido sino vale la pena reivindicar al estado latinoamericano.

Segundo: el estado moderno o como dice Alan Brubel Carías es estado por inventar o construir, es y debe ser un factor determinante en lo que a la vida de la nación respecta. Nos referimos en lo económico, político, social y cultural. El estado es básicamente y por definición el estado al cual hemos hecho referencia en la introducción de nuestra información, el estado es la organización política de la sociedad y su instrumento para el logro de los objetivos del pacto constitucional.

Tercero: dentro de lo anterior, al estado democrático pluralista, promotor de la sociedad, le asiste el derecho, y en esto nos aproximamos al tema de nuestra charla aún más, le asiste el derecho de diseñar, planificar y ejecutar una política de información integral que posibilite una interacción y una interacción entre la administración y los administrados; ello con un profundo contenido participativo dentro de un marco participativo, pero tal derecho también es un deber que no es lícitamente eludible, de manera que frente a esta necesidad de información entre la administración y los administrados cabe un deber pero también un derecho de parte del sujeto estado.

Tal política de información y comunicación tiene al menos tres vertientes: en primer lugar la intragubernamental, en segundo lugar la información administrativa, y en tercer lugar la información que actúa como soporte a los planes nacionales y sectoriales de desarrollo y animación cultural. La primera y la segunda entrarían dentro de la llamada comunicación organizacional que es una especial categoría de la comunicación y es quizá la que guarda mayor relación

con el tema que hoy nos reúne acá en CIESPAL. Es evidente que la comunicación para el desarrollo y la comunicación para la animación cultural es también otra especial categoría que no vamos a abordar al menos directamente en esta comunicación.

La comunicación organizacional es un amplio término que incluye en su conceptualización, factores internos y externos que se vinculan con una o varias dimensiones de la estructura de la organización, ello supone el intercambio de información y datos entre la institución y su medio ambiente en el cual la organización se encuentra y se desarrolla. Esta actividad involucra abiertamente a la comunicación pública a través de los medios de comunicación social. Así la comunicación organizacional puede definirse en términos generales como el flujo de mensajes dentro de una red de relaciones interdependientes al hablar de la red de comunicación que se conforma dentro de toda organización y el gobierno es una macro-organización. Algunos autores puntualizan los varios factores que intervienen en la configuración de esas redes.

- a) La decisión de cuales mensajes se transmiten y a quien.
- b) La transmisión exacta en el momento oportuno.
- c) El resumen y la interpretación acaso después de tamizar los datos o de tomar decisiones antes de transmitir los mensajes y de llevar registros o memorias para almacenar la información hasta que ésta se necesite.

Yerald Gonzader al analizar las varias definiciones existentes de comunicación organizacional anota los hilos comunes entre ellas y elabora el siguiente esquema que perfecciona el concepto que ya hemos expresado. Primero, la comunicación organizacional ocurre en un sistema complejo y abierto que es influenciado e influencia al medio ambiente. Segundo, la comunicación organizacional implica mensajes, su flujo, su propósito, su dirección y el medio empleado. Tercero, la comunicación organizacional implica personas, sus actitudes, sus sentimientos, sus relaciones y habilidades. De allí que sea necesaria la configuración de estructuras de comunicación en toda institución concebida como un mecanismo creado para la consecución de un objetivo o conjunto de objetivos como es el aparato gubernamental y por tanto necesita de un sistema de comunicación que organice, ordene, coordine y haga eficiente los procesos de comunicación, posibilitando así a la institución el realizar sus propósitos. Este

es un sistema de comunicación que impondrá orden, eficiencia y sentido a lo que de otra manera resultaría caótico.

Muriel y Rota al ahondar la importancia de la comunicación institucional externa, es decir la que se dá entre la institución y su público externo expresan que es a través de ella que la institución entra en contacto con su medio ambiente, es precisamente de este medio ambiente de donde la institución obtiene los insumos necesarios para el desarrollo de sus funciones. Mediante la comunicación institucional externa el sistema institución transforma los insumos de información en productos de naturaleza comunicativa y los devuelve al medio ambiente para lograr la coordinación de los objetivos de la institución con los de su público externo. Este es el papel que le toca asumir al gobierno, a sus planificadores y a la administración en general, para poder comunicarse con los administrados.

La moderna acción del estado supone un uso creciente de la comunicación y de la información, hecho éste que aumenta en la medida en que se desarrollan las dimensiones y objetivos del estado; de allí que el estado y particularmente la administración como su brazo gestor debe hacer uso de todos sus medios de comunicación, prensa, radio, cine, televisión a fin de que los ciudadanos conozcan a fondo las actuaciones del gobierno, las nuevas técnicas que éste utiliza y su deseo de abierta comunicación con el administrado. Sobre estas consideraciones, la información administrativa puede entenderse, nos dice el administrativista Bruber Caria, como aquella actividad encaminada a suministrar al ciudadano todos aquellos datos que faciliten su relación con la administración, como su participación en la mejora de los servicios públicos mediante la presentación ante las autoridades competentes de incentivos, sugerencias, quejas, reclamaciones y peticiones y aquellas que deduzcan por medios directos e indirectos los servicios de información administrativa. No debe entenderse que la información o comunicación administrativa es netamente política en el sentido restringido de este término; por el contrario la acción informativa de la administración es un servicio público, donde la administración pública se coloca como un instrumento para el desarrollo y en función del interés del ciudadano. A tal punto, Alan Bruber extiende las siguientes consideraciones que vamos a resumir en este esquema:

Primero: es indispensable establecer un flujo constante de comunicaciones ascendentes y descendentes, tanto entre los órganos de la administración y el seno de cada uno de ellos, como entre estos órganos, los otros poderes del estado y el público en general.

Segundo: la creación y mantenimiento de una comunicación eficaz es cuestión que debe ocupar un lugar destacado en la esfera de la administración pública donde el objetivo principal debe tender un puente entre los administradores, entre la administración y los administrados.

Tercero: por medio de una política coherente de información la administración debe actuar sobre la opinión pública comunicando al ciudadano los fines y los intereses nacionales, mostrándole cual es su gestión, que procedimiento se sigue, facilitándole los medios para que pueda conocer su funcionamiento y, en general, guiándole y orientándole en sus reclamaciones y solicitudes.

Cuarto: esta acción de penetración no debe limitarse a hacer llegar a la opinión pública la imagen, actividades y logros de los organismos públicos. Es imprescindible igualmente implementar los mecanismos adecuados que permitan conocer las opiniones y actitudes de los ciudadanos, a fin de poder planificar y orientar la gestión de la administración en base a un conocimiento real de las necesidades e inquietudes de las comunidades.

Quinto: todos los cauces técnicos a través de los cuales puedan plantearse las iniciativas y sugerencias del público representan también medios de comunicación ascendentes, al igual que las reuniones y entrevistas, con cursos, actos públicos, etc. Más aún actividades que en sí mismas no constituyen relaciones públicas como serían por ejemplo, las reclamaciones, los recursos, etc., pueden ser también utilizados para el conocimiento de los deseos y de la actitud de los administrados.

Estas reflexiones anotadas de alguna forma están presente en los diferentes textos constitucionales de nuestros países. Por ejemplo en la constitución o en el texto constitucional de la república ecuatoriana en el Artículo 19, numeral 10, se lee lo siguiente: el derecho a dirigir quejas y peticiones a las autoridades pero en ningún caso a



nombre del pueblo y a recibir la atención por respuestas pertinentes y en el plazo adecuado conforme a la ley. Este texto podemos encontrarlo en los distintos cuerpos constitucionales de nuestros países, donde se reconocen el derecho de la población a ser oído, el derecho de la población a comunicarse, el derecho de la población a recibir respuesta inmediata, oportuna y eficiente.

Finalmente, frente a este planteamiento teórico y estas reflexiones que hemos venido haciendo, me cabe ahora presentar, para contrastar con esta realidad, los más importantes errores y vicios que suelen cometer y practicar nuestros gobiernos democráticos en relación con el desarrollo de la información pública, asumiendo, e insisto, en que este desarrollo de la información pública por parte del estado, es un derecho que le compete en forma directa y es un deber que le obliga igualmente en forma directa.

## LOS MEDIOS PRIVADOS DE COMUNICACION FRENTE A LA INFORMACION PUBLICA

**Dr. Emilio Filippi  
Chile**

La prensa, para que cumpla a cabalidad con su papel, requiere de un ambiente de plena libertad. Esta libertad no solo tiene relación con lo que se pueda decir o informar, sino con la forma cómo se ejerce su autonomía. Por eso, quizás, el principal aspecto que se apunta cuando abordamos esta cuestión se refiere a la propiedad de los medios de comunicación.

La tendencia del mundo democrático moderno es la de facilitar la existencia de múltiples y variados medios de comunicación, pertenecientes a una pluralidad de propietarios e iniciativas, con una abrumadora mayoría de los sectores privados. Es decir, de personas o grupos de personas, que no dependan directa ni indirectamente de los gobiernos y que, por una u otra razón, tampoco estén sometidos a los dictados del Estado.

Se piensa, y en esto se acierta, que para que haya una información amplia y completa, es indispensable que el manejo de los medios de comunicación sea ejercido en forma libre, lo cual exige que no haya vínculo alguno de dependencia con quienes tienden, por lo general, a manipularlos en beneficio de objetivos de corto o largo plazo.

Se afirma, y también con verdad, que el mundo moderno requiere una mayor participación del público en las decisiones que afectan a la sociedad y que, para eso, los medios deben ser más permeables a esa necesidad de intercomunicación de la gente común y corriente. Porque ésta, de objeto pasivo de la información, anhela convertirse en un sujeto activo de la misma.

Tal análisis nos lleva a la conclusión de que, si bien la autonomía de los medios de comunicación se basa fundamentalmente en la

existencia de un régimen de propiedad privada de ellos, eso no quiere decir que la propiedad privada sea, **per se**, una salvaguardia de objetividad, honestidad y pureza informativas. Bien sabemos, por experiencia, que la manipulación de los medios puede venir —y viene— con mucho vigor de los grandes consorcios periodísticos; de los anunciantes que tratan —a veces con éxito— de comprar las líneas editoriales de los medios; de los fabricantes de papel o proveedores de insumos, muchas veces manejados desde el Estado; de las entidades de crédito que inclinan sus favores hacia aquellos medios que les son más favorables a sus intereses; o de sectores políticos o grupos de presión que logran que el método de la tergiversación sea útil y funcional a sus intereses.

Ese tema debería merecer no solo una referencia incidental, como la que he hecho ahora, sino una jornada completa de reflexión para más adelante. Dejemos planteada, sí, la inquietud. Porque muchas veces se cree que la libertad es un privilegio de unos pocos para hacer y deshacer, para moldear una opinión pública poco avisada, para desinformar en provecho de determinados intereses políticos o económicos. Por otro lado, la concentración del poder informativo en pocas manos, y el monopolio de la información, producen abusos que se expresan en una soez prepotencia. Nunca, como en esos casos, es más cierto aquello de que “el pez grande se come al más pequeño”, y que, al final, la gente debe vivir bajo la dictadura de una sola dirección informativa.

Entonces, el problema se sitúa en este parámetro: si bien la libertad de la prensa es un bien que todos reconocen como ineludible, no lo es menos que el público debe recibir, por una necesidad vital de su desarrollo, una correcta, veraz y oportuna información. En consecuencia, podría preguntarse alguien, si la irrestricta libertad con que se manejan los medios de comunicación impide una correcta información, ¿sería recomendable que el conservador del bien común que es el Estado —representado por el gobierno— adopte las medidas para regular ese manejo?

La interrogante queda planteada. Nosotros, en cambio, nos vamos a remitir a otro parámetro mucho más básico y esencial: **la libertad siempre involucra e involucrará un riesgo**, pero no vamos a terminar con ese riesgo suprimiendo la libertad.

Al situar las cosas en ese contexto conviene, sin embargo, que hagamos un distingo entre lo que ocurre en los regímenes sin libertad y lo que pasa en las democracias reales.

En su obra "El espíritu de la revolución fascista", Benito Mussolini sostenía que "el periodismo italiano es libre porque sirve únicamente a una causa y a un régimen libre, porque en el ámbito de las leyes del régimen puede ejercer, y así lo hace, funciones de control, de crítica y de estímulo". Para el fascismo, todo debía estar dentro del Estado, nada fuera de él. Y como el Estado era fascista, todo debía seguir el espíritu de la revolución fascista. El que se salía de esa norma, se colocaba al margen de las leyes.

En los países comunistas —incluso ahora con "glasnot" y todo, lo que ya constituye un formidable avance en una sociedad hermética y totalitaria— el margen creciente de desarrollo de la crítica está en la aceptación de la sociedad socialista como opción única. Probablemente, la dinámica de los hechos pueda eventualmente abrir las compuertas de la diversidad en un futuro mediato, pero eso sería entrar en el terreno de la adivinación . . .

En algunas dictaduras del mundo podría aplicarse lo ocurrido en la Rusia zarista cuando, en 1905, después del movimiento popular que obligó al zar a "liberalizar" algunas leyes, levantando entre otras las de la censura de prensa, dictó las llamadas Reglas Temporarias, en las que se establecían penas de prisión para los directores de periódicos que tomasen en serio la libertad de prensa oficialmente proclamada. Un autor aplica, a esas Reglas Temporarias, las sarcásticas palabras de Fígaro, porque "establecen la libertad de prensa con la condición de que la prensa no toque a las autoridades, ni a la Iglesia, ni a la policía, ni a la moralidad, ni a los funcionarios, ni a las clases que gozan de honores, ni a nadie que tenga alguna vinculación con alguien".

El paternalismo protector del Estado quiere en esos regímenes resguardar a la opinión pública de los peligros de ideas contrarias al orden, a la seguridad del Estado, a las buenas costumbres y a la moral.

La idea central en esos casos está orientada por dos premisas:

- a) El Estado no puede admitir la propagación del error, ni doctrinas que vayan a socavar su régimen jurídico.
- b) La prensa no representa a la opinión pública, sino al pensamiento de un reducido número de individuos y no cabe, por lo tanto, igualar la libertad de pensamiento en el orden científico y filosófico con la libertad en el orden político.

En consecuencia, el Estado debe necesariamente orientar a la opinión pública.

De esas premisas surgen algunas precisiones: ¿Por qué el Estado se atribuye el poder de determinar lo que es error o de fijar cuál es la única doctrina admisible dentro de una sociedad? La otra es que, si bien es cierto que cada medio de comunicación individualmente no representa a la opinión pública en su integridad, la pluralidad de ellos y la facilidad para que desenvuelvan su quehacer, les dan más títulos de representatividad que los de un Estado que, desde la cúpula, pretenda fijar qué es verdad y qué es error, y qué es bueno y qué es malo pensar o decir.

La prensa dirigida desde el poder adquiere, a veces, diversas formas. Hay países en donde el Estado es el único que edita periódicos y maneja la radio y la televisión. Otros, en donde se entrega al partido en el poder la facultad de compartir esa misión. En ocasiones, se extiende además a las organizaciones partidarias de jóvenes, de mujeres, de escritores, de trabajadores, etc., la posibilidad de editar y controlar medios, con mayor o menor libertad de expresión, aunque sin salirse de los rígidos marcos oficiales. Es decir, se admite una cierta autonomía en el manejo de los medios de comunicación, aunque siempre bajo el control directo o indirecto del Estado.

En las democracias, especialmente en los países de nuestro continente, la situación tiende a asumir otras dimensiones. Aquí, salvo excepciones, los medios de comunicación son mayoritariamente privados, tanto en su origen como en su gestión. En gran medida, responden a tradiciones familiares, intereses de grupos políticos o económicos, esfuerzos regionales, etc.

Es frecuente que en esta parte del mundo convivan, no siempre armoniosamente, la gran prensa que cuenta con tecnologías moder-

nas y tiene más fácil acceso al desarrollo económico y, por tanto, asegura con mayor seguridad su solidez, con la pequeña prensa que sobrevive artesanalmente o atiende sectores más reducidos de población y que se ve expuesta a ser aplastada por las dificultades económicas o la falta de perspectivas.

He aquí, dicho a **grosso modo**, uno de los problemas principales de los medios de comunicación, el de las urgencias financieras, que hacen más expuestas a las concesiones al poder, por parte de quienes no ven sino que en el Estado la manera más posible de resolverlas.

La prensa es así manejada en forma indirecta con la llave mágica de los favores del crédito —en algunos casos, extraordinariamente cuantiosos—; de la provisión de los insumos, especialmente en las cuotas de papel y tintas; o en las presiones ejercidas desde el poder sobre los anunciantes, que regulan así la adhesión de la prensa a los gobiernos de turno; o en la aplicación de tributaciones especiales que gravan onerosamente la operación de los medios.

Los gobiernos persiguen con esto controlar a los medios sin necesidad de dictar leyes específicas ni aplicar medidas represivas, como es más frecuente en las autocracias y dictaduras. En éstas, la sola concepción de la prensa libre ya es constitutiva de delito, lo que convierte el ejercicio del periodismo en un acto presuntivamente antisocial.

En las democracias, se usa métodos más sutiles ya que, como señalaba un distinguido periodista chileno, “son muy raros los gobernantes que aman a la prensa libre; antes bien, la temen y desprecian porque deben tolerarla, aunque las más de las veces prefieren manejarla por control remoto”.

Los métodos contemporáneos de control han ido asumiendo características bastante públicas y generalizadas. Yo diría, impúdicas.

Cuando uno habla de prensa libre, ciertamente está pensando en un ambiente de libertad en el cual puedan desenvolverse los medios de comunicación. Tres son los requisitos para que funcione de verdad este ambiente:

- 1.- Que haya amplia posibilidad de acceder a la propiedad, dirección y operación de medios de comunicación, especialmente diarios, revistas y periódicos; y que normas objetivas regulen el acceso a las concesiones de radioemisoras y estaciones de televisión, de modo que organismos impersonales y técnicos determinen respecto de los interesados en operar esos medios.
- 2.- Que exista libre acceso a las fuentes de información, lo cual reduce al máximo la documentación secreta de los organismos públicos, que siempre debieran estar abiertos a la necesidad que tiene la población de conocer lo que piensa, hace o proyecta el gobierno; en qué se usan los recursos del Estado; cómo se cumplen los planes anunciados; qué grado de moralidad existe en el manejo del poder; y en qué medida hay o no corrupción.
- 3.- Que no haya obstáculo alguno para la difusión de las informaciones sobre asuntos de interés público, ni para emitir juicio sobre ellos, lo cual debe ser plenamente garantizado por la ley y protegido por la Justicia.

Sobre estos tres pivotes se asienta la verdadera democracia en esta materia. Pero, ciertamente, eso incomoda a muchos gobernantes, que prefieren la docilidad y el halago.

Quizás donde se produce una traba mayor es en el libre acceso a las fuentes de información. Los gobiernos, bajo el pretexto de modernizar sus aparatos informativos, han creado infraestructuras de información insuficiente cuando no de abierta desinformación. Así se busca idealizar los actos de gobierno y usar a la prensa como un vehículo de propaganda.

Quando algunos políticos, que han usufructuado del periodismo libre, acceden al poder, después de haber estado en la oposición, a veces asumen una actitud soberbia y peyorativa con la prensa. Algunos de ellos eluden a los periodistas, no por modestia, sino por una especie de desprecio por el público. Creen, tal vez, que los periodistas son todos ignorantes o venales, además de incorregiblemente intrusos. No son pocos, por lo demás, los que consideran que una opinión pública **demasiado informada** hace nacer la controversia, cosa que estiman contraria al interés nacional.

Esa es la razón por la cual se estimula la creación de departamentos oficiales de información y de relaciones públicas. Estos organismos hacen boletines, organizan conferencias de prensa, utilizan voceros que responden generalidades sobre asuntos concretos, o juegan con la vaguedad como una forma de distraer la atención.

La información oficial termina siendo un medio de eludir la responsabilidad de informar que tienen los funcionarios públicos, a la vez que les permite cerrar las compuertas a un reportero independiente y autónomo, necesario para mantener correctamente informada a la población. La democracia se estabiliza realmente, cuando el pueblo está al tanto de lo que ocurre y puede así actuar con conocimiento de causa.

Uno de los hechos más sobresalientes de las últimas décadas ha sido la aparición del llamado "periodismo de investigación". Los buenos reporteros buscan antecedentes, rastreadores de informaciones, se proveen de informantes confiables y siguen la pista de hechos que necesitan ser investigados y puestos en conocimiento del público. Si no hubiese existido el celo y la acucia de los periodistas Woodward y Bernstein no se habría develado el asunto del Watergate que provocó la dimisión del Presidente Nixon y puso en evidencia la existencia de un sistema de corrupción política que conmovió no solo a los Estados Unidos sino al mundo entero.

Si los periodistas del "Washington Post" se hubiesen limitado a transcribir la información oficial, que negaba la existencia de cualquier problema, jamás se habría conocido el engorroso asunto. En una sociedad abierta como Estados Unidos, el periodismo de investigación es no solo legítimo sino perfectamente posible. Y la democracia no se desestabilizó porque se reveló los escándalos. Por el contrario, salió fortalecida, ya que contaba con sus propios métodos correctivos.

En nuestros países, desgraciadamente hay mayores dificultades, porque los gobiernos tienden a menospreciar a la prensa y a utilizarla a través de mecanismos de seducción o de evasión informativa. Cuando Orwell nos habla de la neo-lengua y menciona la existencia de un mentiroso Ministerio de la Verdad, no hacía política-ficción.



Son numerosos los casos, en cambio, que muestran la eficacia de un periodismo que no teme al poder y que logra cambiar el curso de la historia. Si la verdad no se impone es porque terminan predominando la mentira o las medias verdades, que son una forma de prohijar la mentira. En cambio, con medios de comunicación alertas, que buscan más allá del boletín del ministerio o de la historia oficial, se irá produciendo no solo un desarrollo del conocimiento público acerca de lo que se está produciendo al interior de la sociedad, sino una profunda revolución cultural.

Acabo de leer un artículo soviético sobre los efectos más recientes de la **glasnot**. En la URSS, naturalmente no se conoce lo que nosotros entendemos por prensa libre, pero sí están allí en un proceso de apertura informativa que los hace pensar que la gente tiene derecho a decir lo que piensa y a no ser censurada por ello. Un director de cine, que trabajó en la televisión soviética, hasta hace poco, cuenta las cosas que ocurrían en ese medio, con una censura absurda, con cortes ramplones y decisiones arbitrarias. Esto ha ido cambiando con la **glasnot**, pero todavía la TV está en manos de funcionarios que actúan para complacer, "y no precisamente al pueblo". Reflexiona el director: "Quisiera comprender quién ha dado a los funcionarios el derecho a burlarse de nosotros", porque, cuando los funcionarios adaptan los hechos a los requerimientos de la propaganda, simplemente, se están burlando del pueblo, están haciendo mofa de la inteligencia de la gente y están escamoteando un derecho sagrado del público, que es saber lo que se está haciendo con su vida y de qué manera se está comprometiendo su futuro.

La información oficial será lícita e indispensable siempre que sea leal. Y no lo es, cuando lo que busca es ocultar parte de la verdad. En todo caso, la información oficial no debiera jamás ser un sustituto del trabajo periodístico, sino el necesario complemento de una labor para la cual las puertas de los entes estatales nunca debieran cerrarse.

Los medios de comunicación privados, para legitimar realmente su existencia, debieran entender siempre que están al servicio de grandes valores sociales y no de intereses menores, de frágil solvencia. Solo así conservarán el respeto de una opinión pública cada vez más dispuesta a sacar sus propias conclusiones.

Por otra parte, debieran evitar ser instrumentalizados para las espurias tareas de desinformación. Como se sabe, la desinformación es el procedimiento, cada vez más frecuente, a través del cual se originan noticias sobre la base de algunos hechos relativamente ciertos pero adaptados de tal manera que conduzcan a conclusiones equívocas. Ese método de manipulación, que se realiza a nivel internacional en ocasiones con bastante éxito, también se aplica en el interior de nuestros países, cuando la historia oficial, fabricada en los laboratorios de la propaganda, predomina sobre la realidad de los hechos.

De allí la importancia de que los medios mantengan una distancia razonable entre el esquema informativo gubernamental destinado a idealizar hasta los errores de quienes ejercen el poder, y la honesta, acuciosa y profesional investigación periodística para mantener al público correcta y oportunamente informado.

Para resumir, quisiera poner a disposición de ustedes, un esquema posible de trabajo. Preguntémosnos:

- 1.- ¿Los medios de comunicación tienen el derecho y el deber de informar de lo que ocurre al interior de la sociedad, aunque ello no sea del agrado o conveniencia de los gobiernos?
- 2.- ¿Los gobiernos deben ser los únicos y exclusivos forjadores de la opinión pública, como conservadores del bien común?
- 3.- ¿De qué manera podemos conciliar el interés general del país, con el derecho a saber que tiene la población, y de participar con su opinión en la toma de decisiones?
- 4.- ¿La transferencia informativa, autoriza a romper los secretos e intimidades del Estado, a través de un ágil periodismo de investigación?

Se trata de preguntas que siempre se plantean cuando se pone en debate un tema como el que he bosquejado. En algunos países, ellos ya tienen respuestas claras. En otros, aún no hay la suficiente evolución. Crear conciencia sobre la necesidad de clarificar los objetivos de la comunicación es un deber que debiéramos asumir todos quienes valoramos el poder que ésta ha adquirido en el explosivo crecimiento de la humanidad.

**Este libro terminó de imprimirse en Editorial  
Quipus, Quito, en Junio de 1989, siendo Director General de  
CIESPAL el doctor Luis E. Proaño y Jefe del  
Departamento de Publicaciones, Jorge Mantilla Jarrín**